

LO MEJOR

DEL

OLVIDO



MARIO ESCOBAR



LO MEJOR DEL OLVIDO



MARIO ESCOBAR



 HarperCollins *Español*

Nota para las lectoras

Este libro electrónico contiene las siguientes funciones de accesibilidad que, si su dispositivo las admite, puede activar a través de la configuración de accesibilidad de su lector electrónico:

- Cambio de tamaño de fuente y interlineado
- Cambio de color de fondo y fuente
- Cambio de fuente
- Cambio de justificación
- Conversión de texto a voz
- Números de página tomados de la siguiente edición impresa:
ISBN 9780063476011

Dedicación

A las mujeres que no se conformaron, que lucharon por sus sueños en medio de un mundo que se deshacía.

*A mis mujeres, Eli, Andrea, Amparo, Ponciana, Reyes, Gema, Loli, las Nurias, M^a Ángeles, María, Débora, Priscila, Gabriela, Lucía, Nerea, Dana, Nereida, Sara y Alicia.
Con vuestras vidas ilumináis el mundo.*

Epígrafe

«Anónimo era a menudo una mujer».

VIRGINIA WOOLF

«Es un hecho incómodo que la capacidad literaria de una mujer deba ser juzgada por un nombre masculino».

GEORGE ELIOT (MARY ANN EVANS)

«No aprobamos la ocultación; pero creíamos que nuestras obras tendrían mejores posibilidades bajo seudónimos masculinos».

CHARLOTTE BRONTË

«Durante años, firmé con el nombre de mi marido. No por sumisión, sino porque era la única manera de ser leída».

COLETTE

Esta es una obra de ficción, pero con sus personajes describe la historia del siglo XX y la memoria de tres mujeres unidas por una máquina de escribir.

Contenido

Cubrir

Página de título

Nota para las lectoras

Dedicación

Epígrafe

Nota del Autor

Prólogo

Primera Parte: Tinta rojo vino

Capítulo 1: Jerez

Capítulo 2: Milagros

Capítulo 3: La buhardilla

Capítulo 4: La Olivetti

Capítulo 5: Recordar

Capítulo 6: Antonio

Capítulo 7: Una boda desgraciada

Capítulo 8: Días felices

Capítulo 9: Dame un hijo

Capítulo 10: La máquina

Capítulo 11: Malas nuevas

Capítulo 12: La guerra

Capítulo 13: Desgarro

Capítulo 14: Huida

Capítulo 15: Regreso

Segunda Parte: Páginas marchitas

Capítulo 16: Carmen

Capítulo 17: El editor
Capítulo 18: Amenazas
Capítulo 19: Una mujer libre
Capítulo 20: Muerte y vida
Capítulo 21: Decisiones difíciles
Capítulo 22: La ciudad de los cielos azules
Capítulo 23: Terror
Capítulo 24: Rumores de guerra
Capítulo 25: Madre
Capítulo 26: Guerra y dolor
Capítulo 27: Francia
Capítulo 28: Lejos de casa
Capítulo 29: Buenos Aires
Capítulo 30: Amigo
Capítulo 31: Marcelo

Tercera Parte: Hojas de champán

Capítulo 32: Padre
Capítulo 33: Cenizas
Capítulo 34: Espía
Capítulo 35: Peligro
Capítulo 36: Secuestro
Capítulo 37: Consulado
Capítulo 38: Fracaso
Capítulo 39: Gauche Divine
Capítulo 40: Cárcel
Capítulo 41: Éxito

Epílogo

Algunas aclaraciones históricas

Cronología de la Guerra Civil Española

Sobre el autor

Derechos de autor

Acerca del editor

Nota del Autor

España, al igual que otros países de Hispanoamérica, entró más tarde en la modernidad. El papel de la mujer fue de carácter secundario, en muchos casos relegada al hogar, aunque no siempre fue así. A medida que la sociedad se aburguesaba, las grandes casas comerciales y las monarquías querían asegurar su linaje y unir a familias ilustres con otras de igual valía.

Desde el siglo XVI, el famoso vino de Jerez, más conocido en Inglaterra como *sherry* ya se exportaba a Inglaterra. William Shakespeare lo menciona en varios de sus libros, elogiando su calidad y sabor. En el siglo XVIII y XIX la venta de vinos jerezanos se disparó por la llegada de empresarios anglosajones. Los Domecq, los Sandeman y los González Byass comenzaron a producir sus caldos y exportarlos a Gran Bretaña. Desde el principio intentaron unirse a las sagas familiares españolas más ricas a través de alianzas matrimoniales, en algunos casos renunciando a su fe religiosa.

Uno de los casos más notables fue el de Manuel María González Ángel y su socio inglés Robert Blake Byass que supieron aunar lo mejor de los dos mundos. El *sherry* se convirtió en un símbolo de elegancia en Londres y no podía faltar en los salones victorianos.

Lo mejor del olvido es una historia de vinos y libros, a través de la vida de tres generaciones de mujeres que lucharon por convertirse en escritoras en un mundo dominado plenamente por los hombres. A través de una máquina de escribir Olivetti, Jocelyn, Carmen y Ana, intentarán conseguir sus sueños, descubrir el amor y buscar el éxito, pero la terrible historia del siglo XX se lo impedirá una y otra vez. Sumérgete conmigo en la apasionante historia de

tres escritoras que con sus vivencias nos narran la historia contemporánea, recordándonos «lo mejor del olvido».

Mario Escobar

MADRID, 7 DE ABRIL DE 2025

Prólogo

Aeropuerto de Barajas, Madrid, 15 de julio de 1974

No pertenecer a ninguna parte es, en cierto sentido, como no existir, y ese parecía ser el sino de mi familia. Mi abuela Jocelyn había nacido en Inglaterra, mi madre en España y yo, treinta años antes, también en España, aunque Francia fue la tierra que me vio crecer. Éramos tres mujeres unidas por lazos de sangre y la triste historia de la Europa del siglo xx.

No entendía qué me movía a comenzar aquel viaje. Tenía cierta estabilidad en París, donde empezaba a despuntar como reportera y joven promesa de la literatura. Había roto hacía poco con Michel, el hombre que más había amado en el mundo. Dejaba atrás la ciudad del amor sin saber exactamente qué estaba buscando. Mi madre apenas hablaba de España, pero mi tía Milagros, cada vez que me escribía una carta, siempre me contaba con todo lujo de detalles el ambiente alegre del país, a pesar de la dictadura, y la belleza de sus hermosas y milenarias ciudades.

El avión plateado de Air France comenzó a descender y contemplé los tejados rojizos de la ciudad, rodeados de salpicaduras verdes y líneas grises. Después dejamos Madrid atrás y el avión se acercó al aeropuerto, hasta que la pista comenzó a crecer frente a mis ojos; me aferré a la pequeña bolsa transparente en la que se encontraba mi pequeño bichón maltés, que tenía el rimbombante

nombre de Sartre, el «viejo filósofo». Mi perro parecía mucho más tranquilo que yo. Desde niña había viajado en avión, pero no lograba acostumbrarme.

El avión golpeó el suelo con fuerza y todos dimos un respingo; un sacerdote jesuita gritó algo así como: *iMon Dieu!* Era un buen momento para invocar a Dios, aunque mi madre me había criado en el más absoluto ateísmo.

El aparato comenzó a perder fuerza, y mis manos se relajaron. Los ojos de Sartre se abrieron como perlitas negras y su lengua rosa comenzó a moverse de un lado a otro, como si el «viejo filósofo» supiera que habíamos llegado. Unos minutos más tarde, descendimos del avión con tranquilidad; el cielo era de un azul tan brillante que atravesaba mis gafas de sol de Dior. Bajé las escalinatas con mi chaqueta tipo safari de cuatro bolsillos con solapas, los pantalones de pierna ancha color blanco, confeccionado en algodón puro, y unas sandalias de plataforma que no parecían llevarse bien con los escalones metálicos. Tuve que aferrarme con una mano a la baranda. Caminamos hasta un viejo autobús rojo y blanco; me sorprendió lo austero del transporte, pero ya me había advertido mi madre que los españoles seguían anclados en el pasado, el único elemento en el que se sentían seguros.

El autobús nos llevó a trompicones hasta la terminal internacional, fuimos a recoger el equipaje y un mozo lo llevó en un carrito hasta el exterior. Me monté en un taxi negro con una sobria raya roja, que tenía los asientos morados sajados por el uso y un fuerte olor a tabaco y sudor humano.

—¿A dónde va la señorita? —me preguntó un hombre calvo, moreno, con un marcado acento que no reconocí en ese momento. Intenté disimular mi acento francés, pero aquello era tan difícil como ignorar el fétido olor del conductor.

—Al Hotel Ritz —le dije sin alargar mucho las palabras, pero el hombre con ojos de sapo tristón enseguida me miró de arriba abajo por el retrovisor y comentó:

—Muy buen hotel, el mejor de España. Los extranjeros vienen a España a todo lujo. ¿Es usted francesa?

No supe qué contestar, eso era lo que decía en el pasaporte aún con la tinta sin secar que me habían pedido en la aduana, pero en realidad prefería el cocido o las lentejas a *le pot-au-feu* o la *soupe à l'óignon*, nunca me había sentido del todo francesa.

—Soy de Jerez, bueno mi familia era de allí.

El hombre frunció el ceño, tuve la sensación de haberlo decepcionado, pero un instante después, cuando por la autopista se acercaba a Madrid, la señaló con la mano derecha y dijo con su acento cerrado:

—Allí está Madrid, seguro que le gusta, es la ciudad más bonita de Europa, ni París ni Londres: la pequeña Madrid.

—¿Ha estado en París? —le pregunté mientras Sartre asomaba la cabeza por la bolsa.

—¿Qué es eso? ¿Una rata peluda? —preguntó el taxista, como si nunca antes hubiera visto un perro.

—Es un maltés —le contesté mientras fruncía el ceño.

—No se puede llevar animales en el coche —dijo de muy malos modos el hombre, y pensé que él tenía más aspecto de animal que mi perrito.

—En Francia es habitual . . .

—Esto no es Francia, señorita, gracias a Dios y a Franco.

El resto del trayecto estuvimos en silencio. El coche al final llegó hasta La Castellana y más tarde al Paseo del Prado. Mientras miraba fascinada los edificios, mucho más pequeños que los de París, pero más hermosamente reales, mi ciudad parecía un gran escenario de *La comedia humana* de Honoré de Balzac en vez de una urbe vibrante y llena de contradicciones.

El hombre me ayudó con desgano a bajar el equipaje del maletero, pero un botones corrió desde la puerta y lo puso en un carrito plateado con ribetes de oro.

—Bienvenida al Hotel Ritz, señorita.

—Gracias —le contesté al joven de pelo castaño y grandes ojos verdes. Me llevó hasta la recepción y me quedé ahí de pie mientras mis sandalias pisaban la gruesa alfombra redonda. Me encontraba en España, pero no sabía cómo reaccionar todavía; sentía una especie de parálisis emocional. Aquel viaje era el más importante de

mi vida; buscaba el pasado de mi abuela y la explicación a una de las cosas más dolorosas que había tenido que enfrentar: la distancia emocional de mi madre, ese desapego que me hacía sentir como si fuera de todos lados y de ninguno a la vez.

Primera Parte

Tinta rojo vino

Capítulo 1

Jerez

Jerez de la Frontera, 18 de julio de 1974

Mientras España parecía estar en vilo por la inminente muerte de su dictador, yo viajaba camino al sur en el tren expreso nocturno. La estación de Atocha quedaba muy cerca del hotel, pero había preferido arriesgarme de nuevo a tomar un taxi. Aquellos días en la capital habían sido mágicos, los madrileños siempre se ofrecían a llevarme a las direcciones que les preguntaba, aunque lo más incómodo eran los constantes piropos por las calles. Visité el Museo del Prado, el Parque del Retiro y paseé por las calles atestadas de gente de la Gran Vía y la calle de Alcalá, tomé algo en Chicote y los famosos churros de San Ginés, pero a pesar de la fascinación que me produjo la ciudad, me encontraba ansiosa por dirigirme al sur.

La estación de Atocha se encontraba llena de humo, algo sucia, y la confusión reinaba por todas partes. Un mozo me llevó el equipaje hasta mi tren nocturno; había alquilado un compartimento en el coche cama y esperaba llegar plácidamente a Sevilla por la mañana, allí tomaría otro tren hasta Jerez de la Frontera.

Me metí en mi compartimento, Sartre se acurrucó en la cama de sábanas almidonadas y yo me asomé por la ventanilla. Por el andén caminaban soldados, algunos curas y monjas despistados, hombres con boinas que tenían la tierra y el barro aún pegados a sus mejillas y parejas de recién casados que viajaban a Sevilla o a la costa. Cerré la ventana y el ruido descendió un poco, aunque el calor era

asfixiante. Bajé las cortinillas y miré el estrecho espacio del compartimento. No era lujoso, pero al menos no tenía que compartirlo con nadie. Me senté en la cama y comencé a escribir en mi diario. Quería plasmar todas las emociones y sensaciones en la libreta que había comprado en París no me creía Hemingway ni John Dos Passos, pero aquella experiencia no podía diluirse en los inciertos laberintos de la memoria.

Mis primeras impresiones habían sido buenas, me sentía rara al escuchar el español por todos lados; las únicas personas con las que lo había hablado antes eran mi hermano y mi madre. Aquel idioma materno siempre me había parecido exclusivo de nosotros tres, como si mi progenitora lo hubiera inventado para comunicarse con nosotros. También lo asociaba con el desapego y la tristeza, mi madre no me había abrazado nunca y los únicos besos que me daba eran al verme después de una larga temporada, aunque sus labios siempre apuntaban a la nada absoluta, como si temiera el contacto con mis mejillas sonrosadas.

Tenía labios gruesos, ojos azules pequeños, y mi pelo era rubio acastañado, apagado por los años, pero todavía con un rizado infantil que me tapaba parte de las mejillas rosadas y pecosas. Parecía más una inglesa de Kent que una francesa, pero eso formaba parte de mi singularidad.

Después de escribir un rato, acaricié a Sartre y le di de comer; yo me había comprado una lata de sardinas, pan y un poco de fruta. Cené con frugalidad y me tumbé en la litera de abajo, arriba estaba la maleta y la ropa que me había quitado.

Antes de dormir, saqué del cuaderno la foto de mi abuela. No la había conocido, pero la vida de Jocelyn Harvey me fascinaba, como si ella tuviera la clave para explicarme, como si fuera la resolución a un enigma que no lograba descifrar. Su vestido de finales de siglo, cuando la elegancia aún dignificaba el mundo, su pelo rojizo, que la foto en sepia parecía disimular, contrastaban con el color oscuro del traje y el sombrero. Su porte era tan deslumbrante que su llegada a aquella España de finales del siglo XIX debió suponer un verdadero trauma para ella.

Me quedé dormida aferrada a su retrato, tuve sueños inquietos mientras el tren se aproximaba a Sevilla. Mi tía Milagros siempre me decía que un país muy distinto nacía al otro lado de Sierra Morena, aunque en sus cartas, llenas de realismo mágico, que tan de moda estaba en aquellos tiempos, lo convertía en su Macondo particular.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Sevilla, ya estaba vestida de nuevo e intentando limpiar las heces de mi perro, que no había podido salir del compartimento en toda la noche. Pretendí llevar mis maletas hasta la puerta, pero apenas podía arrastrarlas. No sabía bien qué llevarme de París y me había decidido por traer lo máximo posible. Ahora vestía unos pantalones de lino blanco, una blusa a juego y un sombrero de paja. Sartre iba un par de pasos por delante, mientras de su cuello tintineaba un pequeño cascabel. Un hombre alto, moreno, de aspecto aristocrático y vestido con un impecable traje blanco de algodón fino me miró desde el andén y me dijo con su acento andaluz.

—¿Quiere qué le ayude, señorita?

Su sonrisa, enmarcada con unos tenues hoyuelos, me cautivó. Los franceses habían perdido hacía tiempo la caballerosidad y la gallardía que los caracterizaba, pero aquel hombre con su aspecto árabe no se parecía en nada al resto de los europeos que había conocido.

—Si es tan amable.

El hombre bajó las maletas con ligereza, mientras sus movimientos hacían que sus músculos se marcaran a través de la chaqueta, y después me ayudó a descender.

—¿A dónde se dirige? —me preguntó estirando el brazo para llamar a un mozo en la estación de Sevilla. No era el tipo de hombre que me gustaba; me había acostumbrado a los jóvenes de la Sorbona, rebeldes, melenudos y antisistema.

—Bueno, tengo familia en Jerez de la Frontera . . .

El hombre se me quedó mirando antes de dirigirnos al nuevo andén.

—Me recuerda a alguien, pero será porque yo conozco a mucha gente en Jerez, voy allí por unos negocios. Me encanta el sonido del tren, parece como si te meciera en mitad de la noche.

—Bueno, a mí también me gusta. Pensé en venir desde París en tren, pero el viaje era demasiado largo.

—Nunca son demasiado largos. En este mundo loco en el que vivimos parece más importante el destino que el trayecto, pero a veces las distancias se hacen inevitables. Perdón, no me he presentado, Juan de Heredia, para servirle —dijo el hombre en un tono formal. Calculé que debería tener un poco más de cuarenta años, aunque parecía que se conservaba en forma.

Una vez que me acomodé en el nuevo tren, Juan me entregó su tarjeta y después se despidió besándome la mano, algo que no se hacía desde al menos treinta años atrás.

—Es una pena que no pueda acompañarla, pero el deber me llama. Tengo que verme con el dueño de las Bodegas Góngora, ahora me toca tomar un taxi hasta allí, unos quince kilómetros de trayecto.

—¿Usted trabaja en el mundo del vino? Mi familia ha estado unida al vino de Jerez durante más de doscientos años. Me llamo Ana Gordon Harvey.

El hombre abrió mucho los ojos, como si mi nombre le hubiera despertado recuerdos demasiado lejanos y, tal vez, demasiado dolorosos.

—Los Gordon, una familia de larga tradición en Jerez de la Frontera, aunque desde hace tiempo la que se ocupa de los asuntos de la familia es Milagros Gordon.

—Mi tía Milagros, es ella la que me irá a recoger en la estación —le dije sorprendida por la coincidencia, aunque era consciente de que la vida no era otra cosa que una interminable coincidencia llena de contratiempos.

—Salúdela de mi parte, hemos hecho negocios juntos en el pasado, es de las negociadoras más duras que he conocido. El país está a punto de cambiar, esa mujer ha pasado por demasiadas cosas, escuche sus consejos y le irá bien en la vida. —Acarició la cabeza de Sartre, y él le devolvió un gruñido, algo que solo hacía con personas que le cayeran especialmente mal. Mi perro y yo solíamos coincidir en gustos, pero en aquella ocasión pensé que se había equivocado con Juan de Heredia.

El hombre se bajó del vagón; me asomé a la ventana y él se despidió con la mano, alejándose por el andén. Cuando el tren se puso en marcha, observé brevemente a la gente del andén. En Sevilla también había soldados, curas y monjas, como en toda España, pero las diferencias de clase parecían más marcadas que en Madrid, como si las huellas de la guerra y aquella España profunda que había dejado mi madre aún no hubieran desaparecido por completo.

En el asiento de enfrente estaba una mujer toda vestida de negro, con el moño apretado y una expresión de tristeza parecida a la de la Macarena. Al lado, un hombre leía la revista *Triunfo* mientras una madre y su hijo pequeño, sentado al lado de la ventana, terminaban de acomodarse en sus asientos. Todos ellos formaban el pequeño grupo de viajeros del compartimento. El niño pegaba la nariz a la ventanilla fascinado por los campos de olivos y vides que se perdían en el horizonte, el hombre de vez en cuando pasaba las páginas y su cara aparecía tras los pliegos de papel, luego volvía a perderse en aquel océano de letras. Logré ver el titular que hablaba sobre la salud del caudillo; al lado estaba la noticia de la guerra de Vietnam y las luchas en Portugal entre comunistas y demócratas tras la Revolución de los Claveles. El mundo parecía demasiado agitando desde mayo de 1969. El niño miró a mi perro y se acercó para tocarle la cabeza, pero en ese momento entró el revisor.

—Buenos días tengan ustedes. Los billetes por favor.

El hombre llevaba su uniforme algo sucio y la gorra ladeada, fue picando los billetes con unos chasquidos metálicos hasta llegar al mío.

—No se pueden llevar mascotas.

—Señor, lo especifiqué en la estación de Atocha.

El hombre frunció el bigotillo canoso y de malos modos me dijo:

—En Madrid son todos unos rojos, pero aquí, en Andalucía, las cosas son como Dios manda.

La mujer mayor levantó la mirada y con su acento sevillano le espetó:

—Ea, compa, ¿por qué no la deja tranquila, que no ha hecho ná? A ver si va a tener usted más ganas de impresionar que de revisar el

billete. En este país se pone uno el uniforme y se cree que es almirante de la armada en Cuba.

El hombre se giró hacia la anciana, pero no le contestó, picó el resto de los billetes y cerró con un portazo el compartimento.

—Perdone, señorita, pero esta gente no sabe tratar al turismo.

—Soy de Jerez —le contesté—, bueno mi familia.

—En la cara se le notaba, mi alma, que hay más rubios en Jerez que en Suiza.

Aquella forma de hablar me hacía mucha gracia, me imaginaba a mi tía Milagros de aquella manera, pero estaba muy equivocada.

Cuando el tren paró en la estación de Jerez de la Frontera y el mozo me bajó las maletas, me encontré con una mujer vestida con pantalones, unas botas altas, una blusa blanca con un gran lazo en el pecho y un sombrero de paja. A su lado estaba un hombre delgado, calvo, con una boina en la mano.

La mujer al verme abrió los brazos, era alta para la media de España, tenía el pelo blanco y largo, y unos ojos tan claros como el cielo azul del mediodía.

—¡Válgame el cielo! Es mi sobrinita Ana —dijo mientras me acercaba para abrazarla. En realidad, era su sobrina nieta, pero aquello daba igual. Debía tener setenta años o más, pero parecía estar en plena forma. Tenía la piel curtida por el sol y las pocas arrugas de su rostro apenas se atrevían a ribetear sus ojos enormes.

—¡Te veo, y eres el mismo retrato de tu abuela Jocelyn, como si el reloj se hubiera puesto marcha atrás! Joaquín, toma el equipaje y llévalo al coche.

El hombre tomó todo el equipaje y yo solo me quedé con Sartre.

—¡Qué perrito tan mono! Espero que se lleve bien con los míos de caza. En el campo no tenemos perritos falderos.

Me puso una mano en el hombro y caminamos hacia el coche. En ese momento me di cuenta de que Milagros me había abrazado más en cinco minutos que mi madre durante toda mi vida. En aquel lugar apartado de Europa, en el que parecías adentrarte en un cuento de *Las mil y una noches*, quería descubrir lo que había sucedido con mi abuela, por qué mi madre había acabado en Francia y, sobre todo, por qué llevaba más de cuarenta años escapando de mi padre.

Capítulo 2

Milagros

Jerez de la Frontera, 19 de julio de 1974

Las calles de Jerez eran tal y como me las había imaginado. Estrechadas y con el aire señorial de una nobleza antigua perdida; los tejados anaranjados contrastaban con las paredes encaladas, en muchos casos adornadas de ventanas con geranios y macetas de colores rojizo, azules o verdes. Mientras avanzábamos por la calle, respiré hondo la fragancia casi sagrada a tierra seca, vino madurado y flor de azahar. La gente caminaba despacio, como si llevara el peso de los siglos sobre sus espaldas. La sombra de las palmeras en los parques parecía desafiar a los naranjos de las avenidas y las plazas, solo las fuentes lograban aliviar un poco el calor de los transeúntes. Las jacarandas ya habían perdido sus flores violetas, pero sus enormes troncos parecían abrazarnos a medida que nos dirigíamos a la bodega.

Entramos en una calle tapizada de piedras de pedernal y cubierta por parras que todavía estaban formando los racimos que a finales de agosto darían una nueva cosecha de uvas de mesa. Entre las sombras de esa calle contemplé por primera vez aquellas catedrales del vino, bodegas centenarias que encerraban la esencia de Jerez. Tenía la sensación de que allí no llegaban los rumores del mundo. El coche se detuvo frente a un portón de hierro cuyas oxidadas hojas parecían desprender el aroma de siglos.

En ese momento se escucharon las campanas de San Miguel, que siempre marcaban las horas inciertas en un lugar en el que parecía que el tiempo llevaba mucho detenido.

Al pasar cerca de la bodega, por una de las rendijas salía un aire frío y seco, se desprendían los aromas del Fino, que lo impregnaba todo de olores salados y secos.

—Te he traído primero a la bodega, para que conozcas tu herencia —dijo mí tía, que hasta ese momento había estado callada, como para dejarme saborear toda aquella belleza que formaba parte de mí misma, aunque no la hubiera observado antes.

Un hombre nos recibió en las puertas, nos sonrió y se inclinó como si fuéramos dos princesas.

—Señorita Gordon —me dijo como si no me hubiera visto en mucho tiempo, después abrió el portalón que parecía quejarse mientras dejaba escapar las sombras de su interior. Los inmensos toneles nos observaron indiferentes, repletos de sus tesoros líquidos. Cruzamos el umbral del tiempo y nuestros ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse, solo algunas rendijas dejaban pasar el sol, que parecía oro reflejado en el suelo de albero.

—Estos monjes antiguos, con sus barrigas de roble, son más viejos que yo —dijo el hombre.

Milagros sonrió.

—¡Paco es un poeta del vino!

El hombre se acercó a uno de los inmensos barriles y apoyó en él su cabeza de pelo blanco.

—Si quiere escucharlos, podrá sentir el latido de sus corazones, mientras dentro se realiza el milagro invisible de la fermentación; a veces desprende aromas tan sagrados como los templos de Jerez. ¿Lo percibe? A cerezas, vainilla vieja, nuez y, sobre todo, a tiempo.

—¡Es increíble! —me atreví a decir, y Sartre ladró, como si quisiera añadir algo.

El hombre acarició la cabecita de pelo blanquecino y después con una sonrisa me dijo:

—Aquí dentro, hay un caldo que empezó a formarse antes de que la señorita naciera; en aquellos otros, hay caldos anteriores a la

guerra. Aquí las cosas se toman su tiempo y la paciencia es la única forma de convertir el mosto en sangre, como la de la Eucaristía.

El hombre tomó una copa con sus manos callosa y con la otra sostuvo la venencia; de las tripas del tonel extrajo el delicado néctar color ámbar, las gotas salpicaron en el cristal con un tintineo. El hombre giró con fuerza el líquido que soltaba destellos y después me lo entregó.

—Pruebe la sangre de su familia, señorita Gordon.

Los dos me observaron con respeto, como si estuviera a punto de realizar un rezo en la capilla de una iglesia. El sabor del Fino enseguida embriagó todos mis sentidos, con su sabor fresco y su aroma a almendras.

—Cuando los caldos entran en las botellas, no es vino, es tiempo embotellado esperando encontrar a un náufrago perdido, una oración callada que la tierra jerezana entrega al mundo cada año.

Milagros me tomó de la mano, el vino enseguida se me subió a la cabeza, salimos de nuevo al caluroso día, caminamos unos metros y llegamos hasta las oficinas. A esa hora todo el mundo se había ido a comer. Entró en su despacho y señaló la docena de retratos que colgaban las paredes.

—Esos son tus antepasados, niña. No sé qué has venido a buscar, pero ellos sí saben lo que vas a encontrar aquí.

Capítulo 3

La buhardilla

Jerez de la Frontera, 20 de julio de 1974

Es difícil explicar tantas emociones juntas. Sentir que había encontrado mi lugar en el mundo me inundó de alegría, pero también de tristeza. Ya no existía la Jerez a la que había llegado mi abuela con sus elegantes trajes ingleses, tampoco la esperanzada España de la República, donde mi madre había sido una joven estudiante. La ciudad parecía paralizada por el monótono ritmo de la dictadura, que, aunque parecía interpretar sus últimos compases, aún convertía todo lo que tocaba en una foto gris y ajada por el tiempo. Mi tía Milagros era una mezcla explosiva de alegría y energía, con cierta arrogancia y sencillez. Sus aparceros, criados y guardeses la temían, por un lado, ya que podía ser implacable, pero, por otro, parecían venerarla, en una relación maternal que me era difícil de comprender y que para nada se parecía a la sociedad francesa.

Aquella mañana, después de un gratificante sueño, me desperté en la amplísima habitación del cortijo a las afueras de Jerez. La luz penetraba con tanta fuerza por el inmenso ventanal que daba a la lejana sierra, que al abrir los ojos me cegó por completo. Respiré hondo, las sábanas del más fino algodón me acariciaban, y en cuanto me puse en pie noté una ligereza que no había experimentado jamás. Llevaba toda la vida esperando encontrarme a mí misma. Quería convertirme en escritora; ser reportera era solo un

medio para dedicarme a la literatura, pero jamás había encontrado la inspiración, y tenía la sensación de que no tenía una historia que contar. En aquella finca inmensa, rodeada de miles de vides, donde los pájaros continuaban su canto milenario, como si el paso de cartagineses, fenicios, romanos, visigodos, árabes y franceses apenas hubiera alterado su equilibrio.

Me duché en el baño de mármol, en la inmensa bañera de patas de águila, y después bajé a la carrera por la larga escalinata. Me perdí antes de encontrar el salón, donde mi tía ya tomaba un desayuno español. Las tostadas de pan con aceite de oliva virgen y tomate, el zumo de naranja recién exprimido, el café, algunos bollitos hechos por la cocinera, todo sobre un mantel tan blanco que reflejaba la luz como si fuera el fondo de un mar caribeño.

—No te esperaba tan temprano, pensé que estarías cansada del viaje.

—He dormido tan bien que podría salir a correr ahora mismo —le dije mientras la criada me servía el café—. Gracias, Conchita.

—Me alegro mucho, voy a revisar algunas vides cerca del río. El acceso es difícil, tenemos que ir a caballo. ¿Sabes montar?

Me encogí de hombros.

—Pues, bueno, mi madre me llevó un par de veces a equitación, pero en París no es fácil. Ella siempre estaba demasiado ocupada, sacándonos adelante —dije sin poder evitar que se me hiciera un nudo en la garganta. Tenía los sentimientos a flor de piel, como si llevara toda la vida refrenándome y ahora, que me había alcanzado mi pasado, un pasado que desconocía por completo, comenzaba a comprender demasiadas cosas. Mi madre había dejado todo esto por un apartamento pequeño en el Barrio Latino, había tenido que hacer mil cosas para sacarnos adelante y desarraigarse por completo, cercenando su alma. Ya no era de ningún sitio, no pertenecía a ningún lugar. Mi caso era distinto, yo pertenecía a Francia, aunque en el fondo sentía un profundo vacío interior, un agujero que me arrastraba al abismo e impedía que fuera feliz por completo.

—Te llevará la yegua más dócil de mi cuadra, no te preocupes.

Después del desayuno mi tía me dejó la ropa para montar. Cuando aparecí con mi traje de amazona, noté como se le aguaban

los ojos.

—Este traje era de tu madre, cuando era más joven que tú. Me parece verla reflejada en ti. ¿Por qué no ha venido contigo?

Me encogí de hombros, yo tampoco lo entendía del todo.

—Siempre dice que mientras Franco y su exmarido estén vivos, no pisará España.

—No sé cuál de los dos es más cabrón —contestó con rabia.

Cuando salimos a la puerta de la casa, dentro del amplio patio empedrado, los criados ya tenían preparados los caballos con dos banquetitas. Nos ayudaron amontar y me acomodé en la silla. Me sentía la reina del mundo sobre aquella yegua blanca, con mis pantalones de amazona.

—Nube, tu yegua, es muy dócil. Nos seguirá sin problema.

Delante estaba Ernesto, el guardés, un hombre de cincuenta años, algo entrado en carnes, de barba corta y canosa; llevaba un sombrero cordobés que le tapaba su cabeza calva y brillante.

Los caballos salieron al trote, pero en cuanto entraron por el camino de las viñas se pusieron a galopar. La sensación del viento golpeándome la cara, mi cuerpo saltando sobre aquellas espaldas fuertes y el paisaje verde y blanco, con pequeñas islas de árboles a los extremos me tenía extasiada. Tardamos unos veinte minutos en aproximarnos al río, lo que mostraba lo extensa que era aquella finca, la principal de otras muchas que poseía mi familia. «¿Por qué habíamos vivido con tantas dificultades si poseíamos todas aquellas riquezas?», me pregunté antes de que paráramos cerca de los chopos.

Logré descabalar con la ayuda de Ernesto. Estaba empapada en sudor; me agaché junto al río y me refresqué la nuca. El agua cristalina estaba congelada.

—Estas viñas las han estropeado los zorros —dijo Ernesto mientras tomaba algunos racimos.

—¿Por qué lo hacen? Aún no están comestibles —le preguntó Milagros al encargado.

—Bueno, los animales son imprevisibles, pero a los zorritos pequeños les gusta jugar con las uvas.

—¡Que pongan trampas o vengan a cazarlos!

—Así se hará, señora.

Me sentí un poco mal al pensar en la muerte de los zorrillos, pero en el campo no hay compasión para los animales salvajes. Sartre se había quedado en la finca, para sorpresa de todos había hecho buenas migas con los perros de caza y, a pesar de ser muy pequeño, todos parecían querer jugar con él. Era un líder nato.

Caminamos un rato por la orilla del río. Milagros se puso en jarras y miró el cauce.

—Está muy bajo, espero que aguante todo el verano. Necesitaremos regar si no llueve. Si hay poca agua la uva se queda pequeña y sube mucho el nivel de alcohol, llevamos varios años con sequía.

—Vaya, lo siento —contesté mientras miraba a los pajarillos revolotear a nuestro alrededor, como si les pudiera más la curiosidad que la prudencia.

—No te preocupes, los Gordon nos hemos criado en la adversidad, esta tierra es muy fértil, pero también dura e imprevisible. Hay que saber domarla como a un caballo salvaje, aunque a veces nos tire y se rebele contra todos estos siglos de sometimiento.

—Eres una poetisa —le contesté.

—Tu madre y tu abuela sí lo eran, yo no he recibido el don de la escritura.

Me sorprendió su comentario. Mi madre era una conocida ensayista, pero mi abuela, hasta donde yo sabía, además de ama de casa, se había dedicado a los asuntos de las fincas tras la muerte del abuelo.

Regresamos a la casa justo para la hora de la comida. Me refresqué un poco en la piscina y después me cambié. Sartre me saludó al verme, pero enseguida regresó con sus amigos. La mesa estaba preparada debajo de una inmensa higuera en uno de los patios, donde estuve fisgando y encontré una bodeguilla, con algunos barriles más pequeños.

—Esto es la capillita —dijo mí tía a mis espaldas. Di un respingo, no la había oído llegar.

—¿La capillita?

—No es una iglesia, la llamamos así porque es donde guardamos algunos caldos. ¿Los quieres probar? Paula trae un poco de queso y jamón.

Milagros tomó dos copas y las llenó. Nos sentamos a la mesa confeccionada con un viejo barril pintado de rojo.

—Está muy rico —le dije, después probé el jamón y el queso—. ¡Increíble!

—Es de Guijuelo, en Salamanca, el más rico de España.

—Pensé que era el de Jabugo —le contesté.

—Ese ostenta el segundo puesto —bromeó mi tía, que de esas cosas sabía mucho.

La comida fue larga. Milagros me contó muchas anécdotas de la familia, sobre todo de mi abuela y su llegada a España.

—En la buhardilla se conservan los baúles que trajo; están llenos de su ropa, algunos libros y otros trastos.

—¿Podría echar una ojeada?

—¿Para qué? —me preguntó intrigada—. ¿No querrás hacer alguno de tus artículos?

—Bueno, eso también, pero me gustaría saber más de Jocelyn. Tal vez así entendería más a mi madre.

Milagros tomó la taza de café, acababa de devorar una cuajada con miel.

—Siempre se llevaron mal.

—¿Quienes? —le pregunté sin entenderla bien.

—Tu madre y tu abuela. No se entendían. Se criaron en dos mundos muy distintos. Yo soy muy vieja, pero de alguna manera, he vivido a caballo de esos dos mundos y sé que hay un abismo insalvable entre ambos.

—¿Podría subir a la buhardilla?

—Es tu casa, yo soy solo una guardiana, un día espero que todo esto lo lleve otra vez un Gordon de verdad. Ten cuidado con lo que deseas, a veces es muy peligroso conseguir lo que anhelamos, puede destrozarnos por dentro. Te lo digo por experiencia.

Las enigmáticas palabras de mi tía me acompañaron hasta que después de una breve siesta me decidí a subir a la buhardilla. La puerta estaba cerrada con llave, pero Paula me había abierto y dado

la luz, aunque por las rendijas y un par de pequeños tragaluces, entraba una tenue claridad.

—Hay mucho polvo —comentó mientras abría uno de los tragaluces.

Una nube parecía envolverlo todo, olía a humedad y recuerdos viejos. Alguien había subido un gran armario. Había varios baúles, percheros, lebrillos, sillas rotas o pasadas de moda, y todo tipo de cachivaches.

—Aquellos dos baúles grandes son los de la señora Jocelyn —comentó la criada señalándolos, eran tan grandes como una mujer de pie. Me acerqué y abrí el primero, parecía un pequeño armario, adentro colgaban una docena de vestidos de diferentes colores, tanto de diario como de gala, todos ellos de una elegancia tan irrepetible como lejana en el tiempo. Tuve la sensación, algo impúdica, de desnudar la intimidad de mi abuela, aquella mujer a la que nunca había conocido y de quien casi nadie me había contado nada.

Capítulo 4

La Olivetti

Jerez de la Frontera, 20 de julio de 1974

De niña siempre me gustaba disfrazarme, tal vez fuera un signo de que no me gustaba mi vida y quería ser otra persona, pero sentir que podía vivir muchas existencias era una de las cosas que más me fascinaba, tal vez por eso quería ser escritora. Aquel era un modo de convertirme en diferentes personajes sin dejar de ser yo misma. Los escritores son como los actores, no viven la vida de otros en el escenario, crean el escenario, el personaje y todo el mundo que los rodea.

Ana me dejó sola mientras yo intentaba buscar las cosas de mi abuela. Tomé uno de sus vestidos, el azul de talle ajustado y volante, lo olisqueé con el temor de que la humedad o la podredumbre le hubiera impregnado un olor fétido a muerte y decrepitud, pero para mi sorpresa, el vestido olía a tela recién cortada. Me quité la ropa, lo subí por mis piernas, me ajusté los botones a mi espalda y me sorprendió comprobar que me quedaba como un guante.

—¡Dios mío! —exclame al darme cuenta de que, como la ropa de amazona de mi madre, aquel vestido era de mi talla. Aquello me abrumó, pensé que los seres humanos solo somos meras repeticiones de nuestros antepasados.

En el armario había un espejo, me asomé con timidez, como *Alicia en el país de las maravillas*, con el temor de aparecer al otro

lado de un mundo mágico. Miré el vestido, fui levantando la vista y, por último, observé todo el conjunto. Me sentí como un personaje de *Lo que el viento se llevó*, *Mujercitas* o cualquier otro clásico de la literatura.

Me probé otros dos trajes antes de arriesgarme a bajar al despacho de mi tía. No sabía cómo se iba a tomar aquel atrevimiento. Bajé por la escalinata de balaustradas de madera, caminé por el pasillo de alfombras persas y cuando me paré frente al umbral, ella me miró extasiada.

—¡Jocelyn Harvey! —exclamó mientras se ponía en pie y me abrazaba entre lágrimas—. Eres el vivo retrato de tu abuela, pero en rubio. La conocí siendo ya una mujer mayor, pero he visto muchas fotos de ella de joven. El parecido es increíble. ¿Te ha gustado lo que has visto arriba?

—Sí, me gustaría saber más sobre ella. ¿Hay alguien vivo que la conociera?

—Yo la conocí, aunque la tía era ya una mujer de más de cuarenta años cuando yo había cumplido la mayoría de edad.

Me senté al lado de mi tía y vi cómo le corrían las lágrimas por sus mejillas arrugadas. Recordar es siempre doloroso, en cierto sentido es desenterrar a las personas que has amado, volver a vivir el dolor que te ha producido su pérdida y comprobar una vez más que te estás quedando solo en el mundo. Milagros ya no pertenecía a mi mundo, era como un fantasma que se desvanecía ante mis ojos, las últimas reminiscencias de una sociedad y un país que había dejado de existir hacía mucho tiempo. Aquella figura imponente que todo el mundo temía y que, en muchos sentidos, estaba por encima del bien y del mal, cuyas decisiones no podían ser discutidas por los vanos mortales.

—Ella era luz, ese tipo de personas que podía iluminar un salón con su sola presencia. Llegó a Jerez para deslumbrar a esta beata y pacata ciudad. Era como una perla robada del corazón de una ostra.

—No puedo imaginarla —le contesté. Entonces ella se levantó y me enseñó una foto en tamaño grande en la que Jocelyn estaba de pie con el mismo vestido que yo me había puesto.

—¡Dios mío!

—Sois iguales, ya te lo dije. Es como si la vida hubiera traído otra vez a tu abuela a la vida.

Nos pasamos toda la tarde hablando de ella, pero Milagros tenía que encontrarse con unos exportadores y se marchó antes de que el calor comenzara a descender. Me decidí regresar a la buhardilla y fisgonear un poco más en las cosas de mi abuela.

En el armario encontré algunas cosas interesantes. Un tocadiscos inglés, con las iniciales HMV y el dibujo de un perro. Unos veinte discos de música clásica, pero también de jazz y varios de tangos, una radio marca Pye. Logré ver varios pañuelos, zapatos y, debajo de todo aquello, encontré algo enfundado, lo saqué con dificultad, era muy pesado. Le quité la funda marrón y ante mis ojos apareció una máquina de escribir.

Aquella máquina me pareció fascinante, esculpida como una obra de arte, con letras doradas y las teclas tan elegantes como anillos de novia recién desposada. Ya no se fabricaban máquinas tan elegantes, un deleite de los sentidos. Me atreví a tocar las teclas y el sonido me hizo sentir como si fueran sus latidos del corazón, como si a través de las yemas de los dedos pudieran expresarse los pensamientos humanos.

—¡Una máquina Olivetti! —exclamé al leer la marca en la parte baja y después me percaté de que en la funda había dos cosas más. Saqué la primera, un manuscrito de folios amarillentos, atados con un lazo de seda rojo, que en la parte delantera tenía una lazada. Tenía escrito un nombre y una especie de título. «Lo mejor del olvido es el recuerdo», decía, y justo debajo, el nombre de un hombre: Antonio Jiménez.

Me senté en el suelo y quité el lazo. Algunas hojas se habían dañado con el paso del tiempo, como si un dios menor quisiera castigar el atrevimiento de aquel manuscrito de querer superar las barreras del olvido.

Toqué la primera página, consciente de que otros dedos, en otra época, la habían escrito y tocado antes que yo; eso me hizo sentir muy pequeña, casi insignificante. Tenía la sensación de que el destino había dejado en ese armario olvidado una historia para que

yo la descubriese y pudiera revivir un mundo que hacía mucho tiempo había dejado de existir.

Capítulo 5

Recordar

Puerto de Cádiz, 19 de mayo de 1898

El puerto estaba repleto de uniformes caquis de rayadillo recién planchados, pero el calor los volvía negros en las axilas y los cuellos blancos. El miedo parecía ocultarse detrás de todas aquellas miradas de hombres imberbes, casi niños, vestidos para su primer día de colegio. Algunos se volvían al verme pasar con mi traje verde, aunque lo que más les impresionaba era mi pelo recogido en trenzas y los cuatro hombres que arrastraban mis inmensos baúles. En algunas esquinas, los sargentos con sus inmensos mostachos daban órdenes a los infantes, que llevaban en la espalda sus mochilas llenas de las comidas que les habían dado sus madres, y los fusiles aún nuevos y relucientes al hombro. Las banderas también eran nuevas y llevaban los nombres de las provincias de donde venían, en una especie de babel moderno. Apenas sabía hablar español, pero a aquellos españoles no les entendía, hablaban otras lenguas totalmente desconocidas para mí. Al otro lado, algunas esposas intentaban grabar en sus miradas por última vez a sus hombres; los niños lloraban contagiados por la angustia de sus madres; y los ancianos, que sabían lo que era la guerra, los miraban con cierta condescendencia, con una mezcla de envidia y compasión, con la que solo los ojos atribulados saben enfocar el mundo.

Estaba cerca del hotel, próximo al puerto, en aquella ciudad que intentaba parecer civilizada, pero que estaba poblada por una raza

tan indómita como los pictos, que luchaban desnudos ante las sorprendidas tropas de Adriano.

Entre la multitud extranjera, porque yo todavía no era consciente de haber abandonado mi patria, unos ojos me hicieron sentir por primera vez en casa. Eran oscuros, como los acantilados de Dover los días de tormenta; sus pupilas como olas no dejaban de golpear el iris. Aquellos ojos borraron todo lo que había alrededor: el tiempo se detuvo un instante, el bullicio cesó y, como un náutico que divisa un faro, me paré en seco. Los portadores se detuvieron quejicosos por el peso, pero lo único que podía atender eran esos ojos, que terminaron por desaparecer entre la soldada.

Llegué al hotel con los pies doloridos por las botas de cuero. Hasta allí llegaba el nauseabundo olor a pescado podrido, sudor y miedo del puerto. La recepción intentaba parecer elegante, pero no podía engañar a nadie que hubiera estado en The Strand y visitado el Hotel Savoy, el Hotel Cecil o el Hotel Adelphi, que se asomaban al Támesis como si quisieran demostrar que la grandeza del Imperio británico se encontraba en cada rincón de la city.

—¿Señorita Gordon? Es un placer tenerla aquí con nosotros . . .

—comentó un sudoroso recepcionista; su traje barato intentaba imitar sin conseguirlo a un *lounge suit*.

—No soy la señorita Gordon, me llamo Jocelyn Harvey.

—Niña —dijo mi abuela en mi espalda—. La señora Harvey, nieta de los mejores comerciantes de vino en St James's Street, la famosa casa Berry Bros & Harvey.

Mi abuela hablaba mejor español que yo, llevaba casada con un jerezano desde hacía cincuenta años, mi abuelo lo único que tenía de español era su apellido, ya que se había criado en Londres y se desplazaba a España solo para cerrar algún negocio. En aquellos momentos, se encontraba postrado en cama por unas fiebres.

—Perdone a mi nieta, no domina bien el idioma. Nos han reservado una habitación los Gordon, mañana partiremos para Jerez. Me han dicho que son como cinco horas en carroza, si es que los caminos no están embarrados por las lluvias de primavera.

El hombre volvió a sonreír después de pasarse el dedo por el cuello.

—Señora, le hemos reservado la mejor habitación del hotel y la cena será a las seis, un horario inglés . . .

—Perfecto, quedan cuatro horas. Que un mozo suba todo a la habitación.

El recepcionista miró con inquietud los inmensos baúles, que parecían fabricados para el gran Houdini y sus espectáculos de escapismo. Lo había visto actuar en el Alhambra Theatre y había desafiado a Scotland Yard para que lo encerraran con sus esposas más seguras.

—Lo intentaremos, señora.

Unos minutos más tarde cuatro hombres con las caras amoratadas habían logrado subir los baúles y dejarlos en la amplia habitación. A pesar de dar al mar y parecer limpia, los muebles imitación estilo eduardiano eran toscos y de maderas poco nobles. Todo me parecía inferior desde que había puesto los pies en España.

Logramos asearnos un poco, después nos vestimos para la cena. Aún era de día en España, pero pensé que, en mi amada Inglaterra, las brumas ya habrían cubierto el jardín de la casa familiar y los salones habrían encendido las velas —mi abuelo no se fiaba de la luz eléctrica que se había introducido y prefería las lámparas de gas y las antiguas velas de cera—.

El salón comedor del hotel era pequeño, cuco para la calidad del establecimiento, y no intentaba imitar nada. Parecía exactamente el salón de un hotel español, con sillas isabelinas, mesas de mármol blanco y unos espejos grandes que hacían parecer la estancia mucho más amplia. A aquella hora estaba casi vacío, únicamente una familia alemana comía silenciosa a un lado.

El metre se acercó hasta nosotras, tenía un aire francés.

—Señora, señorita. Tenemos un lenguado a la *meunière* delicioso, rape en salsa blanca, langostinos, consomé de pescado.

—¿No tienen carta? —le pregunté con malicia.

—Señorita, preferimos recomendar los mejores platos a nuestros clientes. Personas de su alcurnia . . .

—Yo quiero el lenguado, y para la niña traiga el rape, unas croquetitas para empezar y la sopa.

—¿Tomarán vino?

—Somos unas damas. ¿Tiene un Claret francés? ¿Un Lafite o Latour?

—Claro, señora, ahora mismo se lo sirvo.

—¿Qué son las croquetas? —pregunté a mi abuela. Era tan joven e inocente en aquel momento, que aún la vida estaba dispuesta a darme algunas lecciones. Mi educación británica me había convertido en una mujer altiva, que no entendía que más allá de la isla existiera algo que mereciera la pena, mucho menos en España, que era tierra de bárbaros.

—Ya lo verás, son una delicia que no podrás parar de comer.

Estábamos degustando la sopa cuando cuatro oficiales españoles entraron en el salón. A pesar de su traje elegante, parecían un grupo de pendencieros gritones del peor pub de Londres. Me giré con el ceño fruncido para ver si se daban por aludidos, entonces volví a ver aquellos ojos.

La mirada del oficial era tan limpia como la de un niño recién nacido, contrastaba con su cara afilada y masculina, como la de un bandolero español. Su pelo peinado le descubría unas sienes brillantes, como si en algún momento hubiera sido rubicundo. Su sonrisa era perfecta, algo que no se veía mucho en España, donde la higiene bucal era casi inexistente.

—¿Qué miras niña? Te has quedado abobada . . .

—Nada, esos españoles gritones. ¡*Offspring of the Evil One!*

El hombre se giró y sonrió, después me contestó en un perfecto inglés.

—*We are of the devil's seed, but of the lineage of the Lord.*

Me le quedé mirando, y después comencé a reírme.

—Disculpe a mi nieta, es la primera vez que viene a España.

—¿Son británicas? —preguntó el hombre mientras sus amigos seguían bebiendo y riendo.

—Sí, nos dirigimos a Jerez. ¿Por qué hay tanto revuelo en el puerto?

—Somos parte de las tropas del general Basilio Agustín, tenemos que reforzar las tropas de Cuba y Filipinas, ya sabrán lo de la guerra con Norteamérica.

—Es algo disparatado que dos naciones civilizadas se peleen por unos indígenas —comentó la abuela.

—No son indígenas, son cubanos que quieren independizarse de España y están en todo su derecho —comenté algo indignada.

El oficial no se enfadó, sonrió de nuevo y después dijo:

—Siempre hay al menos dos formas de ver las cosas.

Permítanme que me presente, soy Damián Sevilla, soy de Málaga, pero me he unido a las tropas de Cádiz. No tengo alma de héroe, pero todos los hombres necesitamos ver de cara a la muerte antes de establecernos en la vida.

—La guerra es siempre un mal negocio —dijo mi abuela, tan prosaica como de costumbre.

Aquel hombre me parecía fascinante, no se parecía en nada a mi prometido, Antonio Gordon, al que conocía desde la adolescencia, pero que no había visto en los últimos dos años. Era un matrimonio concertado por nuestras dos familias, para unir a una de las mayores bodegas españolas de *sherry* con la mayor importadora de Gran Bretaña. En nuestras familias, el matrimonio era un mero trámite comercial. Me habían criado con aquellas ideas, pero las novelas contaban historias muy diferentes, historias que parecían imposibles para una jovencita de una adinerada familia de la city.

—En eso tiene razón, sobre todo para los jóvenes, pero espero regresar más sabio y con un ascenso.

—Con que vuelva de una pieza será suficiente —comentó mi abuela, y yo me sentí escandalizada.

—¡Abuela! El caballero es un hombre valiente y deberíamos animarlo, aunque su causa no sea justa.

—Las únicas causas justas son las del amor, pero en eso también soy demasiado neófito.

Aquel comentario me hizo enrojecer como buena inglesa; tomé la copa para que el color del vino lo disimulara.

—Las dejo comer, que se les va a enfriar el pescado.

El hombre se giró, pero su imagen se había grabado para siempre en mi mente. El resto de la cena apenas hablé con mi abuela, que se sentía muy cansada por el viaje.

—¿Nos vamos a dormir? —preguntó después del postre. La verdad era que estaba rendida, pero tenía la esperanza de encontrarme con el oficial en el otro salón del hotel.

—Prefiero leer un poco —le dije mientras la acompañaba. Tomé mi tedioso libro de Louisa May Alcott, *Little Women*, y bajé al salón. Los españoles estaban tomando unos licores y una pareja de enamorados se hacía arrumacos discretamente en una mesa alejada. De vez en cuando levantaba los ojos de las páginas, en las que no lograba concentrarme, y miraba a los oficiales, hasta que mi mirada se cruzó con la de Damián.

El oficial guapo y galante me dijo:

—Lamento importunarla. ¿Su abuela se encuentra bien?

—Sí, algo cansada, pero yo prefería leer un poco.

—Todavía es de día. Me imagino que no conoce la ciudad, a Cádiz la llaman la «tacita de plata».

—Curioso nombre.

—Es la ciudad más antigua de Europa, dicen que la fundaron los fenicios hace unos tres mil años. Por aquí han pasado fenicios, cartagineses, romanos, visigodos, musulmanes, y aquí se firmó la primera constitución. Los franceses no lograron conquistarla. El carácter de los gaditanos es muy alegre y desenfadado.

Me sorprendió todo aquel despliegue de información; evidentemente no sabía cortejar a una dama.

—¿Quiere que la acompañe en un paseo?

—No sé cómo son las costumbres aquí, pero en Londres, una joven y un desconocido no dan paseos.

—Ya me presenté y, desde que la he visto, he pensado que usted . . .

—Jocelyn —añadí enseguida.

— . . .he pensado que usted, querida Jocelyn, no es una mujer convencional. Tal vez sea como Jo, la protagonista de la novela . . .

—¿Ha leído la novela? —le pregunté sorprendida.

—No, pero me ha hablado mucho de ella mi hermana Matilde, le encanta ese personaje.

—Está bien, daremos un paseo corto.

Me puse en pie y salimos del salón en dirección a la calle. Nos dirigimos a la Alameda Apodaca y después al Paseo de Carlos III. La Alameda parecía como la escalera que Jacob vio en su sueño, pero en lugar de dirigirse al cielo, llevaba hacia el mar. Me quedé anonadada viendo los bancos de azulejos y las farolas que comenzaban a encender los faroleros. Las inmensas jacarandas y araucarias topaban el cielo que comenzaba a oscurecerse, y las palomas aún picoteaban los laureles.

Seguimos por el paseo y nos paramos en el mirador de piedra para contemplar los barcos que aún entraban por la bahía.

—Dicen que La Habana se parece a Cádiz —comentó Damián rompiendo el silencio tímido que nos había envuelto en todo el paseo.

—Pronto lo descubrirá.

—Lamento irme justo ahora al otro lado del mundo.

—¿Por qué lo lamenta? ¿No era eso lo que estaba buscando? Aventura, como sus antepasados que conquistaron un continente —le dije para intentar desviar la conversación.

—Yo ya he descubierto América en sus ojos, no creo que los mares del caribe tengan un azul igual; su cabello rojo me recuerda el otoño, cuando las hojas ya no saben resistir el verano. Cuando la veo pienso que solo Fidias puede haberla esculpido. Ahora que Marte me llama a la guerra, me siento perdido como Ulises, que solo quería regresar a su Ítaca.

Sentí que me faltaba la respiración. Damián me tomó de la mano y tuve la sensación de que toda la fuerza de la naturaleza se movía por nuestros dedos, y nos besamos mientras el sol se ponía en el horizonte.

Capítulo 6

Antonio

Jerez de la Frontera, 20 de mayo de 1898

Al día siguiente, mi abuela me miró de soslayo, como si intuyera lo que me había sucedido. Nunca había besado a un hombre, todo lo que había tenido eran enamoramientos distantes, ensoñaciones de cría, pero aquel día, con un simple beso, Damián Sevilla me convirtió en mujer. Tuvimos que separarnos una hora después. Yo no podía subir más tarde al cuarto y él salía de madrugada para Cuba, aunque no estaba seguro de que su destino final fuera Filipinas. Yo estaba comprometida y, según había determinado mi familia, antes de terminar el verano debía ser la esposa de Antonio Gordon.

Mi abuela me ayudó a vestirme sin dirigirme palabra, después me asomé al balcón y, como si el destino quisiera darme un último regalo, lo vi partir con sus amigos hacia el puerto. No me atreví a llamarlo, mi abuela estaba vistiéndose a pocos metros, y además una dama no se ponía a gritar desde un balcón a un completo extraño. Unos segundos más tarde, antes de desaparecer de mi vista, Damián se dio la vuelta como si intuyese que estaba en el balcón y me miró sorprendido. Me sonrió y sentí como si aquel fuera el mejor amanecer del mundo, un cosquilleo me recorrió la columna y me dieron ganas de reír y llorar al mismo tiempo, pero una dama inglesa no podía hacer ninguna de las dos cosas.

Cuando desapareció de mi vista, me sentí la persona más desdichada del mundo. En un día había encontrado el amor de mi

vida y lo había perdido para siempre, como si nunca hubiera existido.

No desayuné, tampoco hice mucho caso al paisaje de olivos y vides desde Cádiz hasta Jerez de la Frontera. Aquel pasaje tan árido, a pesar de estar todavía con la gracia de la primavera, me era totalmente indiferente. Añoraba Inglaterra, con sus ríos caudalosos, los prados interminables y los cielos grises que resaltaban los colores, como si la vista no pudiera saciarse nunca de ellos.

Después de casi cinco horas de caminos enfangados llegamos a las afueras de Jerez, me parecía una aldea infecta, sucia y detenida en el tiempo, como si el destino se hubiera decidido a abandonarla. El silencio solo era interrumpido por el sonido de las ruedas y los cascos de los caballos. Cuando llegamos, a mediodía, hacía un calor insoportable. Olía a podredumbre y vinagre, como si todas aquellas bodegas se hubieran arruinado de repente. Las calles eran tan estrechas que apenas entraba un carro, hubiera podido tocar esas paredes manchadas de blanco con las manos; los adoquines llenos de baches nos hacían bambolearnos como en una atracción de feria.

La gente parecía distraída, caminaba sin ganas y se paraba a saludar a casi cada transeúnte, los jerezanos gritaban como si se les fuera el alma por la boca.

De vez en cuando veía una cara más pálida que las otras, tapada con tapasol o un sombrero a la moda inglesa; algún caballero se dirigía a un banco o se asomaba por una casa suntuosa. Mi abuela debió de advertir mi semblante porque me dijo:

—No te preocupes, nosotros no vivimos aquí como ellos. Lo único que nos une es el suelo que hay debajo de nuestros pies, pero los ingleses tenemos nuestros propios colegios, nuestros clubes, nuestros campos de críquet, nuestras iglesias y hasta nuestro propio cementerio. Hazte a la idea de que Jerez es un rincón de Kent pero sin niebla.

Aquellas palabras no me tranquilizaron, yo no tenía nada que ver con ese mundo, o peor aún, no quería tener nada que ver.

El carro por fin se detuvo ante una imponente casa con un pequeño porche. Un criado salió para ayudarnos a bajar del coche de alquiler, otros tomaron el equipaje.

—Mi prometido, si fuera un verdadero inglés, debería haber venido a Cádiz a buscarme —me quejé con mi abuela.

—Somos gentes de negocios, creo que tus padres te han dejado leer demasiadas novelas románticas.

Llegamos a un amplio patio, no había visto nada parecido en Londres. La piedra se combinaba con las paredes encaladas, las macetas colgaban por todos lados llenas de flores, como si cada una de ellas intentara competir con su vecina. Una fuente en el centro refrescaba el patio y su sonido acompasaba el silencio de la siesta mientras algunos pájaros se bañaban en ellas, alegres por el simple hecho de vivir. ¡Qué envidia me daban! Ellos, que no eran conscientes de su existencia, parecían más vivos y felices que yo con la mía, a pesar de ser una verdadera privilegiada. Me preguntaba, como muchas mujeres educadas de mi tiempo, si ser mujer significaba ser casi esclava, siempre al servicio de los demás, sin más libertad que la de entregarme a mi esposo.

Mi abuela refunfuñó al ver que nadie de la familia salía a recibirnos. Hasta ese momento había justificado a los Gordon para no ponerlos en mi contra, pero las normas de la cortesía y el decoro eran algo que ella nunca dejaba pasar por alto.

Al final apareció una mujer alta y rubia. Llevaba el pelo, que comenzaba a emblanquecerse, recogido en un moño, y vestía un traje de seda negro y entallado al gusto de una década antes. Sus facciones eran bellas, pero habían perdido la frescura de la juventud y la firmeza de la madurez para dejar paso a la edad en la que el cuerpo da el primer aviso que anuncia la muerte. Intentó sonreír, pero sus labios finos y rojos apenas se inmutaron, tampoco extendió los brazos, se limitó a hacer una leve inclinación de cabeza poco expresiva y fría.

—Señoras, es un placer recibir las en nuestra casa. Han llegado a la hora en la que los hombres se echan una cabezada y las mujeres intentamos tomar el té.

Me quedé petrificada: los hombres estaban echándose una siesta, lo que quería decir que hacía tiempo que habían dejado de ser realmente ingleses.

—¡La bella Jocelyn! Nos alegra tenerla en nuestro hogar me dijo mientras me cogía de las manos. Las note frías, pálidas, suaves y algo huesudas.

—Margaret, sigue tan joven como siempre —le dijo a mi abuela, quien con una leve inclinación de cabeza respondía al alago—. ¿Querrán un té? Aunque por el calor, creo que les vendría mejor una limonada. Los limones de Andalucía son los mejores del mundo.

—Una limonada estaría bien —contesté.

La mujer nos llevó hasta un salón, no nos dejó que nos cambiáramos para quitarnos el polvo y el sudor del camino, tampoco vimos a más habitantes de aquella casa que no fueran criadas y mayordomos. Todos ellos españoles, la mayoría morenos y delgados, con rasgos agitanados o morunos, como si nos encontrásemos en el norte de África.

—Mercedes, trae unas toallas húmedas para las damas —dijo la madre de Antonio, que aunque no nos había dicho su nombre, sabía que se llamaba Mary Anne.

Estábamos sentadas limpiándonos las manos con las toallitas cuando llegaron dos mujeres más jóvenes, a las que recordaba vagamente. Una de ellas algo más alta que yo, muy delgada y de aspecto estirado, como solo lo sabe ser una inglesa cortada del jardín de la isla y plantada de cualquier manera en una tierra extraña. La otra regordeta, como si se hubiera adaptado más a los jardines exóticos de España, pero había perdido el brillo de las damas inglesas.

—Emma Louise y Charlotte Rose, mis amadas hijas, a las que ya podéis considerar como tus hermanas.

Las saludé desde mi asiento, ellas sonrieron con algo más de entusiasmo que su madre y se sentaron al lado.

—¡Me alegra mucho que estés aquí! —exclamó emocionada, incluso demasiado emocionada para una británica, Charlotte Rose.

—Podremos ir de compras pronto —dijo Emma Louise, como si mi presencia les hubiera permitido gastar algo más de lo habitual en ropa. Los ingleses de Jerez tenían fama de tacaños, austeros y casi puritanos.

—Será un placer —dije mientras me ponía la mano en el pecho, un gesto ensayado en las lecciones de teatro de mi escuela de señoritas, algo que siempre me había venido bien en la vida.

—Lo primero que tendrá que aprender, Jocelyn . . . —dijo Mary Anne.

—Jocelyn a secas. Solo tengo un nombre, así lo quiso mi padre —comenté algo molesta a mi futura suegra.

—Un nombre es mucho mejor que ninguno —respondió groseramente Emma Louise, y su madre soltó una risita.

—Deberás conocer a las familias más importantes de Jerez. Están los Murphy, que son la familia más antigua en la ciudad, llegaron de Irlanda en 1725, esta familia fue pionera, pero ya han perdido muchas de las buenas costumbres británicas. Después, la familia Garvey, que se estableció en 1780 son algo más educados que los Murphy, pero, como estos, se creen los dueños de Jerez y de la provincia entera. Nosotros no somos irlandeses, somos escoceses y calvinistas, los irlandeses son católicos, como los lugareños. Nuestra familia llegó en el siglo XVIII y el fundador fue Duff Gordon. La familia Williams es de las últimas en llegar, apenas llevan una década en la ciudad y son tan pretenciosos como los Murphy, pero al menos todavía usan perfume y visten como ingleses. Los Osborne son unos gigantes maleducados, descarados, seguramente por su origen inglés. El primer Osborne fue Thomas Osborne Mann y se estableció en el Puerto de Santa María.

Intenté quedarme con todos aquellos nombres y sagas, aunque en realidad mi cabeza se encontraba en otro lugar.

—Aunque la peor familia de todas, nuestros enemigos acérrimos, son los Browning. Ellos no tienen bodegas, pero hacen negocios e intentan robarnos el mercado . . . pero esos son temas de hombres. En cambio, los Wiseman son nuestra familia de confianza en las cuentas, y no podríamos olvidar a los alegres McAndrew, y la familia pastoral Parry, que llevan la escuela y la iglesia.

—Los Parry son una familia maravillosa —comentó mi abuela mientras tomaba un dulce.

En ese momento aparecieron por la puerta dos caballeros. Parecían una versión más joven y otra madura del mismo hombre.

Solo debía mirar al padre de Antonio para saber cómo sería él en veinte años. El padre de Antonio era algo más bajo y su cuerpo había perdido parte de la forma atlética de su hijo, su barba y su bigote blancos le hacía parecer distinguido, pero también mayor. Era algo más campechano que el hijo, como los hombres que no tienen nada que demostrar al mundo. Antonio, inexperto y arrogante, parecía siempre dispuesto a lanzar sus comentarios sarcásticos, aunque algo debió deslumbrarle mi belleza, porque se quedó mudo.

—Señoras, nos honran con su visita, aunque ya son parte de la familia. ¿Qué tal el viaje desde Londres? ¿Cuándo llegará el resto de la familia?

Mi abuela les ofreció la mano a los caballeros, yo la imité con mucha desgana.

—El viaje, largo y tedioso, como todos, pero al menos ya hemos llegado. Pasar la noche en Cádiz lo ha hecho aún más largo, tal vez no fue buena idea dormir allí.

—Fue para que recuperasen fuerzas —comentó el hombre.

Antonio estaba un paso atrás, con las manos en la espalda, tenía los ojos más azules que había visto jamás, su piel blanca había sido tentada por el sol, sus rasgos eran finos, de niño rico rompe corazones, sus dientes perfectos, encajados en una mandíbula masculina. Era un gran deportista, y el traje parecía ajustado como un guante. Tenía un porte elegante y cuando estaba relajado era ingenioso y hasta amable.

—¿No le vas a decir nada a tu prometida? —le incitó el padre.

—¡Que estoy encantado de volver a verte!

Fueron las únicas palabras que cruzamos aquel día. Unas horas antes había besado a otro hombre, y unas semanas más tarde estaría casada con un casi completo desconocido.

Capítulo 7

Una boda desgraciada

Jerez de la Frontera, 31 de mayo de 1898

No tuvimos mucho tiempo para conocernos, y Antonio tampoco le puso mucho empeño. En aquella época no era costumbre que los hombres y las mujeres se mezclasen para ciertas cosas. Eran como dos mundos en paralelo que en escasas ocasiones se encontraban. Desde el nacimiento estábamos predestinados a vidas diametralmente opuestas. Los hombres eran criados para llevar los negocios, comportarse de forma varonil, disfrutar de algunos pequeños placeres, procrear y proteger a sus mujeres. Nosotras, para el cuidado de los niños, los enfermos y los ancianos, proveer de ropa y comida, mantener el orden y la limpieza, reunirnos para hablar de frivolidades, aprender a parir nuestros hijos y mantener en todo momento la compostura, siendo una fiel colaboradora de nuestros esposos. Mi vida en Londres había sido muy distinta, allí hacía tiempo que vientos nuevos estaban transformando la sociedad y la vida de las mujeres. Mi madre había estudiado en el Bedford College, una institución fundada en 1849. Ella había sido de las pioneras, de las primeras mujeres preparadas de Inglaterra. Dominaba el francés y el alemán, conocía la filosofía, la física, las lenguas clásicas, las matemáticas, la historia y la literatura inglesa. Desde niña intentó que aprendiese todas esas materias y en cuanto tuve dieciséis años me ingresó en el *college*. Al principio la odié por eso, no quería separarme de mis hermanos menores y vivir en un

frío colegio en medio del bosque, pero enseguida disfruté de la amistad de mis compañeras y el cariño de mis profesores. Era como un mundo de mujeres en el que los hombres no existían. Al principio me fascinó, pero al poco tiempo, mis amigas y yo intentamos relacionarnos con los chicos del otro lado del bosque.

Todos los nobles británicos despreciaban el origen cuáquero de la fundadora, Elizabeth Jesser Reid, a la que consideraban una extremista, pero durante mi estancia en Bedford, ya era una institución muy reconocida por todo el mundo, moderna y de la que se habían licenciado personas como Margaret Benson, una de las primeras mujeres arqueólogas; Helena Normanton, que fue la primera abogada de Inglaterra; y Louise Garret Anderson, médica, cirujana militar y defensora de los derechos de las mujeres.

¡Qué lejos me parecía aquel mundo cuando lo comparaba con España!

Una de las mañanas, después de mi llegada a Jerez, mis futuras cuñadas me llevaron con su institutriz a una de las escuelas del pueblo regentada por unas monjas, las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl.

—Mira, aquí también estudian las niñas —comentó Charlotte, a la que le molestaba que comparase todo lo que veía con Inglaterra.

Me acerqué a una monja mientras observaba que algunas de las alumnas estaban descalzas o con trajes muy sucios y gastados.

—¿Qué asignaturas imparten en el colegio?

La monja entendió perfectamente mi español, a pesar de mi fuerte acento, pero me miró con cierta desconfianza. Los ingleses eran algunos de los benefactores de la escuela, muchas de las niñas eran hijas de sus empleados, pero seguían considerándonos unos herejes.

—Aquí, señorita, enseñamos sobre todo doctrina cristiana, bordado, urbanidad y sus labores.

—Al menos les enseñarán a leer y escribir —le contesté algo enojada.

La monja de mejillas regordetas pareció tensar la mandíbula de repente y fruncir el ceño.

—También se les enseña a leer y escribir, y algo de matemáticas, pero una mujer no necesita saber nada más. ¿No cree?

Aquel comentario me agotó la paciencia, pero Emma se interpuso y, con un gesto cortés, salimos del aula.

—¡No puedes hablar así a los lugareños! Los españoles son muy orgullosos y susceptibles, con ellos hay que tener mucha mano izquierda.

—Pero lo que ha dicho esa monja es una barbaridad —me defendí.

—Los españoles no son como nosotros. Unos pocos son capaces de convertirse en poetas, militares o incluso abogados, pero a la mayoría no les ha dotado Dios de inteligencia —comentó de nuevo Emma Louise.

—No digas eso —se quejó Charlotte, que parecía algo más juiciosa.

—Lo dice padre, y ya sabes que él jamás se equivoca.

Quedaban un par de días para la boda. Algunos de mis familiares habían llegado con cuentagotas, aunque ya sabía que no vendrían mis hermanas pequeñas, las únicas que realmente me importaban; al menos se presentaría mi padre, dos tíos con sus esposas y Susan, la mejor amiga de mi difunta madre, una de las pocas personas con las que me sentía totalmente segura.

Nos dirigimos hasta la casa de costuras donde estaban diseñando mi vestido de novia. Nos recibió la dueña, Clotilde, una mujer alta y delgada que cojeaba ligeramente; a su lado se encontraba mi futura suegra.

—Venga, niñas, os estábamos esperando para que Jocelyn se probara su traje.

—Fue ella la que se empeñó en ver una escuela para niñas, la de las monjas —comentó Emma Louise.

Mi suegra frunció el ceño y me hizo un gesto para que me cambiara.

—Aquí no son las cosas como en Inglaterra —me dijo—, y cuanto antes lo entiendas, será mejor para ti. Este país no está preparado para los importantes avances de nuestro siglo. —De aquella manera Mary Anne zanjó la conversación y se centró en el vestido.

—Creo que te queda perfecto, elegante, comedido, pero que al mismo tiempo resalta tu talle. La gente va a quedar fascinada. ¿No cree, doña Clotilde?

—Sin duda, señora, nadie ha visto a una novia tan guapa en Jerez desde que usted se vistió para su boda —le dijo la dueña a mi suegra y esta sonrió complaciente.

—Con mucho menos dinero y remilgos nos casábamos antes; ahora se les da todo, pero ellos no aprecian nada —comentó la mujer a doña Clotilde y después se sentó en una butaca—. Estos zapatos me matan, tengo los pies muy hinchados.

Me miré al espejo, aquel no era el vestido que habría elegido. Observé a esas casi completas desconocidas que en unas horas serían toda mi familia y me dieron ganas de llorar, pero no quería que me vieran flaquear, unas lágrimas no iban a cambiar nada y ellas podían interpretarlo como debilidad.

Regresamos a la casa, pero yo preferí subir a mi habitación sin cenar. Cuando estuve completamente sola, logré sacar todas esas lágrimas ahogadas que parecían asfixiarme el alma. No entendía por qué mi padre había permitido todo esto; sabía por las dificultades económicas que atravesaba, que tras la muerte de mi madre no había vuelto a ser el mismo, pero siempre lo había considerado el mejor padre del mundo.

Estaba quedándome dormida cuando escuché unos pasos detenerse frente a mi puerta, después el sonido chirriante de los goznes y luego la tenue luz del pasillo.

—¿Estás dormida?

Era la voz de Charlotte. Se acercó hasta mi cama y se sentó en el borde.

—¡Cuánto siento que te encuentres tan mal! Te han llevado a un país desconocido, te han rodeado de extraños y ahora quieren casarte con un completo desconocido. Antonio no es malo, no tiene demasiada personalidad y mi padre lo ha infravalorado toda su vida. Juntos podéis cambiar las cosas, que él recupere algo de seguridad, que no se deje llevar por sus amigos y se convierta en un hombre de verdad. Quiero que sepas que puedes buscar mi ayuda siempre

que lo desees, seré como una hermana para ti. Tu confidente y tu amiga, la única que no se escandalizará por nada que hagas o digas.

Me incorporé y, con los ojos aún anegados de lágrimas, la abracé. En aquel lugar recóndito del mundo al menos el cielo me había regalado una buena amiga.

La boda llegó con los últimos invitados. Me abracé a mi padre, que parecía emocionado por volver a verme. Apenas quedaban unas pocas horas para el gran momento. La celebración se iba a realizar en la capilla. Cuando los ingleses llegaron a la ciudad, el culto protestante estaba prohibido, aunque podía realizarse de manera privada sin demasiados aspavientos. Por ello, muchos bodegueros optaron por crear sus pequeñas capillas privadas. Yo no había entrado nada más que una vez; ahora la familia prefería ir a la iglesia anglicana de la ciudad.

—¿Cómo estás? —me preguntó mi padre, no me atreví a decirle la verdad. Demasiado había sufrido en los últimos años.

—Bien, nerviosa . . .

—Es normal, hija, me acuerdo del día de mi boda con tu madre . . . —comenzó a contarme, pero no pudo continuar, tenía los ojos llenos de lágrimas y un nudo en la garganta.

—Madre nos está observando desde el cielo —le dije sin demasiada seguridad.

—Los Gordon son personas decentes, y Antonio te hará feliz, pero aunque no te haga, te dará hijos y eso sí te hará muy dichosa. Tu madre siempre decía que teneros era lo mejor que le había pasado en su vida.

Saludé a mis tíos, y después dos criadas me ayudaron a vestirme. Cuando estaban completándome el tocado, entraron la madre y las hermanas de Antonio a la habitación. Tardé unos segundos en darme cuenta de que a su lado estaba Susan, la querida amiga de mi madre.

—¡Susan! —exclamé mientras corría a abrazarla.

—¡Cuidado muchacha, te vas a estropear el vestido! —me regañó mi suegra.

Susan miró de reojo a la mujer y después me abrazó.

—¡Qué emocionada estaría tu madre en un día como este! —
Después se acercó y me susurró al oído—: ¿Estás segura de lo que vas a hacer? Puedo llevarte de vuelta casa.

—No puedo hacerle eso a mi padre, lo siento mucho.

—Más lo siento yo, mi niña.

Una media hora más tarde, la marcha nupcial resonaba por toda la bodega. Se había construido un paseo de flores hasta la entrada a la capilla; dentro olía a rosas, jazmines, lavanda y flor de azahar. Mi padre me dio el brazo, aquellos últimos metros los íbamos a recorrer juntos y, al menos, eso me llenaba de consuelo.

En cuanto entramos en la capilla la luz intensa del mediodía desapareció casi por completo. Las desnudas paredes de piedra parecían los brazos amenazantes de una celda, los únicos lujos eran dos altas columnas de alabastro traídas de Guadalajara y las vidrieras con un par de escenas de los evangelios forjadas en Bristol. Al fondo pude ver al novio, al pastor vestido con toga, una gran biblia sobre el altar y dos candelabros de planta.

La gente parecía admirar mi vestido de muselina blanca con encaje inglés. Las criadas me habían hecho una trenza coronada con flores de azahar, sin velo; mis manos enguantadas sujetaban el ramo.

Los bancos de nogal en ese momento permanecían vacíos, todos se habían puesto en pie a nuestro paso. Los trajes eran sobrios, sencillos pero elegantes. Antonio me miraba junto a su madre mientras me aproximaba por el pasillo. Por primera vez, lo vi sorprendido, como si fuera consciente de lo que estaba a punto de ocurrir.

Nos dejaron solos frente al altar. En ese momento, de una forma casi mística, comprendí que justo eso era el matrimonio, un momento en el que comenzabas a andar solo, en el que ya no tendrías nunca más el cobijo y el cuidado de tus padres, como Adán y Eva al ser expulsados del paraíso, a donde un ángel con una espada de fuego no les iba a dejar regresar nunca más.

Capítulo 8

Días felices

España y Portugal, julio de 1898

Nunca pensé que pudiéramos ser felices, que el matrimonio lograra devolverme algo de sosiego en aquella casa de locos de los Gordon. Mary Anne se comportó como una verdadera suegra, pero en los primeros meses de matrimonio nos dejó cierta libertad. Mis cuñadas, Emma Louise y Charlotte Rose, parecían fascinadas por el enlace y al principio se convirtieron en mis mejores confidentes.

La noche de bodas, que era una de las cosas que más me preocupaba, se retrasó hasta después del viaje de novios. Los Gordon no eran muy partidarios de gastar dinero, ni querían que nos fuéramos muy lejos, pero al final nos pagaron un viaje a Lisboa, una ciudad que los británicos amábamos. Me tomé aquel viaje como una pequeña aventura.

Nos dejaron en el primer tren para Sevilla y desde allí tomamos el que nos llevaría hasta Badajoz, después cruzaríamos la frontera por Elvas y llegaríamos a Lisboa al día siguiente. El vagón del tren de Sevilla era coche cama. Llegamos justo a la hora de la siesta y después cenamos algo ligero en el vagón restaurante. Aquellos paisajes interminables de encinas y pequeños pueblos apenas lograban modificar las desiertas tierras extremeñas.

En el vagón restaurante observé como poco a poco la luz desaparecía al otro lado de las montañas, y en ese momento,

Antonio, que había parecido taciturno durante todo el viaje, comenzó a hablar.

—Es diferente en Jerez, pero me encanta esta tierra rojiza, las encinas y esos cerdos de raza que pululan libres por los campos. A veces me pregunto si no debería independizarme de mis padres y venirme aquí. Podríamos tener una de las mejores granjas de la zona y convertirnos en fabricantes de jamones.

—¿Jamones?

Me sorprendió su comentario, ya los había probado con anterioridad, pero me parecía algo bárbaro tener la pierna de un animal en la cocina e ir cortando lonchas de su carne salada.

—Sí, fuera de España no es una carne muy conocida, pero podríamos usar la red que tenemos de contactos para exportarla a Inglaterra.

—Me parece una buena idea —le contesté entusiasmada.

—Pues a mi familia no. Siempre comentan que debemos dedicarnos a lo que entendemos, pero hubo un Gordon que fundó nuestra bodega, que dejó su país y se arriesgó. No quiero ser un simple heredero de un imperio, me gustaría hacer algo por mí mismo.

Me enterneció que abriera su corazón conmigo, sus ojos se iluminaron y mientras nos servían la cena me explicó su plan.

—No tendría los cerdos aquí, preferiría Salamanca, las tierras son menos calurosas y hay un pueblo que tiene una buena raza de cerdos ibéricos. Se llama Guijuelo, he planeado que a la vuelta regresemos por Ciudad Rodrigo y lleguemos al pueblo, para tantear el terreno.

—¡Me parece una idea fantástica! —contesté entusiasmada, tenía la sensación de que por primera vez tendríamos algo en común, algo nuestro.

—No digas nada de esto a mis padres. Ellos no comprenden que mi sueño es hacer algo por mí mismo.

Me tomó la mano y sentí como una especie de descarga eléctrica, quería con toda mi alma que fuéramos felices, poder cumplir las expectativas de toda la gente que quería que la unión de las dos familias fuera un éxito. Sobre todo, por mi padre, que desde

la muerte de mi madre parecía hundirse poco a poco en la depresión.

—He leído en la Guía Bradshaw que el viaje es largo, pero creo que podremos disfrutar nuestro compartimento.

Antonio me sonrió y, por primera vez, sentí el deseo en su mirada, tras sus modales algo rudos y su indiferencia se escondía una gran timidez.

Nos dirigimos a nuestro compartimento algo achispados por el vino y la botella de champán que había pedido mi marido para el postre. Yo no estaba acostumbrada a beber, la cabeza me daba vueltas cuando llegamos a la puerta.

—Espera —dijo mientras me tomaba en brazos para cruzar el umbral—. Hay que cumplir con las tradiciones.

Antonio era fuerte, pero el alcohol lo hizo tambalearse un poco, me dejó en la cama y noté de nuevo esa mirada.

—Un momento —dijo mientras me dirigía al baño, dentro respiré profundo, sentía que los lazos de la blusa y el corsé me asfixiaban, pero en realidad era el miedo. Las gotas de sudor me recorrían la frente, todo lo que sabía del amor lo había leído en las novelas, pero ahora tenía que enfrentarme con la vida y no estaba preparada. Esperaba que él supiera algo más sobre las relaciones y lo que debían hacer unos recién casados. Me puse el ligero camisón rosado semitransparente y salí del baño.

Antonio me miró desde la penumbra de la cama, pero notaba como sus ojos centelleaban.

—*At last, you are truly mine, my dearest.*

Sonreí como una tonta, nunca había deseado tanto ser de alguien, que me deseara como ningún hombre lo había hecho. Me acerqué y el me rodeó con sus brazos. Me acarició el cuerpo con cuidado, como si fuera una estatua valiosa y delicada. Después me tumbó en la cama y me besó en los labios, pero de una forma más apasionada y dulce que el día de la boda. Noté su aliento a alcohol, tarta de chocolate y amante, sentí un cosquilleo subirme por la columna y cerré los ojos.

Él exploró todo mi cuerpo aquella noche, se detuvo en los lugares secretos que nunca nadie había tocado. Sentí un placer

inexplicable. El dolor de su entrada en mi cuerpo se disipó cuando lo rodeé con las piernas y apreté, como si quisiera fusionarme con él para siempre. El gemía y me daba besos en los pechos y los labios, como si estuviera sediento de amor. Su cuerpo sobre el mío, aquel peso liviano del amor, me hizo estallar en un frenesí que desconocía hasta ese momento.

Por la mañana me sentía exultante, como si hubiera dormido en un lecho de reyes. Antonio me besó en la mejilla, sus ojos parecían más claros y vivos que el día anterior. Antes de irnos a desayunar, repetimos el encuentro de la noche anterior y, después, nos fuimos al vagón restaurante. Tomé un típico desayuno español de pan con tomate, café y un zumo de naranja, mientras observábamos la llegada del tren a Badajoz. Se veían militares por todos lados, lo que indicaba la proximidad de la frontera. Cuando pasamos al otro lado, un hombre mayor con bigote blanco y ojos bondadosos nos selló los pasaportes y nos dijo en un inglés torpe:

—*Welcome. I hope you enjoy in Portugal!*

Cuando el tren se detuvo en Elvas, los mozos trasladaron todo el equipaje. El tren era más viejo, y mientras lo preparaban nos sentamos en el café de la estación para tomar algo fresco. En la mesa de al lado había un hombre leyendo un periódico en francés, pero cuando bajó las hojas vimos que su aspecto era más bien del norte de Europa.

—Espero que disfruten de Lisboa. Se dirigen allí, ¿verdad?

El acento ruso del hombre lo delató a pesar de que hablaba un impecable francés.

—Muchas gracias —contestó Antonio, sin darle pie a conversar, pero a mí me pico la curiosidad.

—¿Ha vivido en Lisboa?

—Sí, señora . . .

—Gordon —dije por primera vez, sin darme cuenta de que había perdido el apellido de mi familia.

—Lisboa es muy hermosa, una especie de gema en medio de una montaña de granito. No dejen de visitar la librería Bertrand ni de tomar pastelillos en la famosa pastelería de Belém.

Antonio sonrió al hombre y le dijo en tono algo altivo:

—¿Por qué se marcha entonces?

—No me marchó, señor Gordon, regreso. He estado en Madrid. Estamos estudiando exportar vino de Oporto para Moscú y San Petersburgo, pero quería que mi socio de Madrid lo viera claro.

Antonio frunció el ceño, como si estuviera pensando en una nueva idea.

—¿No le gustaría exportar también los vinos de Jerez? Mi familia tiene una de las bodegas más importantes de la ciudad.

El hombre sonrió, pero en ese momento anunciaron que todo el mundo subiera a los trenes.

—Me lo pensaré, no descarto hacer una visita a su bodega.

Antonio le entregó su tarjeta y el ruso la suya.

—¿Es cónsul en Lisboa?

El hombre afirmó con la cabeza.

—Qué interesante, espero que volvamos a vernos.

Los dos nos dirigimos a nuestro vagón, no era tan cómodo como el del tren español. Nos quedaban unas ocho horas hasta Lisboa, llegaríamos por la tarde, pero Antonio había reservado un compartimento entero.

A medida que nos acercábamos a la ciudad, el aroma del océano parecía refrescar el ambiente. Llegamos a la Estação Ferroviária do Barreiro. Ahí nos dijeron que debíamos tomar un vapor hasta la ciudad. Aquel inconveniente me puso de mal humor, pero cuando estuvimos a bordo del barco y vi la estampa de la ciudad al otro lado, se me pasó el disgusto. Observé el castillo de São Jorge y las cúpulas barrocas de las iglesias a lo lejos, parecía una ciudad mágica, más hermosa que Cádiz, pero con un aire más decadente. Llegamos a Cais das Colunas. El Arco da Rua Augusta nos observó imponente; ascendimos por las escaleras de piedra entre las columnas. Enseguida nos asaltaron los vendedores ambulantes, algunos con flores en las manos y otros con dulces, mientras los niños correteaban por todos lados.

Un mozo tomó nuestro equipaje y nos buscó un carruaje que nos llevaría hasta el Hotel Bragança. El coche se sacudía por el suelo empedrado de la Praça do Comércio; por allí circulaban las primeras líneas de tranvías de cable que contrastaban con la ciudad de

aspecto aún austero. En unos cinco minutos nos encontrábamos en el vestíbulo.

—Me hubiera gustado un hotel más lisboeta —le comenté a Antonio, que parecía de buen humor. Casi todos los viajeros eran ingleses y me temía que en el hotel la comida estuviera echa a nuestro gusto.

—Es el mejor hotel de Lisboa, mi padre se aloja aquí cuando viene a hacer negocios —me contestó algo incómodo.

—Da igual, vamos a disfrutar de todas maneras —lo animé. Me daba cuenta de que, aunque él intentaba disimularlo, era todavía un joven inseguro.

El botones nos guio a la habitación. Antonio parecía algo serio, como si mi comentario lo hubiera ofendido.

Cuando entramos en la suite me quedé maravillada de las preciosas vistas, parecía como si estuviéramos enfrente de un gigantesco escenario.

—¡Es bellísimo!

Antonio suavizó el gesto, como si le gustara complacerme. Después descansamos un poco, preparados para vivir nuestro emocionante viaje de novios, nuestro primer viaje como adultos, sin la tutela de nuestros mayores.

Aquellos días la vida parecía sencilla, como si solo hubiera que saborearla a pequeños sorbos. Caminamos por la ciudad, subimos al castillo, tomamos café en los elegantes salones de Lisboa y viajamos en un carruaje hasta Belém. Después de visitar el monasterio, probamos los deliciosos pasteles que daban fama al lugar y paseamos por las viejas avenidas que recordaban un tiempo que ya nunca volvería. Fue en las viejas calles de Lisboa donde comencé a tener ganas de escribir, creo que era pura felicidad.

Una hora antes de que Antonio se levantara tomaba mi estilográfica y llenaba mi cuaderno de pensamientos, reflexiones e impresiones del viaje. No había escrito nada desde que había salido de mi escuela, ahora tenía de nuevo ese impulso. Comencé a narrar mi viaje a España, mis impresiones de Jerez, sobre la familia Gordon

y cómo veía el mundo. No tenía intención de que nadie viera mis escritos, eran solo para mí.

El último día, Antonio me invitó al Restaurante Tavares, uno de los más antiguos y bonitos de Lisboa. Fuimos caminando hasta la Rua da Misericórdia. Entramos en el edificio del siglo XVIII, el gran salón tenía las paredes cubiertas de espejos venecianos, molduras doradas y lámparas de araña. El metre nos llevó hasta una de las mesas más tranquilas del establecimiento. Tomamos ostras del Algarve y terrina de foie gras, perdiz estofada y langostas a la Thermidor, después un delicioso milhojas de crema pastelera.

—Me ha gustado mucho este vino de Madeira, aunque como los españoles no hay ninguno, si exceptuamos a los franceses — comentó Antonio como un experto.

Yo me toqué la barriga, pensaba que ya debería estar en cinta, cada día hacíamos el amor y caminábamos a la orilla del mar, para después pasar las tardes recorriendo aquella ciudad tan tristemente bella, mientras escuchábamos los fados cantados por mujeres al compás de una guitarra.

—Yo no entiendo tanto de vinos —le contesté—, pero he sido muy feliz en Lisboa.

Antonio me acarició la barbilla, después brindamos con champán.

—Pues siempre hay que regresar a donde ha sido uno feliz — comentó y después bebimos la copa de un trago.

—¿Podríamos vivir en una casa independiente en Jerez? Me gustaría tener mi vajilla, mi cocina, mis criados . . .

Antonio torció el gesto, como si aquel comentario le doliese.

—Mi madre nunca lo permitiría, la familia tiene que permanecer unida.

—Pues yo he perdido a la mía —me quejé.

—No, has ganado a los Gordon. Mis hermanas y mi madre pueden ser un poco asfixiantes, pero en el fondo solo quieren lo mejor para nosotros. Ya sabes lo que me quiere mi madre. Soy el niño de sus ojos, tú eres mi mujer y te va a tratar como una reina.

En ese momento fui yo la que frunció el ceño.

—Me siento como la reina de Escocia después de regresar de su exilio francés.

—María de Estuardo fue feliz en Escocia hasta que se comportó como una necia imprudente, ya sabes que las mujeres debéis ser virtuosas, obedecer a vuestros maridos y tener muchos hijos — comentó mientras tomaba otra copa de champán.

—Imagino que el buen Dios nos creó para algo más.

—Pues imaginas mal —dijo como si quisiera zanjar la discusión.

Después nos marchamos del local, caminamos por la ciudad iluminada por las farolas de gas, pero yo me sentía perdida, como si no reconociera al hombre con el que había pasado los últimos días.

Llegamos al hotel sin dirigirnos la palabra, subimos hasta nuestra habitación y nos desvestimos en silencio. Durante aquellos días, el amor no me había hecho ver el gran abismo que había entre nosotros. Yo había sido educada como una mujer libre, pero Antonio sólo conocía los modelos de mujer que había visto en su casa y en esa España atrasada en la que se había criado.

—¿Al final vamos a regresar por Salamanca?

—Sí, después iremos a Madrid y desde allí a Jerez.

Antonio se metió en la cama y se quedó profundamente dormido. Yo me senté a escribir, y una vez más sentí como las letras lograban liberar mi alma afligida. Pensé en lo que había movido a las hermanas Brontë a escribir o a Charles Dickens.

La felicidad hace tiempo que no anidaba en mi pecho, había perdido a mi madre cuando más la necesitaba, en el momento en el que la niña se convierte en mujer y necesita de sus sabios consejos. Mi padre no sabía cómo tratar a esa niña que tanto había amado y me envió al peor de los exilios, el del silencio. En España todo eran colores, sabores y aromas, pero en medio de aquella belleza salvaje, me encontré con un pueblo doblegado, cansado de luchar, que había perdido su alma. Me casaron con un hombre bueno, pero al que habían arrancado las alas de niño, y desde entonces, se limitaba a dar saltitos pensando que algún día alcanzará el vuelo.

Me quedé dormida sobre mis escritos, medio emborronados por las lágrimas. Por la mañana, cuando me desperté, mi diario no estaba. Comenzó a olerme a humo, mi esposo lo había quemado en una papelera de latón. No me dijo nada, pero sabía que lo había leído. Aquella era su forma de prohibirme la única forma de libertad

que me quedaba, el único aliento para mi alma ahogada: la escritura.

Llegamos a Salamanca por la tarde, habíamos atravesado Ciudad Rodrigo y continuado el viaje hasta la ciudad de los rojos centelleantes. Aquella hermosa villa universitaria parecía anclada en su pasado glorioso, los lugareños eran orgullosos, vestían con austeridad y colores oscuros, y sus mujeres te devoraban con la mirada, como si la envidia no pudiera evitar asomarse al balcón de su alma. Mi esposo había quedado con un comerciante de la zona llamado Gaspar Martínez de Ávila, un hombre delgado, enjuto, de sonrisa torcida, que le quería enseñar una granja en Guijuelo.

A unos cuarenta minutos de la ciudad, de la Sierra de Béjar, se encontraba el pequeño pueblo de piedra y tejas rojas.

—La Estación de Campillo puede llevar los productos a cualquier parte de España y del mundo, sería la primera fábrica de jamones de la comarca. La mayoría de la producción se hace desde las casas y las pequeñas explotaciones, pero si logramos hacernos con el mercado, esos cerdos pueden hacernos ricos.

Paramos en la granja, era una serie de cochineras sucias, algunos edificios medio derrumbados y una casona tan vieja como el mundo. El olor era pestilente, me imaginé yendo a vivir a un lugar así y me estremecí. Antonio debió adivinarme el pensamiento y me dijo con una sonrisa.

—Si nos venimos a vivir a Guijuelo, nos construiríamos una casa grande en el pueblo, los cerdos tienen su lugar y los humanos el nuestro.

Pensé que era mucho mejor vivir en las sierras frías de Salamanca, con ese color brillante de cielos azules, nevadas en invierno y tierras secas cuando el agosto quemaba los campos hasta convertirlos en polvo. Lejos de los Gordon a lo mejor tendríamos una esperanza de ser felices.

Pasamos por Madrid y dormimos en un hotel cerca del Palacio Real, pero mientras Antonio tenía sus reuniones preferí quedarme en la habitación, me sentía tan desdichada sin mi diario, como si me

hubieran robado todos mis pensamientos. Tomé algunas cuartillas del hotel y una pluma, y comencé a escribir de nuevo, después lo escondí todo. La escritura tenía que ser mi secreto, la única cosa que sería verdaderamente mía, una barrera de papel que me protegiera los pensamientos y sentimientos más ocultos de mi alma.

Capítulo 9

Dame un hijo

Jerez de la Frontera, 31 de diciembre de 1899

En cuanto regresamos a Jerez, los sueños de Antonio se desvanecieron tan pronto como las primeras llamas de nuestro amor. Antonio intentó hablar con su padre, pero yo sabía que los Gordon no iban a permitir que su único heredero se alejara de la ciudad para montar su propio negocio en Salamanca. Antonio se vengó regresando a su vida de crápula y juerguista, no aparecía en toda la noche y cuando lo hacía casi era para obligarme a tener sexo, aunque solía estar tan borracho que pocas veces lo lograba.

Mi vida en Jerez se convirtió en el infierno de Dante, donde las almas perdidas solían vivir toda la eternidad pagando sus culpas por su nefando pecado. Por el día, mi único consuelo era mi cuñada Charlotte, aunque sabía que no podía compartir con ella todos mis pensamientos. Por la noche, mientras el resto de la familia dormía, yo no dejaba de llenar cuadernos con mis pensamientos y reflexiones.

La fiesta de Noche Vieja del último año del siglo fue un acontecimiento tan esperado que, hasta mi familia, que siempre se movía en sus pesadas rutinas, decidió hacer algo especial y unirse a la gran fiesta que la comunidad inglesa iba a celebrar. Allí estaría la flor y nata de la provincia, y, aunque la mayoría era de origen británico, se unieron también algunos extranjeros y españoles.

Las hermanas de Antonio y yo preparamos algunos vestidos nuevos, me divertí diseñando algunos modelos parecidos a los que se usaban en Londres, algo menos mojigatos que los que hacían las modistas de Jerez. Emma Louise lo llevaría rosa, Charlotte Rose azul y yo verde.

Estábamos probándonos el traje justo la noche anterior, en un descanso de las celebraciones navideñas, cuando Mary Anne entró en la sala de costuras.

—¿Puedo ver ya algo de los modelos que os vais a poner? —preguntó algo molesta, siempre le gustaba tener el control de todo lo que sucedía en la casa, y no saber nada de los vestidos la angustiaba y enfadaba.

Charlotte se probó el suyo. Miré a mi suegra, su cara enrojeció, y antes de que hablara me imaginé lo que iba a pasar.

—¡Quítate eso de inmediato! ¡Mis hijas no son unas vulgares fulanas! ¿Cómo se te ha ocurrido hacer esos trajes ajustados y esas faldas tan cortas? No sé cómo serán las cosas en Londres o París, pero en España todavía creemos en la virtud de las damas y en la decencia.

—Pero, señora Gordon, las faldas llegan por debajo de la rodilla y los trajes son holgados —me atreví a contestar.

La mujer se me puso enfrente y me señaló con su dedo índice.

—Te casaste con mi hijo para asegurar el futuro de la empresa y de la familia. Han pasado casi dos años y has sido incapaz de quedarte embarazada. ¡No vales para nada! Bueno, sí, para pervertir a mis dos hijas y lanzar a mi pobre hijo por el mal camino.

Me quedé paralizada, intentado retener las lágrimas, pero comenzaron a descender por mis encendidas mejillas.

—Su hijo no me quiere, prefiere estar con prostitutas y sus amigos —le contesté, mientras me secaba las lágrimas con un pañuelo.

—No has sabido conquistarlo, eres un palo, siempre pensando en cabalgar y encerrarte en tu cuarto. Hasta una furcia española habría logrado quedarse embarazada en todo este tiempo. Mientras que tú estás aquí a la sopa boba, gastando nuestro dinero y corrompiendo esta casa.

No pude más, corrí a mis habitaciones en medio de un ataque de llanto, cerré de un portazo y me lancé a la cama. El pecho me temblaba, tenía que irme de Jerez, regresar a Londres, reunirme con mi padre y mis hermanos. Quería el divorcio, al menos sería una solterona feliz, podría dedicarme a la enseñanza o, quién sabe, convertirme en enfermera.

Me senté en el escritorio y entre lágrimas redacté una carta para mi padre, la guardé en un sobre y, para asegurarme de que mi familia política no la interceptase antes de mandarla a Londres, me puse un abrigo y un sombrero y me dirigí a la calle.

Vivíamos cerca del centro del pueblo, caminé unos minutos y la llevé a la oficina de correos. Aproveché también para enviar un breve telegrama.

No aguanto más en Jerez. Stop. Por favor, enviarme dinero para regresar a Londres. Stop. Tu hija que te quiere. Stop. Jocelyn.

Salí de las oficinas algo más calmada, miré a mi alrededor y pensé que pronto podría irme de España y regresar a Inglaterra.

Apenas había caminado unos metros cuando me encontré de frente con unos ojos que se me quedaron mirando. No reconocí a aquel hombre, pero él se paró y se quitó el sombrero.

—Señorita Harvey, aunque me imagino que ya es señora Gordon.

—No recuerdo . . .

—Imagino que para usted solo soy un fantasma. Nos conocimos brevemente en el puerto de Cádiz, mi barco salía al día siguiente para Cuba, aunque terminé en Filipinas; estuve en la caída de Manila, me hicieron prisionero.

—Lo lamento mucho.

—No nos dio tiempo a hacer demasiado, la ciudad cayó al poco de llegar, en agosto de 1898, al parecer nuestro propio gobierno nos vendió, para que Emilio Aguinaldo no se hiciera con la ciudad y proclamara la independencia de Filipinas. Me encerraron en un barco prisión en condiciones horribles, contraí malaria y no me dejaron volver con el primer grupo, por eso regresé hace unos días.

—Lamento todas sus vicisitudes, yo también he tenido las mías en España, pero no se puede comparar . . .

Al escuchar las palabras del oficial me quedé muda, como si mis pequeños problemas perdieran importancia.

—¿Irás esta noche a la fiesta de fin de año? —me preguntó el hombre.

Había pensado desistir, pero de repente encontré un aliciente, aquel era el primer hombre que había besado. Durante mucho tiempo me había sentido mal por aquel beso furtivo, incluso había creído que mi esterilidad era una especie de castigo divino.

—Bueno, acudiré con mi familia.

—Ojalá me conceda un baile, con el permiso de su esposo. Por los viejos tiempos —comentó mientras se alejaba con una sonrisa, que parecía acentuar la cicatriz que le cubría la cara. Aquella marca, más que afearlo, le acentuaba su atractivo.

Me quedé un rato observando cómo se alejaba, me sentía emocionada, como si de repente hubiera recuperado algo de ilusión. Después mis pensamientos negativos regresaron y me dirigí a la casa de mi marido, intentando recomponerme y pensando en qué me pondría en la fiesta que despediría el siglo XIX.

El baile de fin de año fue uno de los más espectaculares de los organizados por la colonia inglesa en la provincia. El vicecónsul Walter John Buck era uno de los invitados más solicitados, pero no faltó nadie conocido, como si todo el mundo quisiera despedir el siglo a lo grande. Los Williams, los Suter, los González-Byass y los Sandeman, entre otros, estaban presentes.

Mi vestido no tenía nada que ver con el que me había diseñado, pero mi traje de satén verde con su escote en forma de corazón, los guantes de seda, los zapatos de piel y el collar de mi madre, añadían al conjunto una gracilidad que no tenían la mayoría de las mujeres de la colonia.

Antonio entró en la fiesta de mi brazo cuando se escucharon nuestros nombres, pero enseguida se dedicó a beber. Me quedé con mis cuñadas, aburrida y sin poder bailar ni hacer nada que no fuera estar sentada en una silla y criticar al resto de las mujeres, que era la afición preferida de mi suegra y sus hijas.

Llevaba media hora en aquel estado lamentable hasta que se acercó a nosotros una joven, que saludó a Charlotte con mucha

efusividad.

—Charlotte, ¿te has olvidado de mí?

Mi cuñada dio un salto y, por primera vez desde que la conocía, expresó algo de emoción no fingida.

—¡Marisol! ¿Cuándo has regresado de Londres? ¿Ya has terminado los estudios?

Ella me miró con su rostro esculpido en mármol, aquel cuello largo y sus profundos ojos marrones.

—Echaba de menos España, aunque no puedo decir que me haya aburrido. Ahora estaré unos meses de práctica en la Escuela Inglesa de Jerez, mi padre me lo ha permitido hasta que me comprometa.

—Permíteme que te presente a mi cuñada. Esta es Jocelyn Gordon Harvey. Mi querida amiga Marisol Sandeman.

—Encantada —le dije mientras me ponía en pie.

—¡Qué vestido más bonito! Te favorece mucho. ¿Quieres que tomemos un poco de ponche? Esta fiesta es muy aburrida, tal y como las recordaba —dijo sonriente, mientras mostraba su perfecta dentadura y sus labios rojos, que contrastaban con su piel muy pálida.

Las tres nos dirigimos hasta la mesa en la que estaban las bebidas. A pesar de que la mayoría de las familias se dedicaban a la venta de alcohol, muchos no veían muy bien que lo tomaran mujeres, aunque estuvieran casadas. Por eso, tras servirnos el ponche fuimos a uno de los salones laterales menos concurridos, donde la música no nos hacía gritar.

—¿Cómo está la city?

—Bueno, tan bulliciosa como siempre, llena de polvo, de humo del carbón, los chirriantes tranvías eléctricos y ese metro asfixiantes en el que nunca me decidí a entrar, pero los paseos por el parlamento y el Támesis siguen siendo únicos, aunque cuando no estaba en el colegio me divertía mucho con mis amigas en Mayfair, íbamos a la ópera o a los cafés de Bond Street y Regent Street.

—Aquí no hay nada parecido —dije.

—No, por desgracia —contestó con una sonrisa.

En ese momento vi aparecer al oficial Damián Sevilla. Vestía un esmoquin precioso que le quedaba como un guante. Marisol me miró

con picardía, al observar cómo lo miraba.

—¿Conoces al teniente Damián Sevilla?

—Coincidimos en el puerto de Cádiz cuando él embarcaba para la guerra.

—Charlotte, se me ha acabado el ponche, vamos por más. Ahora te traemos Jocelyn.

Me dejaron a solas y Damián no tardó en acercarse.

—Me alegra haberla encontrado. ¿Me concederá un baile?

—Bueno, no sé las costumbres del lugar . . . Tampoco soy una gran bailarina.

—Yo tampoco, pero tendremos que alegrar un poco la fiesta. He visto a su marido con algunos jóvenes bodegueros, parecía algo mareado.

—Me temo que era él.

El hombre me ofreció el brazo y nos fuimos al gran salón. Con un vals, nos lanzamos a la pista y enseguida sentí que podía volar a su lado.

Pasamos unos minutos inolvidables, mientras todo parecía dar vueltas a nuestro alrededor, aunque éramos nosotros los que girábamos.

Llevábamos dos bailes cuando vi que alguien se acercaba, era Antonio.

Nos separó de malas maneras y se quedó delante de Damián, mirándolo a los ojos.

—¿Qué hace bailando con mi esposa?

—Pensé que no le importaría, ya que parecía más feliz bebiendo con sus amigos.

—¡Maldito español! —gritó mientras intentaba golpearlo, pero Damián lo esquivó.

Damián intentó no pegarle, pero después de varios intentos de apaciguarlo, le dio un derechazo en la mandíbula y mi marido se derrumbó en el suelo de madera, mientras todo el mundo nos observaba. Acababa de destrozar mi reputación, pero al menos ya nadie de Jerez me ignoraría por más tiempo.

Capítulo 10

La máquina

Jerez de la Frontera, 23 junio de 1901

El escándalo del baile de fin de año fue la comidilla de todo Jerez durante más de un año. Las únicas personas con las que me relacionaba además de mi familia eran Marisol y, de forma clandestina, Damián Sevilla. Mi padre recibió la carta y el telegrama que le había enviado, me contestó de forma somera y explícita que nuestra familia dependía por entero de los Gordon y que un divorcio supondría la ruina total. Mis hermanos y mi padre terminarían perdiendo toda su fortuna y, aunque regresara a Londres, mi situación sería muy precaria.

Los meses pasaron y nadie de la familia Gordon me dirigía la palabra a no ser que fuera necesario, ni siquiera la buena de Charlotte, que siempre me había prestado tanta atención.

—Señora Gordon, será mejor que se atenga a hacer las cosas como es costumbre en Jerez, aquí las cosas no son como en Londres. La gente murmura mucho y la envidia es uno de los pecados capitales de los españoles que se les ha pegado a los ingleses —me comentó Ernesto. Sabía que aquel guardés me tenía aprecio, pero yo me encontraba desesperada y en una condición peor que medio año antes.

—Muchas gracias, Ernesto.

—Yo puedo llevar sus cartas, pero si el señor o la señora se entera, me ponen de patitas en la calle y usted ya conoce a mi

señora Lourdes y a las dos hembras, Lucía y Carmen.

—Me hago al cargo, pero no sé cómo cambiar todo esto —le contesté como si se tratara de mí mismo padre. Aquel hombre bondadoso siempre me había tratado bien.

—Tiene que darle un hijo al señorito, de esa forma se solucionará todo y la familia olvidará la afrenta. Un hijo, un heredero, lo cura todo.

—Como si fuera tan fácil, yo no puedo hacer más. Mi esposo no viene nunca a dormir a mi habitación.

—En eso la puede ayudar mi Lourdes, que tiene muy buena mano para esas cosas.

Al día siguiente, Lourdes, que solía estar más en el campo que en la casa, vino a verme. Llamó a la puerta de mi habitación, yo estaba leyendo un poco mientras miraba la calurosa calle.

—Me ha dicho mi Ernesto que me necesitaba, señora.

—Acércate, por favor. Toma asiento.

—No puedo hacer eso, en esta casa un criado y un amo no se sientan en la misma mesa —contestó mientras agachaba la cabeza.

—Eso lo harán los señores, pero yo te pido que te sientes.

La mujer se sentó sin levantar la cara.

—No te pongas así, que no estamos en un entierro. ¿Qué puedo hacer para quedarme embarazada?

La mujer levantó la mirada y me impresionaron sus ojos tan claros como los de un gato.

—Bueno, para atraer a un hombre hay algunos remedios. ¿Ha probado todo ya?

En ese momento fui yo la que me sentí avergonzada.

—La verdad es que lo desconozco casi todo en este ámbito.

—El señorito siempre va con don Guillermo, don Patricio y don Wilson, los tres son unas piezas, sus familias son las más ricas de la provincia y se creen con derecho a casi todo. El señorito ha sido siempre caprichoso, por eso usted lo tiene que seducir. ¿Me comprende?

Aquellas palabras me parecían extrañas: los esposos deseaban a sus esposas, eso es lo que me habían enseñado.

—Esta casa al señorito le trae congoja, impotencia. Aquí él no manda, debería verse con él en otro lugar. Hacer que la deseé. Mañana va a uno de los campos más alejados de Jerez, unos viñedos que hacen frontera con Huelva, cerca de Doñana. Pasará la noche en una casa que tiene la familia, un antiguo cortijo.

—No va a querer que vaya con él.

La mujer negó con la cabeza, después apoyó los codos en la mesa y dijo en voz baja.

—No conoce a los hombres, ellos siempre nos desean, somos como fruta prohibida. El señorito está ahora mismo en la bodega, díglele a Ernesto que la lleve, pase tiempo con el señorito y él hará lo que le pida.

Aquellos consejos me parecían sabios, pero tras tres años de matrimonio, demasiado tardíos. Lourdes parecía tan convencida que me puse un traje ligero de verano de flores azules, un sombrero y me fui a verlo.

Una hora más tarde me encontraba en la inmensa bodega de la familia. No solía ir mucho por allí, aunque era un lugar que me fascinaba. Cuando Antonio me vio entrar se puso nervioso, incluso algo ofuscado, pero me comía con los ojos.

—¿Qué haces aquí sola? Demasiados disgustos ya has dado a la familia.

—Quería verte, hace mucho que no vienes por casa.

El hombre me tomó de forma brusca del brazo y me metió en una sala menos grande donde se encontraban los caldos más selectos, en la pared había una docena de antepasados, que nos observaban desde los lienzos oscurecidos por el tiempo.

—¿Ves a todos esos? Son mis ancestros, esperan que yo siga la tradición, que continúe con este imperio, pero yo no quiero y además me he casado con una mujer estéril.

—Sara, la mujer de Abraham; Rebeca, la esposa de Isaac; Raquel, la segunda mujer de Jacobo; Ana, la madre de Samuel, todas ellas eran estériles, pero Dios hizo un milagro y se convirtieron en las madres de naciones.

—Esos son cuentos antiguos.

Me acerqué hasta él, sabía que mi cuerpo lo ponía nervioso, en ese momento el sudor me corría por la nuca y me sentía extrañamente excitada.

—Esos antepasados esperan que seas un hombre y te acuestes con tu mujer, estas derramando tu semilla en prostitutas y queridas, mientras tu esposa está seca por dentro —le dije mientras me abrazaba, él retrocedió un paso, pero chocó con la pared.

—Jocelyn —dijo antes de que sellara sus labios con los míos, nos derrumbamos sobre el suelo de madera, y con un dominio que no me creía capaz, hicimos el amor como nunca antes, hasta que terminé a horcajadas sobre él, como si hubiera domado a un toro.

Al día siguiente nos marchamos a Huelva, al cortijo del otro lado del Guadalquivir. Mientras él llevaba el carro y yo miraba a su lado el paisaje salvaje de Cádiz, sentí que de nuevo éramos marido y mujer. A la vuelta del viaje me quedé en cinta. Parecía que el milagro se había producido por fin.

Marisol me felicitó por el embarazo, todo el rechazo que había sufrido en los últimos años se transformó en dicha y amor. Mi suegra me cuidaba como una hija, mis cuñadas, como una hermana, y hasta mi suegro volvía a hablarme. Antonio venía todos los días a casa, cuando podíamos nos escapábamos a alguna de las fincas y pasábamos allí una o dos semanas. Mi marido era otro hombre y decidí dejar de escribirme con Damián, que se había trasladado a Sevilla para intentar empezar un nuevo negocio; desde el incidente de la fiesta, la mayoría de los bodegueros no querían trabajar con él.

Marisol era la única alegría que había surgido de aquella fiesta. Nos veíamos casi cada día, a veces iba al colegio y le echaba una mano con los niños, en otras ocasiones tomábamos el té y hablábamos de nuestras lecturas y yo de mis escritos.

—Deberíamos hacer como en Londres, un club de lectura de damas, creo que eso alegraría un poco los días anodinos de Jerez —me propuso con su mezcla de salero andaluz y firmeza británica.

—Sería estupendo —dije, la idea me encantaba.

Marisol se levantó de la butaca y con aquel gesto aniñado que tenía me comentó:

—Tengo una sorpresa para ti, cierra los ojos.

Marisol era una enamorada de las sorpresas. Cerré los ojos y extendí los brazos. Lo que dejó sobre ellos era tan pesado que apenas lo podía soportar.

—¡Una máquina de escribir! —exclamé emocionada, al abrir los ojos.

—Es un armatoste, por eso no la he soltado del todo. Es una Remington Standard 7, una de las máquinas más avanzadas, tiene cuarenta y cuatro teclas, pero no se ve lo que escribes, sale por la parte inferior, haz una prueba.

Dejamos la máquina de escribir en la mesa, era muy elegante, las teclas doradas parecían brillar con luz propia. Miré las letras, comencé a darlas con cuidado, pero no pasaba nada.

—Esto es como el piano, debes aplicar más fuerza —comentó Marisol—, en el colegio tenemos una igual.

El sonido de las teclas me hechizó y comencé a golpearlas con más fuerza, escribí una frase y Marisol sacó el papel.

Al ver aquellas primeras letras negras sobre el folio me emocioné, pero también tenía muchas dudas.

—No me la puedo llevar a casa.

—La tendrás a tu disposición en el colegio, nadie pensará que escribes un libro, una novela.

—¿Te has vuelto loca? Nunca he escrito nada más largo que un relato. ¿De qué voy a escribir una novela?

—De una inglesita que llega a España y se encuentra perdida, pero su deseo de ser escritora le hace superar todos sus problemas.

Miré la hoja y sonreí, ahora que iba a ser madre no sabía cuánto tiempo tendría para escribir, pero ya que nadie me había dado ninguna tarea en la casa ni quería que supiera nada de vinos, al menos podría saber algo de papel y tinta. Soñar era gratis y no iba a dejar de hacerlo, era lo único que realmente me pertenecía, lo único que atesoraba en mi corazón: convertirme en una escritora.

Capítulo 11

Malas nuevas

Jerez de la Frontera, enero de 1902

Las mañanas las dedicaba a pasear con Antonio, a no ser que tuviera algún viaje; las tardes, a escribir en la escuela donde trabajaba Marisol, y por las noches intentaba imaginar cómo sería la vida que nacía en mi vientre. Llevaba meses sin saber nada de Damián hasta que Ernesto me entregó una de sus cartas. Al principio pensé en tirarla sin abrir, no quería mantener aquella relación que me hacía sentir culpable.

En el fondo lo echaba mucho de menos, nuestras cartas siempre habían sido correctas, comentábamos libros y algunas de nuestras aficiones. Damián siempre me había animado a escribir.

Al final abrí, temblorosa, la carta y comencé a leerla.

Querida Jocelyn:

Me enteré hace unos meses de la feliz noticia y desde entonces me prometí a mí mismo no volver a escribirte. Nuestra amistad ha sido sincera y pura, pero sin duda siempre he tenido ciertas esperanzas de que un día los dos pudiéramos construir algo juntos. Creo que Dios nos ha protegido de este pecado, pero eso no ha menguado el amor que te tengo y lo que siempre te he dicho: que posees un gran talento literario que no deberías desaprovechar.

Marisol me ha contado que te regaló una máquina Remington, aunque, como ya se acerca la hora de tu alumbramiento, imagino que no tendrás mucho tiempo para escribir.

He abierto una pequeña editorial en Sevilla, solo imprime libros regularmente la Imprenta de Izquierdo y Cía, el resto se dedican a la edición de periódicos. Publicaré poesía y algunos otros textos más largos. Sería para mí un gran placer publicar una novela tuya.

No quiero importunarte más, solo quiero que sepas que en mí tendrás un amigo y un admirador.

*Tu siempre amigo,
Damián Sevilla*

La carta de Damián me dejó sin palabras. Seguía teniendo sentimientos hacia él, pero mis deberes de esposa y futura madre me obligaban a renunciar para siempre a cualquier contacto con él.

Las semanas transcurrían muy despacio, el invierno seguía enfriando las sierras cercanas y me pasaba muchas horas enfrente de la chimenea. Una mañana comencé a sangrar y la familia Gordon llamó al médico.

—Tiene que estar en reposo absoluto, quedan unas cuatro o seis semanas para el alumbramiento, pero me preocupa que las cosas se precipiten —comentó el doctor a mi suegra y mis cuñadas.

—No se va a mover de la cama hasta que nazca el niño.

—O niña —le corregí.

—Será niño —contestó de forma severa, pero lo adornó con una sonrisa.

Las dos semanas siguientes fueron muy pesadas. Apenas podía dormir, pasaba casi todo el tiempo en cama, no podía escribir nada y lo único que me sacaba de la monotonía eran las visitas de Marisol. Mi madrina también tenía previsto venir a Jerez antes del parto, pero el resto de las horas se me hacían interminables. Antonio pasaba a verme casi todos los días, aunque el embarazo y mi imposibilidad de viajar con él nos había distanciado de nuevo.

Una tarde, casi a inicios de febrero, comencé a tener fuertes dolores. Marisol estaba a mi lado leyéndome algunos libros, pero paró la lectura de inmediato.

—¿Qué te sucede?

—¡Me duele mucho! —grité mientras me agarraba la barriga.

—Todavía queda demasiado para el parto, será una falsa alarma —dijo levantándose alarmada para llamar al servicio.

Acudieron las criadas, también mi suegra y sus hijas. Sentía que me faltaba el aire.

—Hay que llamar al doctor —dijo al fin mi suegra, y enseguida pidió a las criadas que prepararan todo por si se adelantaba el parto.

Me habría gustado tanto que mi madre estuviera viva, no quería pasar aquel trance sin su ayuda. Mientras Marisol me sujetaba la mano, mis cuñadas comenzaron a rezar. Perdía mucha sangre, y temían por mi vida.

El doctor no tardó mucho en llegar, parecía fatigado cuando me auscultó. Al mirar por debajo de la sabana, dijo preocupado:

—Se ha adelantado, demasiado pronto, pero podemos sacarlo.

—¿Dónde está Antonio? ¡Avisad a mi marido! —grité con desesperación.

Las mujeres ayudaron con las toallas y el agua caliente, pero mis cuñadas y Marisol tuvieron que salir.

—Que muerda algo, esto va a ser doloroso —dijo el doctor mientras la comadrona me ponía una toalla pequeña en los dientes.

El hombre comprobó que hubiera roto aguas, pero se dio cuenta de que el niño venía de nalgas.

—Sería mejor hacer una cesárea, pero podría peligrar la vida de la madre —dijo el hombre en un susurro a mi suegra.

—Opérela, doctor —contestó tajante.

En ese momento llegó Antonio y se acercó a mí.

—¡Fuera! Esta no es cosa de hombres.

Por primera vez en su vida, mi marido no obedeció a su temida madre. Me aferró la mano y le preguntó al doctor:

—¿Por qué se ha adelantado?

—No lo sé, pero viene de nalgas y es peligroso para el niño, pero la cesárea puede matar a la madre o impedir que tenga nuevos embarazos.

—¡Sáquelo! —gritó de nuevo mi suegra.

Antonio se puso rojo, apretó los puños y, mirando a su madre, le dijo:

—¡No! ¡Salven a la madre! Que sea natural.

Le agarré la mano, estaba tan débil que temía perder el conocimiento.

—Salva al niño, por favor.

Antonio negó con la cabeza y la comadrona me dijo que empujara.

Los hombres salieron de la habitación. La comadrona tiró con todas sus fuerzas, pero el niño no salía; pasaron casi dos horas de lucha, hasta que por fin lograron sacarlo.

El doctor lo examinó, respiraba con dificultad, pero estaba vivo; lo puso en mi pecho y me eché a llorar.

—John Gordon, mi primer nieto —dijo orgulloso el padre de Antonio, él me besó en la frente, pero en ese momento perdí el conocimiento.

El bebé no resistió las siguientes horas, cuando abrí los ojos de nuevo me sentía muy débil, había perdido mucha sangre, pregunté por el niño, pero la única que se atrevió a acercarse para contarme todo fue Marisol.

—Lo siento mucho, Jocelyn, John ha fallecido.

Comencé a llorar desconsolada, aquel niño había sido tan deseado, era mi última tabla de salvación, la única razón por la que permanecer en España, en aquella vida tan triste y difícil.

Antonio me miró distante, como si lo hubiera defraudado, y se marchó a emborracharse. Mary Anne me observó un instante y me dijo con su mirada que no servía para ser madre ni esposa.

Cuando todos se marcharon, mientras miraba el techo de la habitación fría, pensé que mi vida no tenía sentido, que jamás volvería a ser feliz, pero el destino me tenía preparada una cosa mejor.

Capítulo 12

La guerra

Jerez de la Frontera, mayo de 1914

La soledad y el desprecio es una de las cosas más terribles que puede depararte la vida. Tras perder a John, la familia de Antonio volvió a tratarme con desprecio, como si fuera una apestada. Mi marido me había salvado la vida, pero sin duda pensaba que era culpable de haber perdido al bebé. Al principio intentó consolarme, pero era demasiado torpe y no sabía cómo hacerlo.

Intentamos viajar juntos de nuevo; sin embargo, algo se había roto en nuestro interior, como si el estrecho lazo que nos unía hubiera desaparecido para siempre.

Los meses y los años pasaron, mi único consuelo era mi amiga Marisol, las tardes que pasaba en la escuela o en su casa escribiendo en aquella máquina de escribir, hasta que desgasté las teclas y la rompí.

Era mi cumpleaños, no esperaba nada de nadie, me había acostumbrado a sufrir en silencio. No había vuelto a ver a Damián, aunque sí nos carteábamos y siempre me animaba a seguir escribiendo.

Un día estaba con Marisol en una pequeña sala de costura en su casa que ella había convertido en mi pequeño despacho de escritura. Como hija única, Marisol había sido una niña solitaria y sus padres siempre se habían volcado en ella. Por eso veían con buenos ojos nuestra amistad.

—Venga, cierra los ojos.

Cada año me hacía repetir aquella operación, aunque el único regalo que me habría sanado el alma habría sido devolverme a mi hijo.

Le hice caso. Escuché unos pasos, pero me resistí a abrir los ojos.

—¡Ahora! —exclamó con su voz alegre y suave.

Frente a mí estaba Damián Sevilla. Habían pasado más de diez años desde la última vez que lo vi. Lo conocía más por sus palabras impresas que por las pocas conversaciones que habíamos mantenido. Era increíble que dos almas extrañas se hubieran encontrado en el fondo de un papel.

—Hola, Jocelyn —dijo mientras sostenía una nueva máquina de escribir.

—¡Dios mío! Soy una destroza máquinas.

—Esta es más ligera y podrás leer lo que escribas, es una Olivetti. La casa está en Italia. Seguro que aquí puedes escribir una gran novela.

Me levanté y tomé la máquina, era verdad que pesaba menos que la anterior y sus teclas parecían más suaves.

—No tenías que haberme regalado nada —le dije mientras dejaba la máquina de escribir sobre el escritorio.

—Mi editorial, ya lo sabes, va viento en popa. He publicado a algunos autores de éxito, pero mi mayor sueño es publicar un libro tuyo. Espero que esta máquina te inspire.

—Lo único que deseo es tener un hijo, aún sigo pensando en John, pero mi deber es . . . —dije mientras comenzaba a llorar.

Marisol me abrazó y mis lagrimas empaparon su blusa blanca.

—Dios sabrá cómo y cuándo tiene que darte un hijo. ¿No te lo comentó el pastor?

El reverendo Clark no había sabido contestarme cuando le pregunté por qué Dios se había llevado a mi hijo inocente, aun así, consoló un poco a mi alma afligida.

—Muchas gracias, Damián, no prometo nada, pero puede que con la Olivetti consiga escribir algo publicable. ¿Crees que en España se interesen por las autoras?

Damián se cruzó de brazos.

—Está Emilia Pardo Bazán, hace unos años sacó *Dulce sueño* y cosechó un gran éxito; Carmen de Burgos, que escribió *La malcasada* y también ha publicado ensayos; Blanca de los Ríos . . .

—Para, pero esas mujeres no estaban casadas, tampoco vivían en la casa de los Gordon.

—Emilia Pardo Bazán está casada con José Quiroga, y la mayoría de las escritoras están casadas.

—Esto no es Madrid, Damián, ni siquiera Sevilla.

El hombre sabía que, en aquello, Jocelyn tenía razón.

—Puedo sacarlo con seudónimo al principio y después ya veremos —contestó a mis objeciones.

El resto de la tarde fue muy agradable, hablamos los tres de nuestros proyectos y sueños, pero lo que no sabíamos era que la guerra se cernía sobre Europa y que iba a arrasarlo el continente, destruyendo millones de vidas.

Las palabras de Damián me animaron a escribir. Desde hacía tiempo había pensado en una historia sobre lo que había visto en todos aquellos años. La inmensa desigualdad entre los jornaleros y sus señores, por ejemplo, Me puse manos a la obra con ahínco e ilusión: la historia de una joven rica que se enamora de un jornalero, pero nadie aprueba ese amor. En la novela narraba los infortunios de la pareja y su lucha por casarse. Tras un año de esfuerzo, logré tener un manuscrito terminado y se lo enseñé a Marisol.

Mi amiga tardó en leer el libro dos días; me tenía en ascuas. Cuando al final nos vimos para que me lo comentase, al ver su sonrisa se me quitó el miedo.

—Es una de las mejores novelas que he leído, una obra increíble.

—Lo dices para alagarme —le dije a mi amiga, pero no me contestó, simplemente me preguntó:

—¿Qué título has pensado?

—Historia y olvido.

—¡Me encanta! —exclamó emocionada—. ¿Lo publicarás con seudónimo?

—Sí, Antonio me mataría y . . .

—¿Cuál has pensado?

—Antonio Jiménez.

Marisol lanzó una carcajada.

—¿No te gusta? —le pregunté confusa.

—Al que no sé si le gustará es a tu marido.

Al día siguiente Damián vino para llevarse el manuscrito, lo leyó en un solo día, apenas y durmió. Por la tarde, nos vimos en casa de Marisol.

—Es una gran obra para tratarse de una *ópera prima*. Señora Gordon, está contratada —dijo con una sonrisa que le levantaba su bigotillo, pensé en esos labios que había besado diecisiete años atrás, casi toda una vida, pero me limité a abrazarlo.

El libro salió tres meses después. La primera tirada fue modesta, pero se agotó tan pronto que le siguieron muchas más, hasta que el nombre de Antonio Jiménez y el título del libro estuvieron en boca de todos los andaluces y después de todo el país. Me había convertido, de la noche a la mañana, en una escritora de éxito.

Al poco tiempo, aquella felicidad se vio empañada con dos tristes noticias: mi padre había caído enfermo y mi hermano estaba luchando en Francia; la guerra parecía cernirse sobre Europa. Y yo era la mujer más infeliz del mundo.

Capítulo 13

Desgarro

Jerez de la Frontera, mayo de 1916

Nadie sabía quién había escrito *Historia y olvido*, todo el mundo pensaba que era algún escritor andaluz, otros decían que era algún comunista, y yo me reía; era mi secreto, los únicos que lo conocían eran Marisol y Damián. Después de la publicación del libro comencé a escribir como una loca. Me marchaba temprano de casa y no regresaba hasta la comida, después me iba a casa de Marisol hasta la tarde. Nadie me echaba de menos, pero tampoco entendían donde me metía todo el día.

Mary Anne le metió en la cabeza a su hijo que debía tener un amante, algo que no le debía haber extrañado, ya que él tenía varias, además de visitar los mejores prostíbulos de Jerez, Cádiz y Sevilla.

En parte, no le faltaba razón, tras la muerte de mi bebé, cada vez me sentía más cerca de Damián. Cuando pasaba por la ciudad nos veíamos a escondidas, a veces en el campo, otras en casa de Marisol y algunas yo viajaba con una excusa a Sevilla y allí podíamos comer juntos en un restaurante. La amistad y complicidad pronto dejó paso a la pasión. Como dos chiquillos, nos acostábamos sedientos el uno del otro, como si no hubiéramos conocido antes otra carne. Parecíamos dos adolescentes descubriendo el placer, y ese era mi caso. Antonio no me había hecho sentir lo que Damián, que se

quedaba explorando cada rincón de mi cuerpo hasta que lograba que mi alma se desatase y perdiera el control.

—Tu libro lleva diez ediciones y es uno de los más leídos en Madrid y Barcelona. Algunos lo hacen para ver como son las cosas en el sur, otros, por morbo, y hasta los que están en contra lo leen —me dijo Damián mientras me miraba al otro lado de la cama en su casa en Sevilla.

—Es como un sueño, pero nadie sabe que soy la escritura.

—Creo que en el fondo es mejor para ti, a no ser que dejes a Antonio. Ya sabes que aquí puedes separarte legalmente, pero no te puedes volver a casar.

—¿Quién te ha dicho a ti que quiero volver a hacerlo? Con lo mal que me ha ido con el primero —bromeé. Mi amor me dio suavemente con la almohada y comenzamos a jugar, hacía años que no me sentía tan viva.

Una hora más tarde mi amigo me acompañó hasta el tren, tenía que llegar lo antes posible a Jerez. Marisol me esperaba en la estación, iba con su coche nuevo, el primero de Jerez, un Hispano-Suiza 20–30 HP.

—Venga, que es muy tarde —me advirtió. Estábamos llegando a mi casa cuando mi cuñada Charlotte salió a la puerta.

—¿De dónde vienes tan tarde? Antonio está que trina . . .

—Para una vez que viene a dormir —contesté, me parecía increíble que aún lo defendiera.

No le dirigió ninguna palabra a Marisol; desde que nos habíamos hecho tan amigas, ella apenas le hablaba.

—Hola, Charlotte —le dijo mi amiga para provocarla, pero ella subió la barbilla y se alejó dentro de la casa.

—¿Quieres que te acompañe? —me preguntó mi amiga.

—Mejor no, es bochornoso como me trata esa gente, mi padre sigue enfermo y no me dejan ir a Londres para verlo.

Mi amiga me miró desde el coche.

—Saben que, si te dejan ir, ya no volverás. En cierto sentido, me alegro: eres la única persona con la que puedo ser yo misma. Este pueblo me está matando.

—¿Por qué no te vas a Madrid?

Ella se encogió de hombros, en el fondo sabía que debía cuidar a su padre, que estaba muy mayor, y proteger el negocio del vino.

Entré en la casa algo nerviosa, tenía la sensación de que aún olía a Damián, que me había dejado su sello en mi piel.

Todos estaban en el salón principal como si estuvieran reunidos. El padre, sentado en su butacón, apenas era una sombra del que había conocido, pero aunque su físico se iba deteriorando, continuaba siendo el que tomaba las decisiones; a su lado, mi suegra, toda vestida de negro y con el pelo gris recogido en un moño apretado; sus hijas, en un sillón; y Antonio con los brazos cruzados, justo delante.

—¿Dónde estabas? —preguntó Antonio alzando la voz.

—No sabía que estaba en una cárcel. He pasado toda la tarde con Marisol —contesté arrogante, quería que mi matrimonio se rompiera, pero no sabía cómo hacerlo sin perjudicar a mi familia.

—Tu padre está al tanto de todo: sabe que nunca estás en casa e imaginamos lo que estás haciendo —dijo mi suegra quitándole autoridad a su hijo, como solía hacer.

—No eres mi madre, señora —le contesté arrogante, y Antonio me dio una bofetada tan fuerte que me rompió el labio inferior. Yo lo miré desafiante. No lo creía capaz de hacerme algo así. Alguna vez tuvimos algo parecido al amor, pero ahora lo aborrecía.

—Es de cobardes pegarle a una mujer —le dije mientras lo miraba con fijeza a la cara, que comenzaba a envejecer después de dieciocho años juntos.

—En España, los hombres defendemos nuestro honor —me contestó indignado, como si él fuera el ofendido.

—¿Tu honor? ¿Dónde queda el mío? No hay prostituta con la que no te hayas acostado en toda Andalucía y tienes a una querida. ¿Quién ha roto aquí el vínculo matrimonial?

El padre, que había estado callado hasta ese momento se puso en pie.

—Las familias antiguas nos movemos por códigos que la gente como tú no entiende. Ninguno de nosotros importa, lo que importa es el apellido. ¿Tu familia no te enseñó eso? Las mujeres guardáis

nuestra simiente; es normal que los hombres tengamos nuestros desahogos.

—Lo que está diciendo es infame —le contesté y acto seguido Mary Anne se lanzó sobre mí.

—No te consiento que hables así al hombre de la casa. Vete a tu habitación, a partir de hoy, tendrás que salir con alguna de nosotras. Todo el pueblo habla de ti, algunos aseguran que te han visto con Damián Sevilla, ya nos avergonzaste una vez con ese hombre y no lo vas a volver a hacer.

Me quedé quieta y la mujer se enfureció. Entonces Antonio me agarró de un brazo con todas sus fuerzas y me arrastró hasta la habitación, después me encerró con llave.

Las dos semanas siguientes me subían la comida, apenas me dejaban pasear por el patio una media hora. Los criados me vigilaban y mis cuñadas se pasaban horas conmigo para controlarme y supuestamente coser.

Charlotte Rose, siempre más benevolente, parecía compadecerse de mí.

—Tu cabezonería no te hace bien —me dijo mientras bordaba unos pañuelos.

—Soy una mujer libre, estamos en el siglo XX, pero veo que aquí no os habéis enterado.

—En España una mujer sigue siendo propiedad de su marido, está sometida a él. Incluso está permitido el crimen por honor.

En muchos sentidos, España me parecía un país atrasado, que vivía en una época ancestral, al menos el país que yo conocía.

Mi única salida era a la iglesia anglicana los domingos, donde la familia disimulaba que todo estaba bien. El tercer domingo de mi encierro, mientras estaba en la iglesia, cantando un himno, que era lo único que me consolaba, sentí un dolor punzante en la tripa y me senté.

—¿Te encuentras bien?

Negué con la cabeza mientras me daba un pinchazo más fuerte. Charlotte hizo un gesto a Antonio y él me sacó de la capilla. El resto de la familia lo siguió en silencio.

—¿Y ahora qué pasa? ¿No podemos ni estar tranquilos en la iglesia? —se quejó Mary Anne.

—Algo le pasa a Jocelyn —comentó su hija, y al ver mi cara pálida llamaron a uno de los cocheros.

—Tú, llama al médico —le dijo su padre a Antonio.

—Manda a uno de los criados —se quejó, pero no le valió de nada.

—Haz algo a derechas y no me contestes.

Antonio se marchó con las orejas gachas y a mí me subieron a la carroza, en diez minutos estábamos en casa. Me ayudaron a llegar al cuarto y me quedé sudando de dolor sobre la cama.

—¿Estás manchando? ¿Tienes el periodo? —me preguntó Charlotte.

—No me viene desde hace un par de meses, pero no soy muy regular —le contesté mientras soplaba para aliviar el dolor.

—¡Traed toallas limpias! —gritó mi suegra, por su gesto serio me dio la impresión de que estaba asustada, y eso no era nada común en ella.

Cuando llegó el doctor me sentía muy débil. Lo primero que intentó fue parar la hemorragia, y después confirmó que estaba embarazada. Debía hacer reposo absoluto unas semanas para no perder al niño.

Un par de días después, cuando mis suegros estaban fuera de la casa, Antonio se acercó a mi habitación. Intentaba evitarme todo lo posible, por eso me extrañó verlo.

—¿De quién es el niño? Nosotros llevamos dos años sin . . .

—Un milagro —le contesté.

—¿Un milagro? Pues me vas a decir quién ha hecho ese milagro y le voy a cortar la cabeza —dijo mientras cerraba el puño amenazante.

En ese momento apareció Lourdes, que me estaba cuidando con sus hijas, y Antonio se marchó de la habitación.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó al verme la cara pálida, como si me hubieran dado un susto.

—Sí, ¿me traes noticias de Damián y Marisol?

—Todo esto es muy arriesgado. Si me pillan con las cartas, ¿qué será de mi familia?

—Tengo dinero, aunque no lo creas —le dije. Había logrado ganar una buena suma gracias a mi libro. Además, a pesar de mi cautiverio y reposo, Lourdes había llevado cada día varias hojas escritas de mi nueva novela titulada *Mal de amores*, que estaba a punto de terminar. Marisol pasaba las hojas con mi máquina Olivetti y se las mandaba a Damián.

La mujer me entregó la carta.

Querida Jocelyn:

No lo puedo soportar más. ¿Cuándo dejarás esa casa infernal? Podemos escapar a Inglaterra, allí podrás divorciarte y olvidarte para siempre de los Gordon.

Tengo dinero para que comencemos una nueva vida, además del que tú has ganado con tu libro.

Me han llegado las últimas páginas de Mal de amores. Es una obra aún mejor que la anterior. En cuanto la termines, la venderé a la editorial más importante de España. Sé que muchas cosas son autobiográficas, por eso, cuando salga a la luz, ya estaremos lejos de este país.

Por favor, dime cuando podemos irnos y comenzar una nueva vida juntos.

*Tu amado que te quiere,
Damián*

No pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas. Estar lejos de mi amor, el verdadero padre de mi hijo, me desgarraba por dentro. Me sentía mejor, pero aún débil, y sabía que un viaje podía precipitar el embarazo y provocar de nuevo la muerte de mi hijo, que era lo más doloroso que se podía sufrir.

Le contesté en una hoja, con una nota breve donde le pedía un poco más de paciencia. Si en un mes recuperaba las fuerzas, le pediría a los Gordon que me dejaran irme a Londres; si se negaban, me escaparía.

Las semanas pasaron lentas, lo único que me consolaba era mi libro, al que solo le quedaban dos o tres páginas para terminarlo.

Antonio me presionaba cada vez más para que le dijera el nombre del padre del niño, aunque imaginaba que se trataba de Damián. Mi suegra y sus hijas parecían algo más complacientes; lo único que les interesaba era el bebé, un heredero que mantuviera a la casa Gordon durante una generación más.

Justo un mes después, ya podía dar paseos y moverme por la casa. Me acerqué al despacho de mi suegro y llamé a la puerta.

—¿Qué quieres? —me preguntó con brusquedad.

—Señor, quiero pedirle que me deje ir a Londres, mi padre está peor, mi hermana me ha dicho que, si no voy, no lo veré con vida. Además, mi hermano mayor ha sido dado por desaparecido en el frente, eso ha hundido aún más a mi padre. Por la amistad que los une, le suplico que me deje partir.

El hombre no mostró la menor señal de compasión, me miró con sus ojos azules algo miopes y después escribió una nota.

—Te dejaré ir, pero te acompañarán Charlotte y Emma Louise.

—No quiero que me acompañe nadie, sé cuidarme por mí misma.

—Estas embarazada, puede ser peligroso; ellas se asegurarán de que no hagas ningún esfuerzo que ponga en peligro a mi nieto.

Me lo pensé un segundo, pero al final acepté. Una vez en Londres sería sencillo zafarme de ellas.

Apenas había salido del despacho cuando Mary Anne se acercó a mí y me gritó:

—¡Ni hablar! ¡No saldrás de esta casa, ni pasando sobre mi cadáver!

Tenía que intentarlo de otra forma. Lourdes y su marido debían ayudarme, aunque no estaba segura de conseguirlo, los Gordon tenían mucho poder en la provincia y no era fácil burlarlos.

Capítulo 14

Huida

Jerez de la Frontera, julio de 1916

El amor es una especie de volcán que permanece dormido hasta que hace temblar la tierra y lo traga todo a su paso. Estaba ya de más de tres meses cuando organizamos todo para escapar. No podía llevarme la mayor parte de mis cosas, pero ya había renunciado a la mayoría hacía tiempo. La niña que había llegado a España dieciocho años antes cargada de baúles y sueños era ahora una mujer de treinta y seis, madura, pero a la que siempre habían tratado como a un adolescente. Solo había sido verdaderamente libre frente a mi máquina de escribir Olivetti, riendo con mi amiga Marisol y compartiendo las horas prohibidas con Damián.

El plan era sencillo, Lourdes y su marido Ernesto me llevarían a las cuatro de la mañana en un carruaje hasta Cádiz, allí tomaríamos un vapor que se dirigía a Lisboa y desde allí a Londres. Esperaba que el viaje en una carroza no afectase a mi niño, pero tenía que arriesgarme.

Damián saldría de Sevilla y se dirigiría a Cádiz para abordar el mismo barco y estaríamos juntos para siempre.

Esa noche no dormí. Cuando noté la presencia de Lourdes en la habitación, me levanté como si tuviera un resorte, tomamos dos bolsas de mano y bajamos con sigilo las chirriantes escaleras. Después salimos por una de las puertas traseras; olía a azahar y algunos pájaros mañaneros comenzaban a cantar al amanecer. Al

final me había encariñado con aquel lugar, a pesar de que muy pocas veces había sido feliz.

Me ayudaron a subir al carruaje, salimos despacio para que los cascos de los caballos y las ruedas no despertaran a los señores, pero en cuanto enfilamos la calle, Ernesto aceleró la marcha, íbamos con el tiempo justo.

Antes de salir de Jerez, paramos en la casa de Marisol, no podía irme de España sin despedirme de mi mejor amiga. Nos esperaba en la puerta, me dio un largo abrazo sin palabras, el llanto le había acallado su siempre locuaz carácter.

—Nos volveremos a ver. Estoy segura, creo que el destino nos ha unido para siempre.

—Dios te oiga —dijo. Nos agarramos las manos y nos observamos por última vez.

—¡Te quiero, amiga!

—Yo también, Jocelyn.

Estaba dándome la vuelta para no mirar atrás cuando escuché de nuevo su voz.

—La máquina de escribir y el manuscrito, en Londres los necesitarás.

Ernesto cogió la máquina que estaba con su caja protectora. Marisol me volvió a abrazar. Cuando miré de nuevo hacia atrás, ya desde el carruaje, su figura había desaparecido.

—Señorita, tenía una carta para usted, pero al estar tan vigilada no me he atrevido . . . Lo siento.

Me entregó el sobre con sellos inglés, solo podía venir de casa. Mi padre no sabía nada, demasiado tenía ya con su enfermedad y la desaparición de mi hermano.

Querida Jocelyn:

Cuando recibas esta carta, las malas noticias de nuestra familia ya habrán volado hasta tu corazón para hacerlo más pequeño. Padre se enteró hace una semana de la muerte de Arthur, al final encontraron su cadáver en una trinchera, estaba medio enterrado y por eso nadie lo había visto.

La muerte de Arthur fue demasiado para su pobre corazón, a las pocas horas él también nos dejó. La casa esta desolada, la ruina nos ha caído encima. Los acreedores se han llevado todo, también nuestra vieja y hermosa villa con los jardines de madre. De un plumazo han borrado la historia de la familia Harvey.

He pedido ayuda a tu familia, ya que debían a padre mucho dinero, pero mi abogado no ha obtenido respuesta.

Seguramente, cuando te llegue esta carta, yo estaré con la tía Rose en Belfast, en la casa de la rectoría de su marido, el reverendo Tom Adams. Espero encontrar allí la felicidad que parece robarme Inglaterra y al hombre que por fin me haga feliz.

*Tuya para siempre, tu hermana,
Amelie*

La carta se me cayó de entre los dedos y comencé a llorar desesperadamente, ya no tenía a nadie en Inglaterra, mi familia había desaparecido casi por completo, solo me quedaban la criatura que se formaba en mi vientre y Damián.

La máquina de escribir Olivetti rebotaba en el guarda maletas mientras el sol comenzaba a iluminar las vides de los campos de Jerez. A lo lejos, ya se intuía la brisa de un mar que significaba libertad.

Llegamos a primera hora de la mañana. Ernesto y Lourdes intentaron consolarme, pero no podía parar de llorar.

—Señora, seguro que en Londres será más feliz. Morir es ley de la vida, todos pasaremos ese trago en algún momento.

Yo no respondí a aquel buen hombre. El dolor se nos pega al alma y nos devora como si intentara secarnos por dentro.

Subí al barco Prestige, dejé mi máquina y el equipaje, quedaba una hora para la salida del vapor, pero no había ni rastro de Damián.

Los marineros comenzaron a quitar la pasarela, y yo me fui a hablar con el capitán.

—Señora —dijo el hombre mientras me saludaba con un gesto de sombrero.

—No pueden partir, no ha llegado mi . . . —titubeé —esposo.

—¿Su esposo? ¿Por qué no han venido juntos?

—Una cuestión de trabajo.

—Lo lamento, pero tendrá que tomar el próximo vapor, sale esta noche, o viajar y esperarlo en Lisboa, seguro que se reunirá lo antes posible. Si lo prefiere, mis marineros la ayudaran a bajar el equipaje.

En ese momento un muchacho corrió por la pasarela con un telegrama en la mano.

—¡La señora Gordon! —gritó a la gente de cubierta.

Me acerqué a él y me entregó el telegrama.

No llego al barco. Stop. Tomaré el siguiente. Stop. Te veré en Londres. Stop. Damián.

Aquel mensaje me llenó de angustia, no quería irme sola, menos a una isla en la que ya no me quedaba nada.

—¿Qué piensa hacer, señora? —me preguntó impaciente el capitán.

—Iré con ustedes —le contesté. Con el telegrama apretado en el puño me dirigí al camarote. En cuanto el barco comenzó a moverse me mareé y no tardé en vomitar.

Cuando nos aproximábamos a Lisboa comencé a sentirme mejor y subí para que me diera el aire. Una mujer mayor debió verme tan desvalida que se acercó a saludarme.

—¿Se encuentra bien, querida? Los viajes en barco son un poco engorrosos.

—Sí, bueno . . .

—¿Está embarazada? Siempre recuerdo mis embarazos, aunque una sufre molestias, también me sentía llena de vitalidad. Perdona que no me haya presentado, mi nombre es Katie Keller, regreso a Inglaterra para descansar un poco. Tenemos una escuela en la Línea de la Concepción que pertenece a la iglesia metodista de Gibraltar.

—¿Es maestra?

—Bueno, misionera. Llevo en España diez años; pasaré una corta temporada en Londres para regresar después del verano. Ya sabe, para ver a la familia.

—Qué labor tan encomiable.

La mujer sonrió ante mis palabras.

—Ser misionero la mayoría de las veces es muy rupestre, se lo aseguro. Limpiar las cacas, quitar mocos y enseñar a leer y escribir a

los huérfanos.

Las dos nos sentamos en un banco.

—De joven quise ser misionera, pero en la India, aunque el buen Dios tenía destinado algo muy distinto para mí.

—La maternidad y el matrimonio es otra forma de misión.

Me eché a llorar y le conté mi vida desgraciada en Jerez y lo que acababa de sucederle a mi familia.

—Dios mío, es terrible. Le apunto mi dirección en Londres y la misión en la Línea, por si algún día regresa a España.

Cuando llegamos a Londres, después de ocho días de travesía, me emocioné al ver el Támesis, que estaba tan pestilente como siempre. El barco se detuvo en el Royal Docks, atracamos en el muelle Royal Victoria, justo al lado de Canning Town, uno de los barrios pobres de la ciudad. Necesitaba mantenerme informada del viaje de Damián, por eso le dejé al capitán la dirección del hotel, su vapor pertenecía a la misma compañía.

Llevaba dos días en la ciudad, todo me recordaba a mi familia, pero al menos me sentía libre. No llevaba demasiado dinero y la ciudad era mucho más cara que Jerez, así que debía esperar a que Damián trajera todos sus ahorros y mi dinero.

Al tercer día, cuando había terminado de desayunar y había subido a mi cuarto a descansar, un botones me dijo que un capitán de barco me esperaba en el hall. Bajé impaciente, eso solo podía significar que tenía noticias de Damián.

En cuanto vi el rostro del hombre me quedé sin respiración, me entregó un nuevo telegrama y me dijo escuetamente:

—Lo siento mucho, el Charleston se ha hundido enfrente de las costas de Portugal, no ha habido supervivientes.

No lograba asimilar la noticia, era demasiado terrible, sentía como si una maldición hubiera caído sobre mí. Me desmallé, y lo último que recuerdo es que alguien me tomó en sus brazos.

Capítulo 15

Regreso

Londres, agosto de 1916

Embarazada de cinco meses, sin dinero y en una ciudad que para mí ya era extraña, no me quedaban demasiadas opciones. Intenté ponerme en contacto con mi amiga misionera, pero al parecer había regresado a España de forma urgente. La otra opción era ir a casa de mi tía en Irlanda del Norte, pero mi hermana me aseguró que no podrían cuidarnos a las dos y a un niño en camino; además, un reverendo no podía cobijar a una mujer que había abandonado a su marido para escapar con su amante.

Vagué varios días por las calles de Londres. Apenas me quedaba dinero para una semana y la única alternativa era acudir a la beneficencia. Al final, me decidí a escribir un telegrama a Antonio, Jerez era mi única salida por el momento.

Recibí una respuesta casi inmediata, pero no de Antonio, sino de su madre. Me mandaron justo el dinero del pasaje: quince libras esterlinas. Tomé el primer vapor que había, y a finales de agosto me encontraba de nuevo en el puerto de Cádiz. A pesar de que España se había mantenido neutral en la guerra, todo tipo de productos partían para abastecer a los dos bandos en conflicto. Al parecer, de vez en cuando, algún submarino alemán hundía otro que se dirigía a Inglaterra. Esa había sido la causa del hundimiento del vapor en el que iba Damián.

En el puerto me esperaban Antonio y su hermana Emma Louise. Unos mozos cargaron el equipaje en su carruaje y nos dirigimos de nuevo hacia Jerez.

—Quiero que sepas que Ernesto acabó en la cárcel, lo acusamos de robo.

—¡No se llevó nada, eso es mentira!

—Todo lo que tienes es nuestro —dijo Emma Louise—, hasta esa ropa que llevas.

Su cara de desprecio vaticinaba el infierno que iba a pasar.

—Ahora sus hijas están en la indigencia gracias a tu orgullo y soberbia —comentó mi cuñada, que parecía disfrutar haciéndome daño.

No hablé en todo el trayecto. Mary Anne nos recibió en la puerta, pero no me dirigió la palabra. Me fui a mi habitación y me eché a llorar.

Los criados dejaron todo el equipaje en mi habitación, pero no me dijeron nada de la máquina de escribir. Menos mal, la había escondido muy bien. Con desesperación, resistí la espera de lo único que me mantenía con vida: el nacimiento de mi hijo.

Segunda Parte

Páginas marchitas

Capítulo 16

Carmen

Jerez de la Frontera, noviembre de 1916

Mi vida era mi prisión. Aquel cuarto que había puesto a mi gusto unos años antes era lo único que me pertenecía, no dejaban que nadie viniera a verme, ni siquiera mi amiga Marisol. Tenía la sensación de ser una prisionera. Aunque hubiera podido salir, la comunidad inglesa no me habría recibido con buenos ojos. A ellos no les importaba que mi esposo me hubiera maltratado o que mi familia política me odiara, mi deber era ser buena esposa y madre. Lo único que me consolaba, tras la muerte de Damián, era que llevaba en el vientre un hijo suyo.

El otoño ya estaba avanzado cuando el embarazo ya no me permitía descansar. Por las noches, no encontraba una postura para reposar y los ardores no me dejaban dormir. Por las mañanas, tras desayunar algo ligero, intentaba caminar un poco por la finca, pero casi siempre tenía que sentarme. Tampoco podía leer y mucho menos escribir; mi vida se reducía a mirar por la ventana, contar a los transeúntes, las carrozas y los pocos coches o contemplar a las aves que volaban libres ante mis ojos.

En mi fuero interno no dejaba de planear formas de escapar de allí, pero a dónde podía ir una mujer sin dinero, sin familia ni amigos.

Una mañana, cuando todavía la casa se encontraba en silencio, noté las primeras contracciones, ya sabía lo que era parir un hijo,

por eso me invadió el pánico y llamé a los criados. Unos minutos más tarde, todas las mujeres de la casa estaban atendiéndome y el doctor no tardó en llegar. Cada contracción era más fuerte, me quitaban el aliento, pero empujaba con todas mis fuerzas, necesitaba que mi hijo viera por fin el mundo, aunque en muchas ocasiones se tratara de un lugar despiadado.

Tras varias horas de sufrimiento, en un último empujón, noté que el bebé salía; sentí alivio y casi perdí el conocimiento, pero cuando la comadrona me puso a la niña en los brazos y miré el vivo retrato de su padre en sus ojos negros y su pelo castaño pelirrojo, me eché a llorar.

—¡Es una niña! —gritó malhumorada Mary Anne, como si su sexo ya fuera suficiente condena, pero ya no me importaba nada. Me era indiferente darle a los Gordon un heredero varón. Pensé que cuando una mujer se convierte en madre, jamás vuelve a sentirse sola en el mundo.

Después de darle el pecho, logré dormir un poco. Al día siguiente pude levantarme y, desde ese momento, Carmen, que era el nombre que mis suegros le pusieron a la niña, se convirtió en el centro de mi universo.

Cada día me levantaba con la ilusión de que podría estar con mi niña; cada noche, agotada y satisfecha, pensaba en ella hasta caer en un profundo sueño.

Pasaron las semanas y los meses. Cuando Carmen comenzó a andar, mi suegra se dio a la tarea de quitarme a mi amor, a pesar de que la odiaba, de que no quería otra mujer en la familia. Su forma de torturarme era separarme de ella.

Lo que me movía cada mañana, después de los dos primeros años, se convirtió en mi mayor fuente de sufrimiento. La abuela y las tías pasaban casi todo el tiempo con la niña, solo me dejaban que le diera el pecho y la cena, el resto del día eran ellas las que se ocupaban, como si temieran que pudiera ponerla en su contra.

No sé por qué fui cediendo poco a poco, tal vez porque me sentía tan deprimida que ya nada me importaba en realidad. Todas las personas que tenía a mí alrededor me vigilaban, ya no podía confiar en nadie.

Al final, después de tanto tiempo, las medidas tan estrictas comenzaron a suavizarse, podía pasear por la ciudad con una de las criadas e ir a comprar. En mis recorridos por la calle Larga podía comprar unos dulces o tomar un café mientras observaba a los jerezanos caminar de un lado a otro. España había prosperado gracias a la Gran Guerra y ahora que esta había llegado a su fin, el país intentaba organizarse de nuevo. Alemania y Austria habían perdido la guerra, y la mayoría de los países parecían agotados por el largo conflicto, el peor que había conocido la humanidad.

A veces me llegaban cartas de mi hermana que se había casado con un párroco anglicano en Irlanda del Norte y tenía dos hijos. Me hubiera gustado ir a visitarla, pero era consciente de que mi familia jamás me lo permitiría.

Aquel día, después de tanto tiempo, logré encontrarme con Marisol. Al verme en la cafetería me saludó, como si nos hubiéramos visto unas horas antes. Me dio un largo abrazo y después nos sentamos a charlar como las dos viejas amigas que éramos.

—¿Cómo he podido estar sin ti tanto tiempo? La vida ha sido tan monótona y vacía, lo único que podía hacer era ocuparme de la bodega de mi padre.

—Siento lo de tu padre —le contesté.

—Dios lo tenga en su gloria, me ha dejado muy solita. También siento mucho lo del tuyo, pero me alegro tanto de verte.

Intenté aguantarme las lágrimas, yo también había estado tan sola, con aquella sensación de que no le importaba a nadie en el mundo.

—¿Cómo está Carmen?

—Es una niña preciosa, despierta, inteligente, pero ellos apenas le dejan tiempo conmigo, ya tiene dos años, y si no paso más tiempo con ella, tengo miedo de perderla —le comenté, abriendo mi corazón.

—En estos casos los instintos son importantes. Esa niña, como imagino, no tiene ni una gota de sangre Gordon, debe ser el mismo retrato de Damián.

Afirmé con la cabeza. Aquel era uno de los pocos placeres que me quedaban.

—¿Has vuelto a escribir?

Negué con la cabeza. Hasta hacía poco, la vigilancia era férrea, la Olivetti no había salido de su escondite desde hacía más de dos años. Por fortuna, Marisol se las había arreglado para recuperar el manuscrito tras la muerte de Damián.

—¿Terminaste el manuscrito?

—No me veo capaz, después de todos estos años, soy como una especie de planta seca, mi alma hace mucho tiempo que dejó de destilar algo parecido a la literatura.

Mi amiga frunció el ceño.

—No sé dónde has dejado a mi amiga, pero la Jocelyn que yo conocía era valiente y no se desanimaba jamás. Si consigues publicar, tendrás independencia económica. Además, ahora los tiempos están cambiando, hasta en España las mujeres vamos a tener más oportunidades que antes.

Me encogí de hombros, apenas leía los periódicos y no me preocupaba nada de lo que pasaba en el mundo.

—Conozco un editor en Madrid, tendrías que buscar una excusa y las dos podríamos hablar con él.

—No puedo irme de Jerez, ellos no me lo permitirán.

Marisol sonrió, aquella expresión de inteligencia y picardía me hacía sentir más segura.

—Hay una forma de conseguirlo, no será fácil, pero juntas lo vamos a lograr.

Capítulo 17

El editor

Madrid, marzo de 1920

Cuando le quité el polvo a mi vieja Olivetti, experimenté una sensación extraña. Por un lado, me sentía emocionada, como alguien que después de años sin montar a caballo vuelve a cabalgar, pero también me invadía cierto vértigo. Habían sucedido muchas cosas desde la última vez que había escrito, aún no sabía que la tragedia y el sufrimiento son dos de los elementos más importantes del arte. Probé las teclas con la esperanza de que no funcionaran, pero su frío contacto enseguida me transmitió su perfecto estado. Miré hacia la puerta, no sabía si el ruido de las teclas podría avisar a la familia de lo que estaba haciendo; decidí arriesgarme. Era muy tarde, debían estar todos dormidos, pero, como la joven Sherezade, me entregué a contar una historia cada noche, aun sabiendo que podría ser asesinada por mi vil captor.

Lo primero que hice fue releer *Mal de amores*, la había escrito hacía casi cuatro años y desde entonces habían sucedido demasiadas cosas. No había vuelto a leer mi primera novela, tenía pavor a descubrir que era un fraude. Tampoco servía para eso, pero me arriesgué, no tenía mucho que perder.

La lectura me enfrascó de tal modo que la primera noche no escribí nada, la pasé en vela releendo aquella trágica historia de amor, que era la mía, aunque adornada con los oropeles de la literatura.

Por el día intentaba comportarme con normalidad, para que nadie se diera cuenta de que pasaba las noches en vela. De alguna extraña manera comencé a sentirme de nuevo feliz, sobre todo por la libertad que me daba aquella máquina de escribir. Mis dedos volaban sobre las teclas, como si mis pensamientos corrieran veloces de nuevo. Mis personajes cobraban vida, lloraba o reía con ellos, viajaba hasta lo más profundo de su alma, que en el fondo era lo más profundo de la mía.

Durante dos semanas continué corrigiendo y añadiendo las páginas que le faltaban al libro; por las mañanas ocultaba lo mejor que podía mi trabajo y disimulaba mi fatiga.

—¿Estás bien? Te veo somnolienta —me comentó Charlotte, que era la única que seguía tratándome con cierta normalidad. Ella y su hermana se habían apagado como dos flores marchitas, encerradas en aquella finca sin alma.

—Estoy bien —le contesté.

—Emma Louise le ha hecho un nuevo trajecito a Carmen, esa niña es como una muñeca.

—Sí, es preciosa . . .

—Parece que has perdido el interés en ella.

Negué con la cabeza. Esa era otra de las mentiras de los Gordon, que siempre querían alejarme de lo que más quería en el mundo. Al fin y al cabo, si pasaba las noches en vela era por mi niña.

—Charlotte, una madre jamás puede olvidar a su niña, aunque me la arrancaran para siempre, no podrían quitarla de lo más profundo de mi ser.

—Entonces, ¿qué te sucede? Intenta acercarte de nuevo a mi hermano. No es un mal hombre y, por fin, parece que está madurando. Ya sabes que siempre ha estado a la sombra de mi padre, es como un fantasma descarnado que vaga por las salas de esta casona o se pasa el tiempo de taberna en taberna o de lupanar en lupanar.

Su comentario me pareció muy injusto, Dios sabía cómo había intentado amar a aquel hombre y entregarle lo mejor de mí, pero todo había sido inútil.

—Creo que es demasiado tarde, llevo veintidós años en Jerez, más del tiempo que viví en Inglaterra, me he desgastado por dentro intentando contentar a esta familia, os he dado hasta a mi hija, pero nunca nada es suficiente.

Charlotte me miró con sus tristes ojos grises, con aquella melancolía que siempre acompaña a las personas sin halito de vida, que viven como autómatas.

—Siempre te ha sucedido lo mismo, no eres consciente de que los seres humanos estamos condenados a cumplir nuestro destino y es absurdo intentar escapar de él. Tu siempre serás la esposa de Antonio, la madre de Carmen, la inglesa que nunca quiso vivir en España, la persona más infeliz del mundo.

Me di cuenta de que Charlotte no entendía mi tristeza. Ella era una persona sin luz, pero yo simplemente estaba intentando brillar de nuevo.

—Espero que algún día me entiendas, pero nosotras somos dueños de nuestro destino. Dios nos ha dado la libertad para elegir, pero preferimos someternos a otros para no tener que tomar decisiones. Es normal que a veces te sacrifiques por los demás, lo que no lo es tanto es que te anules y te conviertas en una pequeña mota de polvo insignificante en el éter.

—Lo que tú llamas éter, yo lo llamo familia. No importamos nosotros, solo importa el apellido. Cuando todos estemos muertos y apenas quede memoria de nosotros, aun así, siempre formaremos parte de una gran saga, de un clan que se ha mantenido a lo largo del tiempo.

—Dios nos creó como seres únicos, no como eslabones de una cadena.

Aquellas palabras parecieron enfurecerla, un ser tan leal y obediente no podía entender el significado de la libertad.

—Bueno, será mejor que te deje, tengo cosas que hacer, yo no me despierto a las tantas, como si mi vida consistiera en dejarla pasar sin más.

Aquella noche terminé el libro, guardé las cuartillas y preparé mi plan para marcharme a Madrid sin levantar sospechas.

Por la mañana, me acerqué a mi suegra. Mi suegro estaba muy enfermo y apenas se movía de la casa, y ella había tomado las riendas de las bodegas.

—Mary Anne, le quería pedir un favor.

La mujer me miró con su acostumbrada arrogancia.

—No puedo aumentar tu asignación, el final de la guerra nos ha perjudicado, ya no tenemos tantos pedidos.

—Lo entiendo, pero no era sobre dinero. Necesito viajar a Madrid con urgencia.

La mujer frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Al parecer, ha fallecido mi tía Margaret y un notario quiere que dé fe de vida, no es que haya dejado una gran fortuna, pero tengo que acudir a Madrid.

—¿Ni más ni menos que a Madrid? ¡Cielo santo! ¿No podrían enviar los papeles a Sevilla?

—No, al parecer la casa inglesa tiene un acuerdo con una de Madrid.

La mujer se lo pensó un poco, pero en asuntos de dinero siempre estaba dispuesta a ceder un poco.

—¿Cuánto tiempo tendrás que estar?

—No mucho, un par de días o tres a lo sumo.

—Pero la niña se queda.

—Sí, claro, solo sería un estorbo para un asunto legal. Viajaré con mi amiga Marisol, ella ya ha estado en muchas ocasiones en la ciudad.

La mujer miró a la puerta, como si quisiera indicarme que ya podía retirarme y dejar de importunarla.

Al día siguiente, a primera hora, Marisol me recogió en su coche. Le di un beso en la frente a la niña antes de subir al vehículo, nunca había pasado tanto tiempo lejos de ella. Apenas reaccionó, para ella era mucho menos que su institutriz o sus tías.

Nos fuimos con poco equipaje a la estación. El viaje en tren fue muy pesado y largo, no había hecho un trayecto tan largo en tren desde mi noche de bodas, pero Marisol y yo aprovechamos para hablar y soñar un poco, hacía mucho tiempo que no me atrevía a ser feliz y a pensar que podía tener una vida mejor.

Madrid estaba cambiada, la riqueza le sentaba bien, y el rey había hecho muchas mejoras en la capital. La calle Alcalá estaba pavimentada, con hermosas farolas eléctricas, y los tranvías parecían limpios y rápidos. Un taxi nos llevó desde la Estación de Atocha hasta el Hotel Palace, muy cerca del Ritz. Dejamos el equipaje y, como dos adolescentes, comenzamos a caminar por la ciudad. Nos sorprendió que algunas mujeres comenzaban a vestir de forma más ligera, aunque todavía los vestidos eran largos y la mayoría llevaba sombrero, en especial las oficinistas y las operadoras telefónicas, que miraban al resto de las mujeres con orgullo.

Llegamos a la calle Leganitos, no era la más noble de la zona, pero se encontraba cerca de la plaza de España y del Palacio Real.

—¿Es aquí seguro? —le pregunté algo nerviosa a mi amiga, llevaba el manuscrito en mi bolso, pero sentía como me temblaban las piernas.

—Sí, mujer. No creerás que los editores en España son ricos, son una suerte de piratas modernos, pero en lugar de capturar barcos y hacerse con el oro, roban a los autores.

Aquel comentario no me hizo nada de gracia; si quería independizarme de mi esposo, debía conseguir algo de dinero.

Subimos los dos tramos de escalera en semi penumbra, olía a humedad y polvo. Yo estaba tan nerviosa que lo único que buscaban mis sentidos era la chapa de latón con el nombre del editor: RAMIRO JAQUETE, EDITOR E IMPRESOR.

Llamamos a la puerta y salió a recibirnos una joven que vestía un traje rosa.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlas?

—Veníamos a ver al editor —dijo Marisol, que parecía más tranquila que yo.

—Pasen por favor y siéntense un momento.

La espera fue corta. Un hombre mayor, con barba blanca, pelo algo largo para la costumbre y ojos pequeños y picarones se acercó y nos saludó con su voz aflautada.

—¿Son ustedes las dos damas de Jerez?

—Las mismas —contestó con cierta huasa Marisol; sabía lo chulos y cursis que podían ser los madrileños, sobre todo los que no

eran de pura cepa.

—Estoy impaciente por leer su obra —dijo dirigiéndose a mí, como si hubiera adivinado que era yo la autora.

Nos acompañó hasta el despacho, un espacio amplio, como el salón de una casa, todo forrado de libros. Los volúmenes también se desparramaban por el suelo y un escritorio repleto de manuscritos.

—En este país, todo el mundo cree que puede escribir una novela. Tierra de Quijotes, que se le va a hacer.

Saqué el manuscrito del bolso y lo observé unos segundos antes de entregarlo a las huesas manos del editor. Él lo acarició y lo colocó sobre su regazo.

—Muy bien, me pondré en contacto con ustedes cuando lo haya leído.

Miré a mi amiga algo enfadada.

—Nos volvemos a Jerez en dos días, no es fácil contactar conmigo allí.

—¿No tiene teléfono?

No era un bien muy común todavía, pero los Gordon naturalmente sí lo tenían.

—Es más complicado que eso —le contesté.

—Son casi setecientas páginas, pero si en verdad es la autora de *Historia y olvido* merecerá la pena hacer el esfuerzo.

Salimos del edificio con una mezcla de sensaciones. Aquel no parecía el palacio de un rey, era un piso burgués venido a menos. ¿Con qué fuerza podría lanzar mi libro el señor Ramiro? Lo ignoraba, pero una vez más era mejor soñar que sentarse esperando que las cosas cambiaran por sí solas. La única forma de que mi vida diera un giro y lograra romper las cuerdas que me ataban a la familia Gordon era teniendo un nuevo éxito editorial, y estaba dispuesta a conseguirlo.

Lo que entonces ignoraba era que Antonio nos había seguido desde Cádiz y entró al edificio de forma disimulada cuando ya nos habíamos ido.

Capítulo 18

Amenazas

Madrid, marzo de 1920

Aquella noche cenamos en Lhardy, un restaurante francés en la Carrera de San Jerónimo, muy cerca del Congreso de los Diputados. Subimos la empinada cuesta mientras observaba los dos leones que dominaban la escalinata; me pareció muy pequeño comparado con el Parlamento Británico, pero tenía su encanto. Al llegar al restaurante, el portero uniformado nos abrió la puerta con un gesto ceremonioso. Nos habíamos vestido para la ocasión, aunque mi guardarropa estaba anticuado. Había dejado atrás las vanidades de la juventud, pero me quedaba muy bien el sombrero cloche de terciopelo azul y la capa corta que me cubría el vestido del mismo color. Marisol llevaba un traje negro, como si fuera una matrona española.

Nos invadió enseguida el aroma a consomé, algunos comensales levantaron la vista para observarnos, pero la mayoría permaneció indiferente. Esa era una de las cosas que me gustaban de las grandes ciudades, que podías pasar más desapercibida.

—Vine aquí con mi padre hace unos años. Este lugar me recuerda a París. Todo cambia con los tiempos, pero aquí dentro todo sigue igual. Aunque te parezca extraño, eso me llena de cierta tranquilidad, como si no me hubiera quedado sola en el mundo.

Mi amiga se puso algo melancólica, pero en cuanto nos sentaron a la mesa se animó de nuevo. La comida le fascinaba, era el único

de los placeres que le atraía de verdad.

La cena nos supo exquisita, sobre todo la merluza a la romana con salsa bearnesa. Marisol se deleitó en especial con el soufflé de vainillas y pastas francesas.

—Me siento libre por primera vez en mi vida —le dije mientras tomábamos un poco de moscatel.

—Me alegro, Jocelyn, muy pronto lo serás totalmente.

Mientras nos dirigíamos al hotel, que estaba a unos pocos metros, sentí una presencia extraña: vi a alguien en las sombras, pero imaginé que era parte de mi angustia. Después subimos a nuestras habitaciones. Esa noche tuve un sueño inquieto en el que Antonio intentaba estrangularme. Me levanté asustada y sudando.

La brillante mañana me tranquilizó, llevaba muchos días lloviendo, pero aquel día salió el sol.

Nos dirigimos en taxi hasta la editorial, y al llegar, cuando comenzamos a subir las escaleras, sentí mi corazón acelerarse.

—¡Qué tonta, me siento como una adolescente!

—A mí lo que me pesa son las escaleras —bromeó mi amiga.

Llamamos a la puerta y la secretaria nos dijo que no estaba el señor editor, pero escuché una tos y empujé la puerta, la mujer no opuso mucha resistencia. Cuando entramos en el despacho, aún estaban los papeles tirados por el suelo, los libros desparramados por todas partes y el editor con ojo morado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marisol con la voz temblorosa, yo prefería no saberlo.

—El marido de su amiga llegó cuando ustedes se marcharon, me amenazó con denunciarme por no haber contado con él. Para sacar su libro necesitamos su autoridad marital.

—¿Qué? —pregunté asombrada.

—No puedo publicar su manuscrito; además, su esposo se lo llevó después de destrozarme medio despacho y darme un puñetazo. Será mejor que se marchen, no quiero que regrese.

El hombre nos empujó hasta la puerta. Salimos al descansillo aturdidas, como si no termináramos de creer lo que nos contaba. ¿Cómo se había enterado Antonio de nuestros planes?

Nos dirigimos a la Gran Vía, intenté aguantar las lágrimas, pero no pude.

—Lo siento mucho, cariño. Ese hombre es un monstruo.

—Quiero regresar de inmediato a Jerez. Los Gordon van a intentar quitarme a mi niña.

Adelantamos el viaje de vuelta. Durante el trayecto no hubo risas ni animadas conversaciones, lo único que quería era llegar a casa cuanto antes. Ya no quería soñar, me conformaba con volver a ver el rostro regordete de Carmen y pasar el resto de mi vida a su lado.

Cuando llegamos a Jerez, Marisol me acercó con su automóvil, se paró frente a la puerta y me preguntó si prefería que me acompañara.

—No, tengo que enfrentar esto sola.

Caminé hasta la puerta cabizbaja, abrí y entré en el amplio recibidor ya a oscuras. Cuando caminaba hacia mi habitación escuché una voz a mi espalda.

—¿No te da vergüenza? Nos has vuelto a mentir a todos. Mi padre está agonizando, el doctor me ha comentado que no pasará de esta noche y tu pavoneándote por Madrid, con tus pretensiones de convertirte en una gran escritora. Siempre has sido petulante, soberbia y desagradecida. Nosotros te lo hemos dado todo . . .

Me giré y vi a Antonio sentado en la vieja silla de su padre, como si ya estuviera asumiendo su trono.

—Siento lo de tu padre, pero tengo derecho a soñar. Tú eres un ser vacío, una cáscara podrida, tu familia te robó el alma hace tiempo.

El hombre se puso en pie.

—No sacarás ese libro ni ningún otro. ¿Dónde está la maldita máquina de escribir?

—No te lo voy a decir.

El hombre me levantó la mano, pero volvió a controlarse.

—Esta es tu última oportunidad, si vuelves a jugarme otra igual, te sacaré de la casa y no volverás a ver a tu hija. ¿Lo has entendido?

Afirmé con la cabeza, no quería perder al ser que más amaba en este mundo.

Aquella noche, el patriarca de los Gordon falleció y la casa se envolvió en un luto tan profundo que, durante dos años, hasta la muerte de la madre, no se escuchó música, no se fue a ningún baile ni se usaron ropas que no fueran completamente negras. A mí eso ya ni me importaba, llevaba el luto en el corazón. La joven llena de esperanzas y sueños que había llegado hacía casi un cuarto de siglo a España había muerto por completo.

Capítulo 19

Una mujer libre

Jerez de la Frontera, 23 de julio de 1974

No podía respirar, me faltaba el aliento, dejé el manuscrito a un lado. Desde mi llegada a Jerez había comprendido que los secretos de la familia eran lo que me impedía crecer, convertirme en la persona que deseaba ser y mejorar la relación con mi madre. La vida de Jocelyn había sido extremadamente triste, me recordaba a las viejas novelas de *Anna Karenina*, *Madame Bovary* o *La regenta*, historias trágicas de mujeres derrotadas por su destino. Pensé en cuantas mujeres a lo largo de la historia se habían visto cercenadas por una vida que no deseaban. Sin duda, muy pocas personas logran ser libres y felices, pero muchas menos pueden simplemente mirarse al espejo sin sentir una profunda tristeza.

Sartre ladró a mi lado, le acaricié la barriga y cambié mi posición en la cama. No sabía cuánto había pasado. Eché una ojeada a la Olivetti e imaginé a mi abuela tecleando sin descanso cada letra, como si intentara formar un tapiz para explicar su vida.

El manuscrito terminaba bruscamente, como si al final, mi abuelo hubiera encontrado la máquina de escribir o ella hubiera aceptado dejarlo todo para no perder a su hija. Milagros llamó a la puerta y me miró desde el dintel, como si no quisiera profanar mis sentimientos.

—¿Te encuentras bien? Me pregunto si no sería mejor que todo esto quedase en el olvido. Lo que no conocemos no puede hacernos

daño.

—Prefiero el dolor al olvido.

Me miró con cierto orgullo; nos habíamos visto en muy pocas ocasiones antes de mi viaje, pero de alguna forma, la sangre que fluía por nuestras venas nos hacía sentir extrañamente unidas.

—La historia de tu abuela es muy triste, aunque la de tu madre no es mucho mejor.

Se sentó a mi lado en la cama, me acarició el pelo y me hizo sentir como una niña pequeña que se acurruca al lado de su madre después de haber sufrido algún desengaño.

—La vida es maravillosa, solo tenemos una oportunidad de ser felices, de enfrentarnos al destino, pero las mujeres de la familia siempre me han recordado a Pandora o Penélope, sumergidas en la tragedia de sus vidas.

—¿Qué le pasó a Jocelyn? ¿Logró que Carmen la amara?

—Pasaron muchas cosas, querida. Cuando tu abuelo descubrió el secreto de tu abuela, tu madre apenas tenía dos años. Tras el fallecimiento de tu bisabuelo, su mujer no tardó en seguirlo, y Antonio se puso al mando de la bodega. Nunca había hecho caso al negocio y se dedicó a viajar a Sevilla y Madrid, también a Barcelona y San Sebastián. La excusa era ampliar el negocio, pero la realidad era que se gastaba la herencia en fiestas, prostitutas y lujos.

—¿Qué pasó con sus hermanas?

—Cuando Antonio no estaba, eran sumisas ante tu abuela, que, al fin y al cabo, ahora era la señora de la casa. Jocelyn intentó llevar el negocio, pero le comían las deudas por todos lados. Una desgracia, hija.

Me alegró saber que mi abuela era tan valiente y que había sido capaz de manejar las bodegas y el patrimonio de los Gordon. En cierto sentido, casi me parecía una venganza poética.

—Tu abuelo murió joven, gracias a Dios. Una cirrosis, por sus excesos, se lo llevó por delante. Tu madre había crecido, era una muchachita cuando tu abuelo murió, creo que debía tener doce o trece años. Una gran sima había entre ella y tu abuela, como si todo el pasado las arrastrara en direcciones opuestas.

—Me entristece mucho —le comenté. El perro ladró y saltó de la cama para ir a beber agua.

—¿Has leído el diario de tu madre? No continúa donde lo dejó tu abuela, pero sí justo en el año que ganó su primer certamen literario en el liceo. Creo que fue en 1930, cuando ya había cumplido los catorce. Hizo un relato titulado «Libertad».

—Mi madre no sabía que la suya había escrito dos libros.

—No, apenas se comunicaban. Jocelyn estaba centrada en el negocio y tu madre estaba despertando al amor. Tras la muerte del abuelo, a Jocelyn se le ocurrió dar la mayor libertad posible a su hija, pero eso la convirtió en una tirana, una niña insoportable que trataba mal a todo el mundo. Una persona sin límites es alguien profundamente perdido, desbordado por la vida.

—Nunca habría pensado que mi madre hubiera sido alguna vez una niña malcriada.

Milagros sonrió. En aquel momento desconocía que nuestros padres también habían sido niños y adolescentes rebeldes, como si la historia se repitiera una y otra vez, en un eterno retorno en el que simplemente cambian los actores, pero los papeles a representar son exactamente los mismos.

—Será mejor que leas el diario, que escuches su voz interior y sepas cómo esa máquina de escribir logró poseer también su alma.

Miré de refilón a la vieja Olivetti, parecía todavía orgullosa, con sus teclas intactas, riéndose de los vanos mortales, que apenas duramos un segundo en el susurro de la historia.

Cuando Milagros me dejó a solas con mi pasado, Sartre saltó de nuevo a la cama y yo comencé a leer de nuevo. El diario estaba escrito a máquina, aunque en algún momento mi madre lo había encuadernado. No tenía tachaduras ni erratas, como si hubiera volcado directamente el alma sobre el papel. Me senté con las piernas cruzadas, comencé a leer y de nuevo intenté que no me alcanzase el olvido.

Capítulo 20

Muerte y vida

Jerez de la Frontera, junio de 1930

No soy, no existo, nunca lo haré. Mi madre no es capaz de verme; mi padre, el único que parecía mirar hacia donde me movía, ya no está. Mis tías también se marcharon y queda una casa vacía en profundo silencio. Las chicas de mi edad piensan en echarse novio, para casarse a los dieciocho. Mi madre no se relaciona con nadie, además de otros bodegueros o los comerciantes que a veces vienen de Inglaterra, Estados Unidos, los Países Bajos, Francia, Alemania, México y Argentina. Pienso en esos lugares y me pregunto si llegaré a visitarlos alguna vez. Mis antepasados son ingleses y yo jamás he estado en la isla. Los españoles me siguen considerando extranjera, hereje o pérfida Albión, que no sabía ni su significado real. Los ingleses nos miraban por encima del hombro y, de una u otra forma, nadie quería codearse con nosotros.

Mi madre acudía a la iglesia todos los domingos, pero solo hablaba con el reverendo Enrique Lindegaard, un hombre bueno, que se preocupaba por los demás. Mi madre siempre donaba dinero para su escuela y las buenas obras que llevaba a cabo. Después regresábamos a nuestra solitaria casa que parecía caerse de vieja y triste. Todos los días desayunábamos, comíamos y cenábamos juntas. Nunca me contaba nada de su vida, tampoco sobre su familia en Inglaterra, a excepción de que tenía unos primos en Irlanda del Norte. Apenas hablábamos, y cuando lo hacíamos, era

para preguntarme sobre mis notas o los detalles de la escuela, aquello era lo único que parecía preocuparle.

Cuando gané el certamen literario en el liceo —no le había contado que me había presentado— se enfadó mucho y me pidió que me centrara en estudios más serios.

Los criados me vigilaban y le contaban todo a mi madre, menos la buena de mi *nanny*, que llevaba con nosotros toda la vida. Elizabeth era la mujer más dulce y más buena del mundo. Hablaba un español muy torpe, pero siempre nos comunicábamos en inglés.

A los trece años, cursaba ya el bachillerato en un centro pequeño que regentaba Carmen Hombre Ponzoa, una mujer muy diferente al resto. Era protestante, sindicalista y luchaba por mejorar las condiciones de los jornaleros y por las mujeres. La mayoría de los ingleses no se fiaban de esta mujer, pensaban que era comunista y además pertenecía a la UGT.

Carmen me quería mucho, yo siempre pensé que era porque me llamaba como ella. La ingenuidad de la infancia tiene esas carencias. Una mañana vino a casa, algo que no era habitual, para hablar con mi madre, me saludó amablemente, y mientras se iban al salón pequeño, yo las seguí para espiarlas.

—Muchas gracias por venir —dijo mi madre, que siempre se mostraba especialmente amable con Carmen.

—A usted por invitarme —le contestó.

—Le agradezco que vea en mi hija un talento especial, pero he experimentado en mis propias carnes lo que supone tener demasiadas aspiraciones en este mundo de hombres y no quiero que le suceda lo mismo.

—El mundo está cambiando, las cosas no son como hace veinte o treinta años, en la mayoría de los países ya podemos votar, tenemos derechos que antes eran inimaginables. España va algo retrasada, pero le aseguro que Carmen logrará grandes cosas. Mírese usted, lleva una de las bodegas más importantes del país —comentó la profesora. No le faltaba razón, pero mi madre no era una persona fácil de persuadir.

—Esta bodega es de la familia y la única razón por la que la administro yo es porque no hay ningún hombre para hacerlo. El

mundo no ha cambiado tanto, se lo aseguro. Cada vez que tengo que tratar con los hombres en los negocios, la mayoría me mira por encima del hombro.

Carmen se echó para delante, como si quisiera contarle una confidencia a mi madre.

—Dios no planeó así las cosas, por eso al final cambiarán.

—No sabía que era una mujer de fe.

—Soy protestante, algo muy raro en España siendo española. En la Biblia descubro, una y otra vez, que Jesús vino a salvar a hombres y mujeres, que en la fe ya no hay diferencia. Ha dimitido Miguel Primo de Rivera, lo ha sustituido el general Dámaso Berenguer y se rumorea que muy pronto habrá elecciones. El país está cansado de la monarquía, vienen tiempos de cambios. Se escuchan las voces de mujeres como Clara Campoamor o Victoria Kent.

Mi madre se recostó en el sillón después de tomar el resto del té, parecía ceder ante las palabras de Carmen.

—Está bien, puede estudiar con ustedes, pero no le metan demasiados pájaros en la cabeza.

—Pero, si saca las notas que espero, tendrá que permitir que estudie en Madrid, en la Residencia de Señoritas que dirige María de Maeztu Whitney.

A mi madre se le salieron los ojos de las orbitas.

—¿Una cría de quince años en Madrid? Me parece una temeridad.

—La Institución Libre de Enseñanza es muy seria y su moral intachable, María la cuidará como si fuera su hija.

—¿María de Maeztu tiene hijos? —preguntó mi madre, para asegurarse de que Carmen había comprendido su posición.

—Veremos qué pasa el año que viene. Como dice la Biblia, que cada día traiga su propio afán.

Mi madre se puso en pie y las dos mujeres se dieron la mano, al salir del salón Carmen se percató de que estaba escondida y me guiñó el ojo. Desde aquella reunión, mi profesora dedicó más de un par de horas al día a ayudarme en las asignaturas que se me daban peor.

—¿Por qué no escribes un relato sobre algún tema que te interese?

Me quedé pensativa en el pupitre, el resto de mis compañeras se habían marchado a casa hacía una hora, el calor comenzaba a ser molesto, pero me encantaba que alguien aparte de mi *nanny* me prestase algo de atención.

—Me interesa mucho la muerte.

La mujer me observó sorprendida, después se sentó al filo de mi mesa.

—Muy bien, creo que puede ser un tema excelente. No se atreve a escribir sobre él mucha gente. Uno de los mejores autores que se arriesga con esos temas es don Miguel de Unamuno. Te pongo de tarea que leas *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo*, además de su colección de cuentos cortos *El espejo de la muerte*. Sus libros se han puesto de moda después de que regresó del exilio.

La miré extrañada.

—Eres demasiado joven para conocer a don Miguel de Unamuno, pero es de los pocos intelectuales honrados que hay en este país. El resto vive a la sopa boba, intentando contentar a los periódicos o al gobierno de turno. La mujer se levantó de la mesa, se dirigió a la estantería donde tenía alguno de los libros que usaba en clase y me entregó los tres que me había comentado.

—Pero lo que yo quería era escribir —le contesté. Me encantaba leer, pero tenía la sensación de que esas lecturas iban a ser sumamente pesadas.

—Bueno, no se puede crear de la nada, al menos nosotros los mortales. Lee todo esto y ya me dirás —dijo mientras daba una palmadita sobre los tres libros y una pequeña nube de polvo me hacía toser.

Pensé que si los volúmenes habían acumulado polvo por algo sería, que los buenos libros jamás permitían que el olvido terminara por dejar sus páginas cerradas.

Me llevé los tres libros en mi mochila. Tardé media hora en recorrer el trayecto de diez minutos, me gustaba fantasear y caminar por las calles imaginando historias.

Al llegar cerca de mi casa escuché una voz a mis espaldas, era Emilio, un viejo amigo de la infancia, al que apenas veía desde que me había hecho adolescente.

—Hola, Emilio. Es casi hora de la comida, ¿por qué no estás en casa?

Las calles de Jerez estaban casi completamente desiertas a aquellas horas, los olores de las casas se impregnaban por todos lados, lo que hacía que mis tripas sonaran con más fuerza.

—Mi padre me ha mandado por un recado, tengo que ir a la droguería.

—Te acompaño —le contesté.

—No te pilla de camino.

—Siempre te pilla de camino lo que te apetece hacer.

Emilio se ruborizó un poco. Siempre lo había visto como un amigo, pero desde que había dado el estirón lo miraba con otros ojos.

Caminamos despacio, mis dedos se rozaron un segundo con los suyos y sentí una corriente que me recorrió todo el brazo.

—¿Te vas a ir a Madrid? —me preguntó a bocajarro. Agaché la cabeza sin saber qué contestar.

—Sí, creo que sí. Aunque mi madre no está muy convencida.

—Yo iré a estudiar a Sevilla. ¿Por qué te mandan tan lejos?

Me encogí de hombros y nos detuvimos delante de la tienda. El sol se reflejaba en sus ojos claros y tristes.

—Bueno, a veces hay que alejarse un poco para tomar perspectiva. Mi familia es de origen inglés, pero yo no he salido nunca de Jerez. Bueno sí, para ir a Cádiz, y siendo muy bebé me marché con mi madre.

Emilio me tomó de una mano.

—La felicidad no se encuentra en un lugar, está dentro de nosotros. A mí me hace feliz verte de lejos, observar tu pelo rubio, sentir el perfume de tu piel.

Me ruboricé, nunca me habían dicho esas cosas.

—Lo siento, me tengo que ir. No quiero que mi madre se preocupe —le contesté.

Me di media vuelta, pero antes de doblar la esquina, me giré. Emilio seguía mirándome. Comencé a correr, y cuando llegué a casa, me lancé sobre mi cama y comencé a escribir un poema de amor.

Durante dos semanas estuve leyendo los libros que me había recomendado la profesora. Mi madre se acercó una de las tardes y miró el título.

—¿Estas son las cosas que lees?

Afirmé con la cabeza.

—Bueno, es para escribir un relato sobre la muerte . . .

—¿Por qué quieres hacer una cosa tan macabra? Las chicas de tu edad no deben pensar en la muerte.

Me encogí de hombros.

—Entonces, ¿en qué deben pensar? Siempre me has dicho que las mujeres somos igual que los hombres.

—No te he dicho eso, te he comentado que deberíamos tener los mismos derechos. Estás en la edad de soñar con la vida, de imaginar el amor y convertirte en una mujer.

La muerte me parecía más interesante, en poco tiempo la mayoría de los miembros de mi familia habían desaparecido. Primero mi padre, después mi abuela y casi seguidas mis dos tías.

—Bueno, a veces la vida te muestra cosas. Quiero saber que hay después de dejar esta tierra.

Los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas, yo no sabía que seguía sufriendo por la muerte de su primer bebé y de Damián. Apenas conocíamos nada la una de la otra. Éramos dos extrañas unidas por la sangre y el amor, pero separadas por el tiempo y el olvido.

Capítulo 21

Decisiones difíciles

Jerez de la Frontera, septiembre de 1931

Los tiempos corrían más raudos que nuestras mentes y nuestros corazones. El dulce aroma de libertad podía olerse por todas partes: el 14 de abril se había proclamado la República tras el desastre en las urnas de los monárquicos. El rey Alfonso XIII se había marchado al exilio y el país parecía precipitarse hacia cambios emocionantes.

Mi madre se veía entusiasmada, había dejado el riguroso luto de los últimos años y, por primera vez en mucho tiempo, la veía sonreír, a pesar de que la crisis de 1929 había bajado mucho las exportaciones.

Emilio se había marchado a Sevilla en septiembre del año anterior. Nos habíamos estado escribiendo, pero la distancia estaba enfriando poco a poco el amor que sentíamos.

Mi madre, que en el fondo no quería quedarse sola, intentaba resistirse a dejarme partir. Había sacado las mejores notas de toda la escuela. Mi relato sobre la muerte había ganado el primer premio y mi profesora me animaba a seguir escribiendo y a continuar mis estudios en Madrid.

Tras algunas discusiones y enfados, mi madre accedió a que fuera a Madrid. Al principio insistió en acompañarme, pero yo tenía casi quince años. Otra chica de la escuela también iba a entrar en la Escuela Internacional de Señoritas, y la profesora nos acompañaría a la residencia y no nos dejaría hasta vernos bien instaladas.

—¿Cómo te voy a dejar ir así, sin más? —me preguntó con la voz algo quebrada. Era una mujer dura, apenas la había visto llorar un par de veces, pero mi viaje la tenía totalmente desquiciada.

—Cuando lleve un par de meses ven a verme. No eras mucho mayor que yo cuando viniste a España.

—Ya tenía dieciocho años —me contestó. Me conocía la historia de memoria, pero a veces no reconocía en aquella mujer mayor la historia de la llegada de una jovencita inglesa llena de ilusiones y planes.

—Iré con mi profesora y Eloísa.

Mi madre me abrazó, lo que no era muy normal en ella. Llevaba tanto tiempo intentando no sufrir, que se había olvidado de amar.

Una semana más tarde, estaba todo preparado. Marisol nos llevó hasta la estación, mi madre prefirió despedirse en la puerta de la casa, no quería verme subir al tren. Mientras el coche se alejaba, noté una mezcla de angustia y vértigo; Jerez era todo lo que conocía y, en muchos sentidos, mi madre era todo mi mundo.

Carmen me tomó de la mano mientras nos acercábamos a la estación. Los maleteros llevaron el equipaje a nuestro compartimento de primera. El viaje era muy largo, más de doce horas, pero me parecía una verdadera aventura.

Cuando llegamos a nuestro vagón, Marisol se despidió de mí. Percibí aquel olor a carbón y aceite mientras el vapor llegaba por uno de los laterales y sonaban los chasquidos de los pistones y el pitido del tren próximo a partir de la estación.

—Pórtate bien, ya sabes que a tu madre le ha costado mucho ceder, pero creo que ha tomado la decisión correcta. No me creerás si te digo que Jocelyn de joven estaba llena de sueños, muy parecida a ti. Algún día te contaré su historia, porque no creo que ella se atreva jamás.

La observé sorprendida, mi madre me parecía la mujer más convencional del mundo.

—Muchas gracias por todo —le contesté antes de abrazarle.

—Disfruta de la experiencia. Madrid es lo más parecido a Europa que tenemos en España —me contestó.

Recorrí el pasillo sin apenas pensar en lo que dejaba en Jerez. Emilio se encontraba en Sevilla, pero habíamos dejado de escribirnos. No había logrado hacer amigas de verdad, mi madre era lo único que me unía a esa ciudad en la que siempre me había sentido extraña y la gente me miraba con malos ojos. Delante quedaba el futuro: Madrid. Aquella sensación de pavor se disipó en cuanto el tren se puso en marcha y dejamos atrás Jerez.

Las horas pasaron monótonas mientras el paisaje iba cambiando poco a poco: desde las serranías con vides hasta otras de tierras más rojizas plagadas de olivos. Cuando pasamos Sierra Morena y cruzamos la amplia llanura de Ciudad Real, sentí que dejaba Andalucía atrás, aquella tierra soñada, en la que me sentía tan sola, pero al mismo tiempo tan unida a ella.

Eloísa, con su belleza morena, parecía indiferente al espectáculo que veía desde la ventanilla. La mañana había dado paso a la tarde y cuando comenzaba a anochecer ya nos acercábamos a Madrid.

—¿Por qué quieres estudiar en Madrid? —le pregunté. En la escuela no habíamos tenido una relación muy estrecha.

—Realmente la que ha insistido es mi madre. Es de origen alemán y cree que en Andalucía no hay ningún colegio adecuado.

Eloísa era la mejor alumna en temas de ciencias y esperaba estudiar algún día biología. Me parecía muy interesante, aunque sabía que al final todas nos casaríamos y no nos serviría de nada todo el conocimiento acumulado.

Los arrabales de la ciudad aparecieron de repente: interminables casas bajas, algunas verdaderas chabolas que rodeaban el sur de la ciudad. Cuando llegamos a la Estación de Atocha nos encontrábamos agotadas.

Los maleteros llevaron nuestros equipajes hasta una esplanada repleta de taxis, especialmente Fiat y Renault. En cuanto salimos de la esplanada y ascendimos hasta la plaza, me emocionó ver la ciudad iluminada. Aquellas fachadas suntuosas, los árboles centenarios de las avenidas.

—Aquel es el Museo del Prado —comentó la profesora fascinada—. Nunca me cansaré de ver esta ciudad.

Eloísa apenas decía nada, parecía un témpano de hielo, incapaz de expresar cualquier tipo de emoción.

Algunos muchachos todavía anunciaban la edición de la tarde de *El Sol*, *El ABC* o *La Libertad*.

Nos sorprendió ver algunos conventos quemados, habíamos leído algo en las noticias, pero nada parecido había sucedido en Jerez. Tras unos veinte minutos llegamos a la calle de Fortuny. La fachada de la residencia apenas destacaba entre el resto de los edificios. El coche paró enfrente de un jardín delantero cuidado, que estaba medio en sombras a esas horas. El taxista nos ayudó con el equipaje. De la casa salió media docena de estudiantes que nos contagiaron enseguida su entusiasmo alegre, nos trataban como si nos conocieran de toda la vida.

—Bienvenidas, la directora está dentro —nos comentó la delegada—. Mi nombre es María Telo.

—Encantada —dije mientras le extendía la mano, pero ella me dio dos besos en las mejillas.

Eloísa recibió el saludo del resto y se puso tiesa como un palo.

—Profesora, que alegría verla de nuevo por aquí. ¿Se quedará mucho con nosotras? —le preguntó María Telo mientras otras tres chicas se acercaban a mí.

—Buenas tardes, me llamo Matilde Huiti y estas son las inseparables Amparo Vallejo y Aurora Villa.

—Encantada.

—Os llevamos a la habitación, después quiere veros doña María.

Me ponía muy nerviosa encontrarme con la directora, Carmen me había hablado muy bien de ella.

—¡Cómo pesan estas maletas! —se quejó Aurora, que parecía que le costaba cargar una de las más grandes. La ayudé y juntas subimos las escaleras hasta el primer piso. El edificio era austero comparado con la casa de mi familia, pero muy acogedor, la luz eléctrica le daba un aire de edificio moderno y el mobiliario era más funcional que bonito. A mi madre no le hubiera gustado, ella que amaba tanto la belleza.

En cuanto dejamos el equipaje, las chicas nos llevaron a la carrera hasta el despacho de doña María. Parecían muy llenas de

energía, nada que ver con la sensación de mojigatería y remilgados ademanes de las burguesas andaluzas.

Llamaron a la puerta, pero no esperaron respuesta. Antes de cruzar el umbral, observé el despacho lleno de estanterías, algunos objetos curiosos para dar clases y la mesa de madera con todos los papeles cuidadosamente ordenados. María de Maeztu nos recibió con una sonrisa, llevaba el pelo recogido en un moño y vestía como una dama inglesa.

—Bienvenidas, señoritas, espero que su estancia en la residencia sea agradable. Las normas son sencillas: no llegar más tarde de las once de la noche, respeto a las compañeras en las horas de estudio, vestuario adecuado, no se permite que estén en las habitaciones con hombres a solas, sí en los salones o en el jardín. Tienen que ser un ejemplo en la universidad entre sus compañeros varones, ya saben que algunos son muy críticos con la enseñanza a las mujeres. Aquí son libres, pero deben aprender a usar adecuadamente esa libertad.

Se acercó a Carmen y le dio dos besos, después nos dio un abrazo a nosotras.

—Dos andaluzas más alegrarán más la residencia. Ya sabe, señorita Carmen, que se la ha aceptado en la Facultad de Magisterio y en la Escuela de Periodismo de El Debate, no sé si será demasiado para una chica de quince años. Es una de las primeras mujeres en ser admitida.

Aquel comentario me molestó un poco, en aquel momento no sentía que nada pudiera detenerme.

—Usted, Eloísa, empezará en la Facultad de Ciencias Naturales.

—Muchas gracias —contestamos.

—Ahora, cenén algo, imagino que estarán agotadas del viaje. Mañana sus compañeras han preparado una visita por la ciudad. Es mejor que conozcan Madrid cuanto antes. Este va a ser su entorno a partir de ahora.

María Telo me tomó la mano y salimos del despacho seguidas por el resto de las chicas. Nos llevaron al comedor. Mariela, la cocinera nos había preparado algo de bacalao rebozado para cenar con algunas patatas cocidas y unas peras de postre.

—¡Qué emocionante! Yo llevo dos años aquí, pero no dejo de emocionarme cuando llegáis las nuevas. Cada vez somos más, ya no nos miran como bichos raros.

El comedor era bastante grande, por lo que calculé que al menos podía acoger a cien personas en un solo turno. A pesar de todo, reinaba el silencio. Muchas residentes todavía no habían llegado, quedaba algo más de una semana para comenzar las clases.

—¿Qué te gusta hacer? —me preguntó Matilde, que era casi tan entusiasta como María.

—Me gusta escribir. Sueño con convertirme en novelista, pero me conformo con ser profesora de colegio o periodista, para poder dedicarme a la literatura.

—¿Has escrito algo? —preguntó Amparo, que estaba sentada al lado de Eloísa, quien comía en silencio, como si la conversación no fuera con ella.

—Bueno, por ahora, solo relatos, algunos muy . . . trascendentales, pero después de leer *Drácula* y *Frankenstein* me he aficionado a los de terror.

—¡Fascinante! —exclamó Aurora, después se giró hacia Eloísa y le preguntó—: ¿Qué te gustaría hacer a ti?

Estaba masticando, por lo que tardó en contestar.

—Bueno, la verdad es que me encanta la biología, la química y la zoología.

—Serás la próxima Marie Curie española —comentó Aurora. Eloísa frunció la nariz y siguió comiendo.

Nos acompañaron hasta la habitación una hora más tarde. Al día siguiente saldríamos a eso de las nueve de la mañana para conocer la ciudad.

Compartía habitación con Eloísa y con otras dos estudiantes que todavía no habían llegado. Procuré no elegir la cama al lado de la ventana ni de la puerta, mi madre me había advertido de las corrientes y no quería ponerme mala. Jamás había estado lejos de mi madre.

Tras ir al baño y ponernos el camisón, nos metimos dentro de las frías sabanas y la manta fina de color rosado.

—¿Cómo estás? —pregunté a mi compañera, me extrañaba su comportamiento, pero sabía que éramos muy distintas.

—Bien, aunque preferiría estar en otro lado.

—¿En otro lado? —le pregunté sorprendida.

Escuché uno sollozos, miré la figura desdibujada de Eloísa y me acerqué hasta su cama.

—¿Te encuentras bien?

Ella negó con la cabeza.

—Mi madre me ha mandado aquí para que me olvide de mi primo Klaus, es primo segundo, pero se opone a nuestra relación.

Comenzó a llorar y la abracé, por primera vez se mostraba vulnerable.

—Pero ¿no quieres estudiar?

—Sí, claro que sí, pero no puedo olvidarlo. ¿Te has enamorado alguna vez?

Lo que había sentido por Emilio no era en realidad amor, pero si había estado ilusionada con él.

—No, creo que no.

—Seguro que no, porque el amor es algo que no se olvida. Te deja una huella profunda, como si se te hubiera desgarrado parte del alma. Tengo hasta un dolor físico en el pecho.

—¡Cuánto lo siento! Espero que la estancia en la residencia te ayude a olvidar.

—No quiero olvidar, Carmen, lo único que me queda de él son los recuerdos.

Yo apenas tenía recuerdos: mi padre se había ido difuminando de mi mente, después mi abuela y mis tías, como si mi infancia no hubiera existido, lo único que tenía era futuro y por eso me sentía tan feliz en Madrid. Jerez era solo una neblina de la que apenas podía recordar algo agradable.

Capítulo 22

La ciudad de los cielos azules

Madrid, noviembre de 1931

Aquella primera visita a Madrid fue inolvidable, nunca me había sentido tan libre, y creo que jamás he vuelto a sentirme de la misma manera. Además de la juventud, que imprime a la vida esa fuerza tan increíble e inexplicable, la capital de la República me pareció una ciudad amable, donde no se había perdido del todo el ambiente de los pueblos. De hecho, los barrios populares lo seguían siendo, ahí las clases sociales se confundían en un amasijo de rostros, vestidos y colores que si te quedabas mirando fijamente llegaban a aturdirte. Las terrazas estaban repletas a pesar del fresco del otoño y se escuchaba música en algunos de los locales cercanos a la Puerta del Sol. Tomamos churros en San Ginés y después paseamos por la plaza Mayor. Me imaginé todo lo que habrían visto aquellas piedras mudas.

Eloísa mejoró después de unas semanas, parecía más alegre y habladora. Nuestras compañeras eran tan encantadoras, tan amables que por primera vez en la vida logré tener un grupo de amigas; ya no era el patito feo ni la marginada del grupo.

Al día siguiente de la llegada, mientras abría la segunda maleta, me encontré una gran sorpresa. Dentro había una funda, la saqué de la maleta y, al abrirla, para mi sorpresa encontré una máquina de escribir Olivetti. Al lado una nota escrita por Marisol.

Tu madre también tuvo sueños como tú. Esta es su máquina de escribir, espero que la aproveches bien en Madrid.

*Un fuerte abrazo,
Marisol*

PD: No olvides que siempre tendrás tu casa en Jerez de la Frontera.

Me emocionó pensar que esas mismas teclas algo desgastadas eran las que había utilizado mi madre, aunque no me imaginaba que fuera para algo más allá de escribir contratos, cartas o informes financieros.

A los pocos días de comenzar las clases, me metí de lleno en el frenesí de la ciudad. Las cinco amigas nos dirigíamos todos los días a la Universidad Central en tranvía, en unos quince minutos estábamos enfrente del grisáceo y anodino portalón de las facultades. Por la tarde, tras comer algo ligero en la universidad, me iba a la Escuela de periodismo. Era la única mujer de mi curso, en la carrera de magisterio éramos casi una veintena.

El ambiente por la mañana era muy distinto al de la tarde, los alumnos y las alumnas actuábamos con normalidad, aunque tendíamos a no mezclarnos demasiado, pero en la Escuela de periodismo únicamente había dos mujeres en el siguiente curso.

El primer día me sentí intimidada, mi universo masculino había sido muy limitado, en Jerez no estaba bien visto que una mujer hablara con hombres sin la presencia de su padre, hermano o marido. Me di cuenta de que era más difícil sacar de mi mente los prejuicios de mi ciudad de lo que había imaginado.

Tras una semana sentada en las clases sin hablar con nadie se me acercaron dos chicos.

—Buenas, señorita Gordon, creo que deberíamos presentarnos. Somos Luis Velarde y Pedro Torres.

Me puse roja, pero intenté disimular. Me dieron la mano y se me sentaron al lado antes de que comenzara la clase.

—Joaquín Tullido es un poco rancio, no le gusta que las mujeres estén aquí, pero Martín González Roca es muy cercano. Los

profesores en la escuela son los que luego nos mandan a hacer las prácticas en los periódicos, aunque algunos prefieren la radio.

—Yo prefiero escribir, no me importa lo que sea.

Los dos chicos sonrieron; eran guapos, con sus bigotitos a la moda y el pelo engominado.

—¿Es usted andaluza? —preguntó Luis, pero no le respondí, mi acento era evidente.

Comenzó la clase y los dos chicos se fueron a sus asientos; al terminar insistieron en acompañarme al tranvía. Los dos eran vecinos del barrio Salamanca, donde se concentraba la mayor parte de la burguesía madrileña.

Las semanas pasaron rápidamente, ya tenía quince años y tenía la sensación de que era muy mayor, pero María Telo, que era dos años mayor, me introdujo en la Residencia de Estudiantes y la Escuela Libre de Enseñanza. Íbamos a muchas de las charlas y conferencias. Aquella juventud alocada me parecía increíble, tenía la sensación de que podían ver cosas que otros no podían ver, como si ellos fueran capaces de anticipar el futuro.

El último año en la residencia fue aún más emocionante. Mi madre dejó de escribirme sus cartas larguísimas diciendo cuánto me echaba de menos. Mientras había estado en Jerez apenas me prestaba atención, pero ahora no podía vivir sin mí y notaba el peso de la soledad en la gran casa.

El Madrid que tanto amaba y conocía comenzaba a ensombrecerse, cada vez era más común ver algún enfrentamiento entre obreros y fascistas, que en la capital no eran demasiados, pero hacían mucho ruido.

Aquel día acudimos a una charla en nuestra residencia, titulada: «¿Una nueva Edad Media? El peligro del fascismo en Europa». La sala estaba llena a rebosar, y en la mesa sobre la tarima ya estaban sentados José Bergamín, en el centro, y María Zambrano y Francisco Ayala a los lados.

Nos colocamos en la segunda fila, donde nuestras amigas nos habían reservado un sitio. A los pocos minutos, José Bergamín dio inicio a la charla.

—Decimos que vivimos tiempos modernos, pero hay algo profundamente medieval en esta pulsión autoritaria que recorre Europa. El fascismo en Italia, en Alemania, en otros lugares es una regresión. Una vuelta a los símbolos, a la obediencia ciega, al culto al jefe, al desprecio por la razón y la palabra.

Todos lo mirábamos en silencio. Él continuó:

—Nos quieren convencer de que el orden justifica la violencia. Que el progreso requiere el sacrificio del pensamiento libre. Que el enemigo no es la injusticia, sino el otro: el comunista, el judío, el extranjero o el diferente.

En ese momento, tomó la palabra Francisco Ayala.

—Lo verdaderamente inquietante no es que el fascismo exista. Es que seduce. Seduce a intelectuales, a universitarios, a jóvenes. Les ofrece una épica que les falta. Pero es una épica hueca, sin alma. Una estética muerta.

Enseguida María Zambrano miró al público y añadió:

—El fascismo no es solo político. Es espiritual. Ataca la raíz de nuestra conciencia. Donde hay pensamiento, pone consigna. Donde hay duda, pone obediencia. Donde hay poesía, pone prosa. Nos toca resistir con palabras, con razones frente al sentimiento trágico de la vida, para combatir la fuerza de esos bárbaros.

»Mientras la conferencia continúa, miro a mi alrededor, puede que en el salón esté parte de la élite intelectual del país, pero ¿qué es esto frente a la masa, frente al pueblo que parece caer seducido a los pies de esas ideas extremas?

Aquella noche no dormí bien, tenía la sensación de que la música se estaba apagando y muy pronto el llanto sustituiría a la alegría. No quería que mi juventud se esfumara tan pronto, pero, a veces, a algunas generaciones nos toca madurar antes de tiempo.

Capítulo 23

Terror

Madrid, diciembre de 1933

El mundo parecía volverse loco por momentos. Los nazis llevaban casi un año en el poder en Alemania, la Italia fascista avanzaba con su régimen autoritario y daba la sensación de que las democracias parlamentarias caían una tras otra sin apenas resistencia. Las palabras profetizadas en las conferencias de hacía dos años parecían cumplirse una tras otra.

Un mes antes habían votado por primera vez en la historia las mujeres, algunos achacaban a eso la victoria de CEDA, un partido ultraconservador de derecha que coqueteaba con el fascismo italiano. El presidente había propuesto gobierno a Alejandro Lerroux, presidente del Partido Radical de centro, aunque todos sabían que era profundamente corrupto.

Las promesas de reforma se habían aplazado y, a pesar de que aquella legislatura de dos años había sido frenética, nadie parecía contento con la República. En Madrid el ambiente comenzaba a enrarecerse cada vez más: huelgas, sabotajes y choques con las fuerzas del orden. Los sindicatos estaban más radicalizados que nunca, los falangistas se enfrentaban a los comunistas y cada vez nos costaba más salir solas a la calle.

La Residencia de Señoritas y la Escuela Libre de Enseñanza eran dos islas de paz y armonía en aquella España que comenzaba a

desquebrajarse. Solo teníamos que atravesar las verjas para comprobar que las cosas en el mundo real eran muy distintas.

Mi madre no hacía más que escribirme para que regresara a Jerez, allí las cosas estaban más tranquilas, el negocio había vuelto a remontar y ella se sentía más sola que nunca. Incluso me propuso un viaje a Inglaterra para alejarnos un poco del ambiente reinante en el país. La oferta fue tentadora, pero por primera vez me estaban encargando algunos artículos en los periódicos, había hecho un grupo de amigos estable con las chicas y mis compañeros Luis y Pedro, la vida me sonreía y lo último que deseaba era interrumpirla para regresar a Jerez o viajar a un país que consideraba totalmente ajeno.

Las cosas comenzaban a complicarse en el norte con varias insurrecciones anarquistas. Algunos hablaban de la llegada de la revolución. El mensaje sonaba bien: igualdad y fraternidad entre los pueblos, pero un amigo ruso nos había hablado de lo sucedido a su familia tras la Revolución rusa y, si soy sincera, me aterrorizaba. Aquellas nuevas religiones políticas parecían defender a los más desfavorecidos, pero predicaban la violencia y la fuerza frente al amor, que era lo único que me atraía realmente.

Eloísa había regresado a Jerez; habíamos perdido el contacto. Se había decidido a ingresar en un convento al no poderse casar con su amor.

María Telo había terminado la carrera, pero seguía viviendo en la residencia. Mi amistad con María de Maeztu, la directora, se había convertido en algo profundo, como si fuera una segunda madre para mí.

En vísperas de aquella Navidad, se rumoreaba un posible golpe de estado, mientras varios atentados habían aumentado aún más la tensión en la ciudad.

—Querida, no sé qué decirte. Tu madre te echa mucho de menos, puede que esté bien que pases las fiestas en Jerez.

—Doña María, no quiero regresar. Jerez me parece como una cárcel con los barrotes de oro, además tengo mis primeros encargos como periodista. *El Sol* me ha pedido un artículo sobre la rebelión de Asturias y el *Ahora*, uno sobre el futuro gobierno de Lerroux.

María me miró con aquellos ojos comprensivos de madre; para ella, todas éramos como sus hijas.

—Puedes quedarte y celebrar la Navidad con nosotros, iremos al oficio de la calle Calatrava, somos muy amigos del pastor José María Martínez.

No había asistido a una iglesia desde mi estancia en Madrid, no tenía nada en contra de la fe; de hecho, por las noches solía orar antes de dormir y mi madre me había obligado a leer la Biblia, pero mi vida espiritual no parecía importarme demasiado en aquella época.

Al día siguiente, después de investigar para mis artículos, quedé con Luis Velarde, Pedro Torres y María Telo en la cervecería del Palacio de Comunicaciones. Nos encantaba la tertulia que se reunía en sus salones todas las semanas. La mayoría de los integrantes eran periodistas de tinte liberal y del centro moderado. Llegamos justo cuando estaba comenzando. Una veintena de personas escuchaba a los tertulianos más conocidos, que parecían muy preocupados por el devenir de la República.

Manuel Chaves Nogales parecía llevar la voz cantante en ese momento, como subdirector del periódico *Ahora* era una de las plumas más brillantes del país, y yo le tenía especial admiración.

—España está en la línea de las democracias liberales, está entrando en la tormenta perfecta. Por un lado, los bolcheviques que quieren vendernos su paraíso en la tierra, mientras cientos de miles de almas mueren de hambre en Ucrania o decenas de miles son represaliados por sus ideas o por el simple hecho de ser médicos, abogados o maestros. Al otro lado, los fascistas han terminado de asfixiar al reino de Italia con el consentimiento de su rey. El fascismo es como una hierba venenosa que termina estrangulando al árbol de la democracia y lo seca, pero lo peor se encuentra en Alemania con ese fantoche austriaco. Han quemado bibliotecas, perseguido el boicot a los negocios judíos, están creando campos de concentración como los soviéticos, se han prohibido todos los partidos. ¿Es eso lo que quieren para España? —preguntó al resto de la mesa.

—Todo lo que dice es correcto, pero no se puede prohibir a un partido votado legítimamente que no forme gobierno, eso es un

golpe de estado encubierto. Niceto Alcalá Zamora se ha extralimitado en sus competencias. Una democracia no es plena si no acepta la voluntad de la mayoría —añadió Luis Bello, periodista de *El Sol*, un republicano moderado, que no estaba de acuerdo con las últimas decisiones del presidente.

—Al partido nazi se lo admitió en el sistema, los partidos de centro y derecha lo apoyaron y ya vemos las consecuencias —dijo Fernando de los Ríos, que, aunque era un político del PSOE, solía asistir también.

La gente que observaba la tertulia también podía participar. Se escuchaba de fondo el murmullo de los madrileños que parecían indiferentes a los vaivenes políticos, como si la adormidera de los toros, el fútbol y las terrazas fueran suficientes para hacerlos felices y no fueran capaces de juzgar los tiempos que nos había tocado vivir.

—Creo que todos los demócratas deberíamos estar unidos. Los fascistas y comunistas aprovechan nuestras divisiones sectarias, por pequeñas que sean las diferencias políticas —dije en un segundo en que las voces se habían acallado, y todos se giraron para mirarme, apenas había cumplido los diecisiete años, pero para todos ellos no era mucho más que una niña jugando a ser mujer y periodista.

Manuel Chaves me miró con cierta complacencia, pero Julio Álvarez del Vayo, que hasta ese momento no había hablado, se giró y me dijo a la cara:

—Gracias a las mujeres ha ganado la extrema derecha. Ustedes siguen escuchando a sus confesores. Las mujeres han hecho que Mussolini y Hitler llegue al poder. Su sexo débil no puede evitar verse seducido por semejantes personajes.

Me ruboricé, pero mi amigo Luis salió al quite.

—¿Usted se considera progresista? Las mujeres y sus votos son tan válidos como los de los hombres. Muchos de los sindicalistas que se están levantando en armas en el norte son verdaderos ignorantes fanáticos, manipulados por gente como usted, que tiran la piedra y esconden la mano.

—¡Por favor, evitemos descalificaciones personales! Ya está la sociedad suficientemente crispada, estas tertulias son para fomentar

el dialogo y el consenso —dijo Manuel Chaves, y Luis pidió disculpas.

—El peligro es que nos están usando como armas políticas. Los periodistas deberíamos ser medios, no buscar fines. Mostrar las noticias y que la opinión pública tome sus propias conclusiones —dijo Pedro, que era el más idealista de nuestros amigos.

Manuel afirmó con la cabeza, también estaba de acuerdo con aquella afirmación, pero con algunos matices.

—La prensa también debe educar en valores democráticos, sobre todo a una sociedad con tan poca tradición en la libertad. Espero que los españoles no nos dejemos embaucar por el espíritu de este siglo. El odio solo nos ha llevado a una Gran Guerra en Europa, una revolución muy cruenta y al acenso de los fascismos.

Se dio por terminada la tertulia; tomamos vino y algunas tapas antes de regresar a casa. Caminamos hasta la residencia. La noche era fría, pero se podían ver las estrellas. Luis parecía estar muy interesado en mí; María Telo, en Pedro, y este, aunque esté mal decirlo, coqueteaba conmigo. María era muy guapa e inteligente, pero mis dos amigos estaban tan enamorados de su profesión, que para ellos yo era la representación femenina del periodismo.

Nos despedimos en la puerta de la residencia y María me acompañó hasta mi habitación.

—¿Cuándo te vas a decidir por uno de los dos?

Negué con la cabeza.

—Eso sería romper la amistad de estos dos años. Luis y Pedro son muy amigos, los quiero a los dos, me parecen hombres extraordinarios, pero no estoy enamorada. Últimamente he pensado mucho en Emilio, no sé qué será de él, espero que se encuentre cómodo en Sevilla.

María frunció el ceño.

—Dos de los hombres más atractivos de Madrid están cortejándote y tú piensas en un amor adolescente. Las mujeres somos demasiado complejas.

Miré a mi amiga con una sonrisa. Me encontraba en la edad en que el galanteo es una de las máximas expresiones de la juventud y todo está aún por decidirse.

—Lo bueno de cuando uno es joven es que lo único que poseemos realmente es tiempo.

—No te creas, pasa demasiado rápido —dijo mi amiga.

—Pues entonces, no debes perderlo. Intenta algo con Pedro.

Arqueó las cejas y después de despedirme con un beso en la mejilla me contestó:

—Todavía hay cosas en el mundo que es mejor que las haga un hombre. ¿No crees? Si realmente le gusto, que me pida una cita.

Dejó las palabras revoloteando en el aire, después cerré la puerta, me cambié y comencé a soñar. Era una forma de anticipar mi vida, pero lo que desconocía en aquel momento era la poca influencia que tenía realmente en mi destino.

Unos días más tarde fuimos al culto navideño de la iglesia en la calle Calatrava. Los niños cantaron unos villancicos preciosos, después el pastor Martínez dio su homilía mientras las más de doscientas personas de la congregación lo escuchábamos con atención.

—Jesús vino a este mundo a salvar lo que se había perdido. El hombre siempre ha querido ser como Dios, pero fue Dios el que se hizo hombre y en su condición de hombre, tomó forma de siervo, naciendo en un pesebre y muriendo en una cruz. Ahora que celebramos que ha venido un salvador al mundo, que ha venido para que veamos su buena voluntad para con nosotros, les pido, queridos hermanos, que seamos agentes de reconciliación. Ahora que el mundo parece enloquecer es la mejor oportunidad para anunciar el Reino de Dios, el amor de Cristo y la esperanza de un mundo futuro en el que no habrá más dolor, enfermedad y sufrimiento.

Tras la predicación se celebró una comida con todos los miembros. Me fascinó cómo los hermanos colaboraban en preparar todo con una sonrisa. En la residencia había un gran espíritu de camaradería, pero tenía la sensación de que en aquella iglesia el amor fraternal se podía palpar.

—Bienvenida, ¿le ha gustado el sermón? —me preguntó el pastor después de saludar a doña María y Ramiro de Maeztu.

—Hacía mucho que no escuchaba ninguno, pero me ha gustado. Espero que tenga razón y se consiga la paz en este mundo con tanta crispación.

Ramiro sonrió, no era un hombre que regalara muchas sonrisas. Su bigote espeso se movió un poco. En los últimos años se había hecho más conservador, pero era uno de los intelectuales más equilibrados del país.

—Ya sabe el pastor, que creo que el espíritu protestante ha fomentado el individualismo y el laicismo, que nos ha traído hasta aquí.

—Querido amigo, difiero: ha sido la Revolución francesa y el pensamiento ilustrado —comentó el pastor.

—En realidad fue Kant, Hegel y todos esos filósofos alemanes metidos a teólogos.

El pastor sonrió.

—Somos presbiterianos y nos oponemos en parte a ese pensamiento, pero la cristiandad es la suma de todos los cristianos, no un movimiento civilizador.

María me rescató de la conversación y me llevó hasta el árbol de Navidad.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo. Después me entregó un paquetito.

—¿Qué es esto? No debía haber . . .

—Nosotros entregamos los regalos en Navidad. Imagino que tu familia también y no quería que te quedaras esta sin ninguno.

Abrí el paquete y miré el libro fino.

—*Cómo se hace una novela* de Miguel de Unamuno. ¡Muchas gracias!

—Ya no tienes excusa para comenzar —me dijo mientras yo acariciaba el lomo de piel del libro. Llevaba semanas dándole vueltas a una idea, pero no me atrevía a escribir sobre ella: la historia de una joven estudiante universitaria que descubre su libertad, pero se da cuenta de que es inútil ser libre sin tener a nadie con quién compartirlo.

Aquella noche, después de regresar a casa, me puse frente a la máquina de escribir y comencé a teclear. La Olivetti me había

acompañado durante dos años, ahora se iba a convertir en la escalera que me ayudara a ascender al mágico mundo donde se encuentran todas las historias, para que tomara una de ellas y me convirtiera, por fin, en escritora. Mientras mis dedos golpeaban las teclas, afuera el mundo parecía desmoronarse. El Madrid que tanto amaba estaba a punto de cambiar para siempre.

Capítulo 24

Rumores de guerra

Madrid, 18 de julio de 1936

Los periodistas amamos las noticias, no es que deseemos que el mundo marche mal, pero sin duda nos emociona correr hacia el peligro para contar lo que está sucediendo.

Aquella mañana había llegado muy temprano a la redacción de *El Sol*. Nos habían llamado al descubrirse el golpe de estado que había sucedido en Melilla el día anterior. Aunque la mayoría pensaba que los militares no conseguirían que se revelaran los ejércitos de la península, no era la primera vez que una insurrección militar fracasaba. El director quería que estuviéramos en contacto con todas las corresponsalías del país.

Yo estaba en el teléfono hablando con Sevilla. Los militares estaban intentando controlar la ciudad, pero aún no lo habían conseguido. Los asesinatos del diputado José Calvo Sotelo y el teniente de la policía José Castillo habían hecho saltar todas las alarmas.

El sonido de las máquinas de escribir, el timbrado de los teléfonos de la redacción, el grito de los compañeros y el humo de los cigarrillos eran, para todos, los estímulos necesarios para sumergirnos en la vorágine de la actualidad, como si hubiera sido una droga que nos envolvía a todos.

—Han dado armas a los milicianos esta noche —escuché a mi espalda, era Luis que hablaba con el director.

—¿A quién se le ha ocurrido? —preguntó enfadado Félix Lorenzo.

—Según mis fuentes, nadie ha dado las armas a los sindicatos y los partidos, jefe —dije yo, que tenía información directa del Ministerio de Gobernación.

—Menos mal, lo último que necesitan los sublevados es más excusas para poner el país en armas.

—El gobierno de Casares Quiroga está paralizado. Dicen que el primer ministro va a dimitir —comentó Pedro, que estaba al otro lado.

—Si dimite, Azaña pondrá de primer ministro a alguien más de izquierdas y las cosas se pondrán feas de verdad —dijo Luis, enfadado con la deriva de la República. Algunos hablaban hasta de pucherazo, dado el pequeño margen con el que había ganado el Frente Popular, una coalición de partidos de izquierdas.

—Han dicho que hay gente rodeando el *ABC* para que el gobierno lo cierre —dijo Pedro, y en ese momento me puse la chaqueta y me dirigí al director.

—Necesitamos a alguien en la calle, deje que sea yo.

—Puede ser peligroso, no es el lugar para una . . .

—Una mujer —le terminé la frase.

—No, una novata.

—Llevo más de dos años de prácticas.

—¡Luis, vete con ella!

—Es tan novato como yo —me quejé.

—Hasta Jesucristo mandó de dos en dos a sus discípulos —contestó, y ya no hubo nada más que replicar.

Salimos hacia la Puerta de Sol, no estaba mucho de nuestras oficinas de la calle de Alcalá. La gente se había echado a las calles como cuando se proclamó la República, y, aunque muchos parecían tomarlo como un día festivo, la tensión crecía por momentos. Grupos de obreros pedían a la gente encorbatada su documentación. Se habían producido algunas palizas y la policía parecía desbordada.

Escuchamos algunos tiros lejanos. Muchas tiendas habían cerrado y las colas se acumulaban enfrente de las panaderías y las farmacias.

—La cosa no pinta bien —me comentó Luis guardándose la corbata en el bolsillo. Se había quitado la chaqueta, aunque llevamos el distintivo de prensa.

Uno de los milicianos nos paró y yo levanté el puño instintivamente.

—Camarada, ¿se sabe algo del golpe de estado? —me atreví a preguntar.

Los milicianos y los militantes tenían sedes por todo el país y estaban coordinados, en muchos sentidos, mejor que el propio gobierno.

El hombre me miró de arriba abajo, como si quisiera analizarme bien, y después, con aquellos ojos de gato que me hicieron estremecer me dijo:

—¿De qué periódico eres, camarada?

No lo dudé y contesté sin pensar.

—*El Socialista*.

Me arriesgaba a que los milicianos fueran anarquistas, pero en Madrid la mayoría solían ser socialistas.

—Bueno, camarada, las cosas están un poco confusas. En Madrid todo está controlado por ahora, pero se han escuchado disparos en Salamanca y Arguelles. Otros hablan de que en el Cuartel de la Montaña hay amotinados. Se han montado algunas barricadas en Cuatro Caminos, Vallecas, Usera y la Glorieta de Bilbao. Por otros lados, la cosa está más desigual. Tetuán, Ceuta y Melilla parece que las han tomado los militares. También ha caído Las Palmas de Gran Canarias, que es donde estaba el general Franco. Queipo de Llano parece fiel a la República en Sevilla, pero Pamplona y Zaragoza han caído. En la mayoría de las ciudades hay lucha, pero necesitamos que el gobierno nos dé las armas.

—Entiendo —le contesté—. ¡Gracias, camarada!

Seguimos camino a Sol, pero dimos un rodeo por la Gran Vía, muchos de los comercios habían cerrado. Chicote estaba abierto y había colgado un cartel de apoyo a la República, pero la mayoría había preferido cerrar, teatros y cines incluidos.

Grupos de obreros recorrían las calles en corrillos, como si estuvieran esperando esa oportunidad para hacer la revolución. En

Callao nos detuvimos un instante, la gente se agolpaba en las calles, muchos se asomaban desde ventanas y balcones. Llegamos a la Puerta de Sol, la plaza estaba llena, allí la gente le gritaba al Ministerio de Gobernación y a la Dirección General de Seguridad para que dieran armas al pueblo.

Vimos a otros compañeros, pero nadie del gobierno salió para decir nada. Nos pasamos la mañana en la plaza, tomamos un bocadillo rápido y un café con leche, después nos dijeron que el gobierno de Santiago Casares Quiroga iba a dimitir.

Uno de los funcionarios salió para tomar un café y nos acercamos hasta él.

—¿Qué está pasando?

El hombre tenía unas ojeras profundas y nos miraba nervioso, los milicianos estaban cazando fascistas, y para ellos, cualquiera bien vestido lo era.

—El presidente Azaña quiere que el primer ministro reparta armas al pueblo, pero este dice que, si dan ese paso, se puede provocar un mayor derramamiento de sangre.

Luis tomaba nota como un loco, yo prefería memorizarlo todo, no quería que se me escapara un detalle.

—¿Quién lo va a sustituir?

El hombre apuró el pitillo antes de tirarlo. Se encogió de hombros, pero terminó diciendo:

—Hablan de José Giral Pereira.

Aquello nos tranquilizó en parte. Giral era un hombre de izquierda pero liberal, crítico con los dos extremos, parecía una mente fría en un momento de turbulencias y alguien que podían aceptar hasta a los militares. Al final, entre mucha confusión, logramos entrar en el ministerio con el funcionario y ver a los miembros del nuevo gobierno. Antes de que alguien cerrara la puerta, escuchamos al nuevo primer ministro decir:

—La República no puede abandonarse al destino. Si no hay ejército que la defienda, que la defienda el pueblo.

Tomé nota de la frase y nos fuimos a la redacción. Estaba convencida de que el golpe se iba a convertir en un enfrentamiento armado o algo peor. La noche fue muy tensa. La policía y algunos

militares afines repartieron armas a los sindicatos y los partidos en el Parque de Artillería del Retiro, en los Cuarteles de Carabanchel y en los depósitos de armas de Vallecas, Usera y Cuatro Caminos.

No tardamos mucho en ver desde las ventanas de la redacción a sindicalistas con fusiles Mauser, pistolas y algunas ametralladoras ligeras. Los camiones con banderas rojas y negras pasaban tocando el claxon y, por lo que sabíamos, se rodeó el Cuartel de la Montaña, cerca de la plaza de España, donde se habían encerrado muchos militares rebeldes.

El director nos dijo que la mitad se fuera a casa con sus familias, pero la mía estaba muy lejos.

—Te acompañaremos a la residencia —dijo Luis mientras se ponía la chaqueta.

—Creo que es más seguro que tome un taxi, no quiero que os pase nada.

Los dos hombres me miraron enfadados.

—Ni hablar, esa gente es peligrosa —comentó Pedro, que parecía más nervioso que el resto. Pertenecía a una conocida familia aristocrática, siempre se había considerado un hombre de centro, pero temía la revolución aún más que a los militares.

Salimos de la redacción y paramos un taxi, no había muchos, los milicianos estaban requisando los coches para patrullar la ciudad.

—Me iba a casa, pero depende a donde vayan —dijo el taxista, un hombre muy moreno, fuerte, con un palillo entre los labios.

—A la Residencia de Señoritas.

—Los llevo, pero dense prisa. Se han dado armas a gente de poco fiar, algunos son de mi barrio en Cuatro Caminos, esos tipos son peligrosos.

Nos llevó muy rápido hasta la residencia, sabía evitar los controles de los milicianos, pero me preocupaban mis dos amigos. Cuando bajé del taxi, les dije que se quedaran en la residencia, en julio estaba medio vacía y nadie iba a decir nada en una situación como aquella. Decidieron seguir. Luis vivía cerca y Pedro no quería regresar a casa, aunque le preocupaba su familia, prefería quedarse con Luis aquella noche.

Cuando entré en la residencia, vi a doña María, estaba envuelta en un chal a pesar del calor.

—Hija, me alegro de que estés en casa. Estaba muy preocupada. Las noticias que se escuchan por la radio son muy preocupantes.

—Estoy bien, pero no sé qué pasará mañana —le contesté con una angustia que me asfixiaba la garganta.

—¿Has hablado con tu madre?

—Por la mañana temprano lo intentaré, imagino que las líneas deben estar colapsadas.

—No sé dónde vamos a llegar, las ideas no se imponen con fusiles ni con cárceles, se siembran con amor y libros —dijo aquella mujer sabia; ojalá hubiera podido educar a más jóvenes, que simplemente eran adoctrinados por los partidos.

—Será mejor que nos acostemos —le comenté. Me sentía agotada, aunque era consciente de que no iba a ser fácil conciliar el sueño aquella noche.

Me metí en mi cuarto y me eché a llorar, me preocupaba mi madre, pero también mi futuro, mis sueños, que parecían desaparecer en un instante por la ambición de unos y el temor de otros.

Mientras intentaba dormir recordé las lecciones que me había enseñado la directora sobre la vida. Me había enseñado a pensar por mí misma, siempre decía que era más importante enseñar a pensar que a obedecer. Para ella, la política se había convertido en el arte de dividir cuando debía haber educado al pueblo español. Las consecuencias de tanto odio, con su cosecha de muerte, podían ser terribles.

Capítulo 25

Madre

Madrid, 20 de julio de 1936

Al día siguiente no conseguí conectar con mi madre, las líneas no oficiales estaban cortadas para que no se transmitiera información al enemigo. Me había enterado de que Jerez de la Frontera había caído el día 18 en manos de los sublevados, que la habían tomado casi sin resistencia. Temía por su vida y la de algunos amigos.

Aquella mañana me fui a trabajar, aunque la directora me pidió que me quedase en la residencia. Precisamente para eso me había hecho periodista, para intentar contar la verdad. Tomé un taxi, no era seguro ir en tranvía o autobús, y muchos no funcionaron ese día. Cuando llegué a la redacción, el ambiente era frenético.

—¿Qué sucede?

Algunos estaban metiendo papeles en cajas, otros parecían redactar noticias a toda prisa.

—El Frente Popular ha clausurado el *ABC* por ser monárquico y antigubernamental, también han cerrado *El Debate*, dicen que hoy cerrarán *La Época*, *Ya*, *Luz* y *El Siglo Futuro* —me comentó Luis muy nervioso.

—Esos «rojos» no quieren que nadie cuente sus crímenes, ya han aparecido los primeros cadáveres por la ciudad y en un fallido asalto al Cuartel de la Montaña se ha producido una matanza —dijo Pedro mucho más indignado.

Le puse la mano en el hombro y le pregunté.

—¿Cómo está tu familia?

Él me miró; sus ojos eran una mezcla de miedo e indignación.

—Mi madre, mis hermanas y mis tías están en Santander, de vacaciones, pero mi padre estaba en El Escorial, le he pedido que no regrese a Madrid. Mi tío Ignacio se encuentra en paradero desconocido. Me temo lo peor.

—La confusión reina por todos lados, pero las cosas se calmarán —le dije para intentar tranquilizarlo, aunque yo también estaba preocupada. En las ciudades bajo mando militar las cosas no estaban mucho mejor, se habían producido fusilamientos y encarcelamientos arbitrarios. Parecía que el país entero se estaba volviendo loco.

Una de las redactoras, Teresa, vino con un teletipo en la mano.

—Están deteniendo a religiosos y sacerdotes, también a personas que van bien vestidas o llevan sombrero. Las cárceles están llenas, sobre todo la Modelo de Madrid y la de Ventas.

—Tengo que ir a la de Ventas —les dije a mis amigos.

—Es muy peligroso, no sabemos si nos van a cerrar el periódico, sería mejor que regresaras a Jerez —comentó Pedro, que parecía fuera de sí.

—Tomaré uno de los coches del periódico.

—Voy contigo —dijo Luis mientras tomaba las credenciales del periódico y otras falsas de *El Socialista*, por si acaso.

Llegamos una media hora más tarde, a unos trecientos metros de la plaza de toros. El edificio de muros altos y formas rectas impresionaba nada más verlo. En la entrada, los policías habían sido sustituidos por milicianas jóvenes. Nos paramos enfrente y pedimos ver a la directora. Las jóvenes se burlaron de nosotros.

—¿Dónde vais burguesitos? Ya se ha terminado vuestra república y ahora comienza la nuestra.

Cuando la chica rubia hizo aquel comentario con aquella chulería madrileña, sentí que un escalofrío me recorría la espalda, pero no me amedrenté.

—Somos de *El Socialista*, muchacha. Exigimos conocer la situación.

La miliciana cambió de actitud y llamó a una superior. Una mujer corpulenta y mal encarada se acercó con una pistola en la mano.

—No se puede entrar —dijo antes de que pudiésemos decir nada.

—¿Cuál es su nombre? —le pregunté, mientras Luis sudaba a mi lado.

—Carmen de Pedro —contestó, vi su brazalete negro y rojo de la CNT.

—¿Quiero ver a la directora?

—No hay directora . . .

—Alguien tiene que haber al mando —le dije alterada, como si el miedo se me hubiera esfumado de repente. Me enfadaba tanto aquella situación, el caos y cómo en nombre de la República se estaban haciendo aquellos abusos. Aún no entendía que en la guerra no había medias tintas: estabas con unos o con otros. Nadie podía permanecer neutral.

—Bueno, ahora mismo está ordenando esto Margarita Nelken, la diputada socialista.

Entramos en la cárcel. Las presas se acinaban por todos lados, la capacidad era para unas quinientas personas y había más de dos mil. Nos miraban suplicantes al pasar, como si pudiéramos sacarlas de allí. La mayoría gritaba que era inocente y que habían cometido un error con ella. Pasamos al lado de una embarazada a punto de dar a luz. Margarita estaba en el despacho de la antigua directora y al vernos pasar levantó la vista de las sentencias sumarísimas que se habían hecho contras las presas más politizadas.

—Tengo mucho trabajo, no tengo tiempo para la prensa. ¿No tienen nada mejor que hacer?

Recordé que Margarita Nelken era de padres judíos y conocía a María de Maeztu, aunque no estaba segura de si era buena idea jugar esa baza.

—Soy exalumna de la Residencia de Señoritas que dirige María de Maeztu.

La mujer nos miró de arriba abajo; sus ojos claros parecían dos canicas de frío cristal que no mostraban ningún tipo de emoción.

—Estuve en unas conferencias sobre el antisemitismo, al menos alguien en España defiende a los judíos. Lo que está pasando en

Alemania es inaceptable. ¿Por qué se está deteniendo a estas mujeres? —le pregunté aprovechando la oportunidad.

—En esta guerra no se elige entre el bien y el mal, señorita, sino entre la vida y la muerte de la libertad.

—No estamos en guerra, es un golpe de estado —le contesté mientras Luis me agarraba por el brazo para que me calmase.

—Ya estamos en guerra, el pueblo de España contra los militares, la oligarquía y la iglesia. Debe tomar partido, señorita.

—¿Qué han hecho esas mujeres?

La mujer nos mostró varias sentencias.

—Carmen García Sanz, esposa de un militar sublevado, ha sido detenida en su domicilio en Chamberí y será fusilada hoy o mañana. Estas son monjas reaccionarias, las Adoratrices, las Concepcionistas y las Carmelitas, a algunas el pueblo las ha ejecutado en sus conventos, otras han ardido por negarse a abrir, pero las que nos llegan aquí las mandamos fusilar. ¿Quiere que siga?

Estaba horrorizada por la frialdad de aquella mujer, para ella solo eran nombres en un papel.

—¿Quiere algo más? —preguntó impaciente.

Negué con la cabeza y salimos en dirección a la calle, solo quería escapar de allí. Una mujer me agarró del brazo y me dijo.

—Me llamo María Luisa Ceacero Arévalo, soy profesora, me han denunciado mis alumnos, por favor, avise a mi familia.

La miré con tristeza, me recordó a Carmen Hombre, mi profesora en Jerez. Le agarré la mano y la mujer se echó a llorar.

En el taxi de regreso, Luis me dio un abrazo, estaba temblando.

—No sé qué hacer —me dijo confuso, parecía aterrorizado.

—Vete al norte, las cosas pueden ponerse peor.

—¿Qué va a ser de ti? A esa gente no le importa que seas mujer.

—Soy periodista, no sé hacer otra cosa —le contesté. Se bajó del coche y yo me dirigí a la residencia. La ciudad parecía moribunda aquella noche de verano, como si la alegría se hubiera terminado en Madrid y la gente comenzara a pensar solo en sobrevivir.

Cuando regresé por la tarde a la residencia, me sentía devastada, la ciudad parecía un gran cuartel, la euforia de unos se mezclaba con el terror de otros, y yo solo podía sentir una profunda tristeza.

Al entrar vi a doña María, tenía unas ojeras aún más profundas.

—Tu madre está aquí.

Jocelyn me miró con sus enormes ojos claros, después me abrazó entre lágrimas.

—Estaba muy preocupada por ti —me dijo. Detrás de ella estaba Marisol.

—Estoy bien —le contesté entre lágrimas.

María de Maeztu nos llevó hasta una sala.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Bueno, ha sido una odisea —comentó Marisol—. Fuimos en mi coche hasta Córdoba, que la tienen los militares, después en autobús hasta Ciudad Real, allí logramos que un taxista nos llevase hasta Toledo. Desde allí tomamos un tren hasta Aranjuez y un coche nos ha traído a Madrid.

Las miré sorprendida, mi madre me tomó de la mano.

—Tienes que venirte a casa. Madrid es muy peligroso, puede que esto se alargue, si se enteran de que tu familia es . . . rica, te tomarán como una burguesa. No importa lo que pienses, que seas republicana, esta gente va a disparar y después preguntar.

—No voy a irme, las cosas en Jerez no deben estar muy bien. El gobierno recuperará el control y esto pasará —le contesté.

—¡Te vendrás conmigo a casa! —gritó mi madre algo histérica, pero me puse en pie y le contesté.

—Lo siento, pero no puedo irme. Alguien tiene que contar lo que está pasando aquí.

Marisol se puso de pie y miró a mi madre.

—Carmen está eligiendo su destino, como tú intentaste en tu día. Sí quiere regresar a Jerez, ya sabe que estaremos allí esperándola con los brazos abiertos.

Mi madre me abrazó de nuevo, sentía sus lágrimas en mi espalda. Mirándome a los ojos me dijo:

—Creo que he hecho bien mi trabajo contigo.

Después las dos salieron para tomar el coche que las estaba esperando. Me sentí como una mala hija, no quería contrariarla, pero debía tomar las riendas de mi destino, aunque fuera en medio de aquella monstruosa situación.

Capítulo 26

Guerra y dolor

Madrid, 29 de octubre de 1936

A los pocos días, el golpe se convirtió en guerra, y a los pocos meses, la guerra, en horror y dolor. A veces me arrepentía de no haberme ido de Madrid. Pensé que las cosas mejorarían, pero la represión fue brutal; la mayoría de mis amigos había escapado, aunque algunos no lo consiguieron y fueron detenidos.

Pedro había logrado escapar hasta Segovia con su padre, después le perdimos la pista. Luis intentó quedarse. Yo sabía que su intención era cuidarme, y en varios momentos pensé que se me iba a declarar.

El periódico no cerró, pero nos impusieron un nuevo director, y la mayoría de los nuevos periodistas, muchos que ni siquiera habían terminado los estudios, estaban muy cerca ideológicamente del gobierno del Frente Popular.

Francisco Largo Caballero había sido nombrado primer ministro y había nombrado director a Juan Simeón Vidarte, si bien las decisiones se tomaban de forma colectiva por los sindicalistas de la UGT y los comunistas. A mí me dejaron por ser mujer y laica, aunque intenté ocultar mi relación con la familia Maeztu.

María de Maeztu estaba destrozada. A los pocos días del comienzo de la guerra su hermano había sido detenido por sus ideas conservadoras y religiosas.

Aquel día, después de una jornada agotadora de trabajo, siempre vigilante de que ningún camarada sospechase de mí, llegué a la residencia, cerrada oficialmente, donde aún vivíamos María y algunas alumnas.

—¿Qué sucede, doña María? —le pregunté al ver su rostro demudado.

—Se han llevado a Ramiro a una checa, creo que la del Colegio de San Antón.

—¿Por qué han hecho eso? —le pregunté mientras le ponía una mano en el hombro.

—Debían de sospechar. Algunos de sus amigos en el gobierno querían liberarlo. Sus cargos eran confusos; imagínate, lo han acusado de «fascismo espiritual».

—Tranquila, seguro que alguno de sus amigos lo impide.

La mujer comenzó a llorar, jamás la había visto en aquel estado.

—Azaña lo puede liberar, incluso si Azorín u Ortega y Gasset dicen algo.

—Esos cobardes han dado las armas a las turbas, pero ahora no se hacen responsables. Mira la carta que me ha enviado, lo van a fusilar en cualquier momento —dijo mientras me entregaba el papel emborronado por sus lágrimas.

Querida hermana:

Estos meses han sido muy difíciles, han intentado robarme la esperanza, la fe y el amor, pero no lo han conseguido. Estos bárbaros creen que defienden la libertad, aunque están llenos de cadenas. La barbarie se ha apoderado de nuestro país, todo lo sembrado estos años parece que ha sido en vano, pero sabemos que nada es en vano a los que confían en Dios. Me matan, pero no me convierten. Espero que España un día despierte, que este pueblo deje de matarse entre sí y que la verdadera hora de la libertad brille por fin.

*Tu querido hermano
Ramiro de Maeztu*

Cuando terminé de leer la carta no pude evitar llorar, me hizo bien, pues en los últimos meses me estaba endureciendo, siempre

evitando sensibilizarme, mostrar mis debilidades.

Doña María pasó varios días en la cama, Luis venía a traernos comida mientras yo la cuidaba.

—Te estás arriesgando demasiado —le comenté la última vez. Su familia y su pasado podía ponerlo en cosa de minutos en una cárcel o, peor aún, en una checa.

—Algo tendréis que comer. Todos se han marchado y solo quedáis vosotras dos.

—Doña María no quiere irse, pero varios amigos la han animado para que marche a París, creo que debería acompañarla.

—Yo iré con vosotras. Tengo contactos en el otro lado, varios familiares míos son del ejército. ¿Sabes qué es lo más triste de todo esto?

Negué con la cabeza.

—La mitad de mi familia está en un bando y la otra en el otro, creo que serían capaces de matarse en esta maldita guerra fratricida.

—¿Quién quieres que gane? —le pregunté.

—Si la mitad de las cosas que cuenta la propaganda son verdad, en ambos lados las atrocidades son terribles. Lo malo no es el frente, es la canallada que hay detrás. Los falangistas de un lado y las checas comunistas y anarquistas de otro.

Escuchamos golpes en la puerta y fuimos a abrir.

Junto a la verja había una docena de milicianos; el jefe me entregó un papel.

—El edificio ha sido requisado por la República. Este nido de liberales burgueses tiene sus días contados. Tienen hasta mañana para desalojar.

El hombre escupió tabaco al suelo y miró con desconfianza a Luis, agradecí que hubiera una verja entre nosotros. En cuanto entramos a la casa, fuimos a la habitación de doña María. Le conté todo lo sucedido.

—No estamos seguros aquí.

La mujer se levantó de la cama, se vistió, hizo una maleta pequeña mientras yo hacía la mía, después nos vimos en la entrada.

Miró las habitaciones y el despacho; noté cómo su rostro volvía a ensombrecerse.

—No han matado a mi hermano, han matado a una nación donde la palabra ya no tiene valor.

Salimos de la residencia, era la última vez que iba a ver aquella casa que me había hecho tan feliz y en la que había experimentado por primera vez la libertad.

Pasamos la noche en la casa de un importante líder socialista, era el lugar más seguro para nosotras. Al día siguiente, un coche, en el que ya estaba Luis, nos esperaba en la puerta. El político nos había prestado el coche que nos llevaría hasta Soria, desde donde deberíamos intentar atravesar la zona ocupada por los rebeldes. Doña María no se fiaba de que no nos detendrían en Castellón o Cataluña si intentábamos cruzar la frontera desde allí, se escuchaban rumores de que la situación en Barcelona era aún peor que en Madrid.

Cuando nuestro coche estaba por Guadalajara nos pararon en un control, dos milicianos se acercaron y nos pidieron la documentación. No hicieron caso al salvoconducto que portábamos.

—¿Usted es Luis Velarde? —preguntó el que parecía el jefe, con una chupa de cuero marrón.

—Sí, camarada —comentó mi amigo, el hombre volvió a observarlo.

—Pues el señorito no puede continuar. Su tío es el coronel en el frente de Guadarrama, es sobrino de un militar rebelde.

—Pero yo no he hecho nada —dijo mi amigo intentando parecer firme, después sacó algo de dinero. El hombre se puso furioso y le golpeó la cabeza con la culata de su pistola. Luis comenzó a sangrar.

—¿Qué hace? —le grité furiosa y me intenté bajar del coche, pero un miliciano me lo impidió.

—Váyanse antes de que me arrepienta. Al señorito lo llevaremos a Guadalajara, tendrá un juicio justo. Eso se lo prometo —dijo el otro miliciano, que parecía menos fanático.

Me aferré a la ventanilla, mientras doña María me sujetaba.

—¡Luis, Dios mío, Luis! ¡Por favor, Dios!

El corazón parecía que me iba a estallar, me dolía la cabeza y pensé que iba a perder el conocimiento. La mente se me nubló y me desperté hasta que llegamos a Soria; allí nos dejó el conductor. Una mujer nos esperaba, estaba en otro coche, un viejo Renault, no había casi coches privados, la mayoría habían sido requisados por ambos bandos. Me ayudaron a montar y continué aturdida hasta Pamplona, lo único que recuerdo es que decía entre sueños el nombre de Luis, como si presagiara su muerte.

Capítulo 27

Francia

San Juan Pie de Puerto, 5 de noviembre de 1936

La villa medieval amurallada simbolizaba la libertad, pero también el exilio. No sabía cuándo podría volver a mi país ni cuánto duraría la guerra. Jamás había salido de España, pero esta vez me sentía en la obligación de llevar a doña María a un lugar seguro.

Los lugareños miraban con desconfianza el coche. Habíamos pasado la aduana sin problemas, los amigos de la directora habían conseguido un pase especial para nosotras. Estábamos agotadas, y yo no dejaba de pensar en Luis, no sabía cuál había sido su suerte, pero me temía lo peor.

Descansamos aquella noche en la casa del médico del pueblo, Pierre Benabarre, un anciano que vivía con su esposa. La casa era modesta pero acogedora. Afuera hacía mucho frío, pero adentro, el calor de la chimenea hacía la estancia agradable. Al día siguiente vendría alguien de la embajada española para llevarnos a París. No sabíamos cuál sería nuestro destino final, así que era mejor tener la mente clara antes de tomar una decisión. La directora tenía amistades prácticamente en todos los países de Hispanoamérica, en especial en México, Cuba, Colombia y Argentina.

—¿Qué está sucediendo en España? —nos preguntó el médico. Había perdido a sus tres hijos en la Gran Guerra y no comprendía cómo el ser humano era capaz de caer en el mismo error.

La muerte podía casi percibirse en sus ojos envejecidos por el paso del tiempo, me pregunté si la vejez era eso, el desgaste que produce la vida en nuestra mirada.

—Lo cierto es que ni yo lo entiendo. La República nació de forma pacífica, no se disparó ni un tiro, parecía que toda la gente la deseaba, hasta los monárquicos no hicieron nada para impedirlo. Me gustaría pensar que ha sido por falta de preparación de sus ciudadanos, pero mi hermano Ramiro siempre decía que la patria es espíritu y eso lo han comprendido mejor los fascistas y los comunistas. Decía que la democracia era un instrumento, no un fin. Se intentó sacralizar a la República, pero nadie se creyó ese invento. Decía que la República fracasaría porque quería crear una patria sin tradición, una ley sin religión y una moral sin alma.

El médico asintió con la cabeza, yo sentía que Ramiro tenía razón en parte, pero que había influido el espíritu cainita de los españoles y que yo no entendía, porque en el fondo era culturalmente inglesa.

Tras la cena logramos dormir un poco. Cuando me desperté, el primer pensamiento fue de nuevo Luis. ¿Cómo estaría? ¿Le habrían hecho un juicio justo? No conocía a alguien más bueno y servicial en el mundo. Durante aquel largo medio año había visto tantas injusticias y barbaridades, que no tenía muchas esperanzas en la justicia humana.

La familia nos había preparado un suntuoso desayuno. Una hora más tarde estábamos camino de París. Tardamos dos días de viaje. Hicimos escala en Burdeos y, desde allí, otras doce horas hasta llegar a la famosa capital de la luz.

María de Maeztu no quería quedarse mucho tiempo en Francia, además de los rumores y temores de una nueva guerra en Europa estaba también el nuevo gobierno de León Blum, compuesto de socialistas, radicales y comunistas, que se parecía demasiado al de España, de hecho, se llamaba también Frente Popular. París estaba dividido por huelgas, enfrentamientos políticos y la amenaza de la guerra.

Llegamos por la noche a la embajada. Allí nos esperaba Max Aub, un hombre de unos treinta años, que era el agregado cultural en la embajada.

—Señoritas, espero que el viaje no haya sido demasiado agotador. Hemos intentado que fuera lo más cómodo posible.

Doña María no le respondió, consideraba a cualquier miembro del gobierno cómplice de la muerte de su hermano.

—Muchas gracias por todo —le contesté.

—Hemos alquilado por el tiempo que necesiten un apartamento cerca de la embajada. Creo que Victoria Ocampo las ha invitado a Buenos Aires. En el caso de que tomaran la decisión de permanecer en Francia, la embajada . . .

—No insista, me iré cuanto antes de este viejo continente y de España, parece mentira que aquí se originara la civilización moderna y ahora esté a punto de autodestruirse.

Max no dijo nada más, nos ayudó con las maletas, nos llevó hasta el apartamento y nos entregó las llaves. En cuanto estuvimos a solas, doña María se echó a llorar. Mientras ella descansaba, yo no podía dejar de pensar en Luis. Me sentía fuera de peligro, pero al mismo tiempo, no me había logrado tranquilizar. En muchas etapas de mi vida no me identificaba con España, y ahora que me encontraba en el extranjero, estaba segura de que lejos de mi país jamás sería feliz.

Mientras observaba París desde la ventana, esa ciudad cosmopolita, fría y sensual, me encontré echando de menos Madrid, aquella alegría vital de los madrileños que parecían solo preocupados por el presente, pero que hasta eso les había robado la ideología, la barbarie y el odio.

Capítulo 28

Lejos de casa

París, mayo de 1937

La guerra desde lejos parecía un eco distante e irreal, pero, al mismo tiempo, las noticias que recibíamos desde allí nos angustiaban enormemente. No sabíamos quién era mejor que ganase, aunque abrigábamos la esperanza de que las personas más cuerdas llegaran a una paz pactada y se terminara la guerra. Éramos unas ingenuas. Las personas más cuerdas habían muerto en los primeros días del golpe. Los nacionales y los rojos, como se había comenzado a llamar a los dos bandos, eliminaron rápidamente a los disidentes, pero también a todo aquel que cuestionase las políticas de cualquiera de los dos gobiernos.

Franco había logrado el mando supremo del ejército y unificar los partidos en Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. En el bando republicano los comunistas habían ocupado los puestos clave, ahora los miembros más radicales de ambos bandos habían tomado el control.

Intenté indagar en lo que le había sucedido a Luis, y también me preocupaba mi madre, aunque al ser una mujer rica en el bando nacional, estaba segura de que se defendería ella sola. La única persona que podía informarme era mi amiga María Telo, quien, por lo que sabía, continuaba en Madrid. Desde la embajada podíamos hacerle llegar una carta, con la seguridad de que no la abrirían las autoridades; no quería meterle en problemas.

Escribí a mi amiga con la esperanza de que Luis hubiera tenido suerte y se hubiera escapado de una muerte segura. La respuesta tardó un poco. El día que llegó, intenté retrasar su lectura todo lo posible. A veces es mejor la incertidumbre de un pesar, que el pesar mismo. Miré por encima del hombro la carta que reposaba sobre la cama, alargué el brazo, palpé el sobre frío y lo tomé entre mis manos. Pensé que María lo había tenido entre las suyas unos días antes en Madrid y me pareció algo extraño, casi surrealista, como si el espacio y el tiempo no fueran nada más que un invento humano.

Abrí el sobre rasgando el borde. La carta no era muy larga, apenas una hoja pequeña escrita por las dos caras, pero sin duda era la letra de mi amiga.

Querida Carmen:

Los acontecimientos parecen acelerarse en este Madrid asediado por la guerra. Ya no queda casi nada de lo de antes, de esas pocas cosas que tanto amábamos: los churros de San Ginés, los paseos por Recoletos y el Parque del Retiro, los restaurantes coquetos de la Castellana, los cafés donde se hacían las mejores tertulias del país. El mundo se ha vuelto loco y lo único que vemos por todas partes es miedo y odio.

Estuve indagando sobre Luis Velarde, al parecer lo apresaron fuera de Madrid y fue trasladado a Guadalajara, acusado de traición a la República, aunque sin especificar en qué sentido. Un amigo que está en gobernación preguntó en la delegación del gobierno de la ciudad. El hombre hizo lo que pudo, pero le dieron un certificado que decía «Muerte por causa desconocida». Mi amigo me comentó que eso quería decir que le habían fusilado.

Lo siento mucho. Luis era una gran persona. Está muriendo demasiada gente inocente en este mundo de locos.

Espero que te encuentres bien. No regreses a España. Ojalá yo estuviera en tu lugar.

Mi hermano Fermín ha muerto en el frente, a mi padre le ha dado un ataque cardíaco y está muy grave, creo que por el miedo a los bombardeos y la falta de alimentos.

Amparo y Aurora están bien, aunque eso es mucho decir en un Madrid en el que falta todo y donde cualquiera puede pegarte un tiro sin dar explicaciones o meterte en una checa.

Algún día esta pesadilla pasará. Espero que reabran la Residencia de Señoritas y la Escuela Libre de Enseñanza, aunque me temo que ese mundo

*ya no volverá.
Un fuerte beso y abrazo.*

*Tu amiga para siempre,
María Telo*

Los primeros momentos me quedé bloqueada, como si no hubiera entendido bien la letra de mi amiga. Después me vino a la mente el rostro de Luis, su sonrisa, su corazón generoso, su capacidad y su brillante inteligencia. Todo había desaparecido en un instante y para siempre, como si nunca hubiera existido.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, las sentía resbalar por mis mejillas hasta el cuello, y una angustia profunda me invadió de repente. Me hubiera gustado tener a mi madre para abrazarme a ella, aunque nunca había tenido a nadie en quien refugiarme.

María de Maeztu entró en la habitación y, al verme tan triste, se quedó preocupada. Pensé no contarle nada, no quería añadir más sufrimiento a su alma afligida.

—Luis, lo han matado —dije con la voz rota. Ella me abrazó, y sentir el calor de otro ser humano me dio al menos algo de consuelo.

—El mundo se ha vuelto loco, niña, no sé a dónde vamos a ir a parar, pero al menos nos tenemos una a la otra. ¿Te vendrás conmigo a Buenos Aires? Ya has visto como están las cosas en Francia, solo es cuestión de tiempo que estalle una guerra aquí también.

No supe qué responderle. Por un lado, quería marcharme lo más lejos posible de España, pero, por otro, odiaba aquella sensación de orfandad, de no pertenecer a ningún sitio ni importarle a nadie de verdad.

Aquella noche soñé con Luis y Pedro: los tres íbamos del brazo por la Gran Vía, debajo de los neones de los cines, los teatros y los clubs. Nos sentíamos tan libres que teníamos la sensación de flotar sobre el suelo. Cuando me desperté, se esfumó de repente aquella sensación de alegría, de felicidad y ligereza que siempre tiene la

juventud. Me sentía como si hubiera madurado de repente y hubiera perdido para siempre la inocencia.

Capítulo 29

Buenos Aires

Buenos Aires, julio de 1938

Irme al otro extremo del mundo fue una forma de negar la realidad. Irme a América con doña María era mi forma de rebelarme contra la realidad y de alejarme de la guerra. España era como un recuerdo lejano y, en muchos momentos, me parecía que ni siquiera existía. La directora había obtenido un puesto en la Universidad de Buenos Aires, llevaba la cátedra de Historia de la Educación en la Facultad de Filosofía y Letras. Amaba enseñar, pero nunca volví a verla sonreír.

Al llegar a la ciudad, me quedé sorprendida por lo moderna que era; parecía como si acabaran de construir casi todo. Las avenidas eran amplias y ajardinadas, los bonaerenses se mostraban amables y cosmopolitas, admiraban mucho a los españoles y no dejaban de hacernos preguntas sobre la guerra. Nosotras preferíamos no saber nada de un pueblo que se estaba autodestruyendo.

Le escribí a mi madre en cuanto llegamos en el barco a la ciudad. Me tranquilizó saber que se encontraba bien, aunque se había desmayado un par de veces.

Doña María me contrató como secretaria. Las dos vivíamos en la amplia casa de Victoria Ocampo en el barrio de Palermo Chico, una de las zonas más distinguidas de la ciudad. Era algo extraño tener frío en julio, aunque al mediodía solía pararme algunos momentos

en un banco y tomar el sol, echaba de menos el de Andalucía, y también los cielos azules de Madrid.

Me había llevado mi vieja Olivetti, pero era incapaz de escribir nada, tampoco podía sentir, como si mis emociones se hubieran enfriado hasta el punto de insensibilizarme por completo.

En una de las famosas reuniones que organizaba Victoria Ocampo en su casa, acudieron algunos de los intelectuales más importantes de la ciudad.

—¡Qué pena lo que está sucediendo en España! —exclamó Manuel Gálvez, un famoso ensayista y novelista que apoyaba al gobierno del país.

Julio Irazusta y su hermano Rodolfo lo miraron ofuscados, aquel hombre apoyaba el régimen fraudulento de Roberto Ortiz. Yo prefería no meterme en política, ya había visto las consecuencias de la política en mí país.

Juan Domingo Perón, teniente coronel del ejército, apuró la copa de vino y con su gesto cortés le dijo al resto de los comensales:

—La verdad es que la democracia burguesa no funciona, ya saben lo que sucede aquí, todo es mentira, siempre gobiernan los mismos y se favorecen entre ellos.

Manuel Gálvez dejó de comer e hincó su mirada en el militar.

—Ya sabemos que usted prefiere al italiano ese . . . Benito Mussolini.

—Al menos alguien está haciendo algo por Italia, ojalá el destino nos levante alguien de su talla política en la Argentina —sentenció Perón, y los dos hermanos Irazusta se giraron hacia él.

—Es usted un fascista, y ya estamos viendo lo que los fascistas están haciendo en España.

—Eso es absurdo —dijo el militar—, en España se ha producido un golpe militar que un general está intentando dotar de halo de legitimidad política —contestó Perón.

Doña María y yo permanecíamos calladas, preferíamos no dar nuestra opinión.

—¿No están de acuerdo? —nos preguntó directamente el militar.

Doña María apretó los labios, como si se resistiera a hablar, pero al final dijo:

—La política nunca me ha interesado mucho, pero creo que el problema actual es que el hombre quiso apartar a Dios de la sociedad y ha terminado haciendo religiones políticas. Ahora sucede que, en lugar de adorar a Dios, se exalta al último líder carismático. La política debería ser el arte de construir y no de destruir. Es fácil animar a la gente para que odie, pero el amor es un camino mucho mejor para cambiar las cosas.

—Creo que habla desde el corazón, querida —contestó Perón.

Doña María le fijó la mirada y le dijo:

—Se puede hablar desde otro sitio. No hay mayor enemigo del progreso que la intolerancia, porque termina por destruir las sociedades. La Guerra Civil ha destruido algo mucho más valioso que edificios, ha destruido conciencias, amistades y esperanza.

Todos se quedaron en silencio, yo la observé con admiración. Siempre nos enseñaba que España necesitaba a hombres y mujeres que pensasen, trabajasen y amasen la verdad. Ahora que la mentira parecía reinar en el mundo, lo mínimo que debía intentar era escribir para denunciar la mentira.

Unos días más tarde recibí una carta de Marisol. Me extrañó que me escribiera ella y no mi madre. La abrí con temor, con la sensación de que algo terrible debía haber ocurrido. En la carta me comentaba que mi madre estaba muy grave, no sabía cuánto tiempo podía durar. No me animaba a regresar a España, pero tenía que ir a casa cuanto antes.

Me costó mucho decírselo a doña María. Sabía que, a pesar de estar rodeada de gente, sentía una profunda soledad. Ella fue muy comprensiva y me pagó el billete de vuelta.

El trayecto se me hizo interminable. Después de quince días vi las costas de Cádiz, parecía como si el mundo no hubiera cambiado demasiado, pero en cuanto pisé tierra vi que la realidad era muy distinta. Había militares por todos lados, la policía militar y civil te pedía constantemente la documentación.

Al llegar al puerto, uno de los oficiales de aduanas me interrogó en un cuartelucho.

—¿Por qué ha viajado a Argentina? ¿De qué estaba escapando?

—Atacaron la Residencia de Señoritas en la que me alojaba en Madrid, logré escapar hasta Francia y desde allí me embarqué a Argentina.

El hombre con su bigote afilado frunció el ceño, vestía la camisa azul falangista debajo de su uniforme.

—¿Por qué ha regresado a España? Espero que no sea una espía republicana, a los espías los fusilamos.

—No, señor. Mi madre es la señora Jocelyn de Gordon, está muy enferma y he venido a cuidarla.

El hombre no parecía muy convencido, pero terminó sellándome el pasaporte. Logré tomar un tren a Jerez de la Frontera, afortunadamente estaba muy cerca. Una hora después, me encontraba en la estación de mi pueblo. Tomé un taxi y cuando vi la fachada de mi casa, me eché a llorar. Nunca me había sentido tan unida a lo que quedaba de mi familia y de aquella ciudad de la que había huido varios años antes.

En la puerta, me recibió Encarna, una de las pocas criadas que mi madre había conservado después de la muerte de mi abuela y mis tías, cuando ya no necesitaba tanto servicio.

Al verme, a la mujer se le aguaron los ojos.

—¡Mi niña!

Le di un abrazo. Aquella mujer había pasado más horas a mi lado y me había dado más besos que mi madre.

—La señora está muy mal, ya no se levanta de la cama. Con lo que ha sido ella.

Sin cambiarme, dejé las maletas en la puerta y subí hasta la habitación de mi madre. Se había cambiado hacía años a una estancia pequeña, no quería estar en ningún lugar que le recordara a mi padre o a su familia.

En cuanto abrí me vino aquel aroma a muerte, como si ya pudiera anticipar el final de una vida. La habitación se encontraba casi en penumbra. Me acerqué hasta el lecho, el rostro de mi madre estaba consumido por la enfermedad, su hermosa cara parecía reflejar lo que era inevitable.

—¡Hija! —logró decir, pero al realizar tal esfuerzo comenzó a toser.

—No hagas esfuerzos, ya estoy aquí —le susurré al oído, mientras le tomaba la mano fría, hinchada y sudorosa.

—Gracias —dijo entre lágrimas y después murmuró—. Siento haberte hecho tan infeliz.

Pensé en lo fácil que era poner sobre los otros nuestras cargas y frustraciones. A pesar de amar, en muchas ocasiones somos incapaces de cuidar a las personas que más nos importan en el mundo, tan obsesionados con al menos sobrevivir nosotros mismos.

—Lo importante es que estamos otra vez juntas.

Estuvimos un rato en silencio. En ocasiones se dormía, agotada de luchar contra la muerte. No solté su mano hasta que yo misma me quedé somnolienta.

Una hora más tarde llegó Marisol, me abrazó y las dos nos echamos a llorar.

—Si la hubieras conocido de joven, era fuego puro, tenía una fuerza arrolladora.

—Lo sé, siempre lo vi en su mirada —le contesté entre pucheros, sentía que aquel dolor me desgarraba el alma.

—Siempre quiso tu bien, eras la hija del hombre que más amó en este mundo. Lo intentó con tu padre, pero tenía demasiados demonios dentro.

Mi madre se despertó y nos acercamos, me entregó un sobre y sonrió, no sé de dónde saco fuerzas, tal vez del amor más profundo y puro que existe en el mundo, el de una madre.

—Te quiero —dijo, y después perdió el conocimiento.

Aquella noche la pasamos en vela, no quería que se sintiera sola en un momento como aquel, no podía acompañarla durante todo el viaje, pero al menos iría con ella parte del camino.

Capítulo 30

Amigo

Jerez de la Frontera, noviembre de 1938

Mi madre se fue apagando poco a poco. Los dos últimos días apenas abrió los ojos, como si ya no le interesara lo que estos pudieran mostrarle. No entendía cómo había llegado hasta ese estado tan rápido. Dos años antes, cuando la vi en Madrid, me pareció tan fuerte como siempre.

Marisol se encargaba de que yo comiera. La verdad es que no me apetecía nada, me pasaba las horas muertas entre aquellas sombras que rodeaban el lecho de mi madre.

Una noche, mientras yo estaba cenando, me llamó Marisol y corrí escaleras arriba. Al parecer, le había faltado la respiración un segundo y después simplemente había fallecido.

Durante unos minutos me aferré a su mano, a aquel cuerpo vacío del que apenas quedaba una sombra. Con la ayuda de Encarna logré ir a mi habitación, me quedé profundamente dormida, y cuando me desperté, el sol ya alumbraba el mundo.

El entierro fue al día siguiente, sin demasiada pompa, como a ella le habría gustado. Apenas había media docena de personas en la capilla, y casi todos eran trabajadores de la casa.

Salí de la capilla y regresé a la casa vacía. Marisol se había empeñado en acompañarme, pero prefería ir sola.

Me senté en el escritorio del despacho y saqué la carta que mi madre me había escrito. Imaginé que se trataría de una especie de

instrucciones prácticas sobre las fincas y la bodega, pero se trataba de una carta muy personal.

Querida hija:

Ahora estás sola, si es que hay alguna condición humana que no sea esa. Solos llegamos a este mundo y solos nos marchamos. Cuando llegué a España en 1898, siempre creía que jamás amaría este país atrasado y ancestral, pero este se introdujo dentro de mí hasta ocupar cada poro de mi piel.

Lo siento. No supe hacerlo mejor en la vida. Fui una mala esposa y, lo que lamento mucho más, una mala madre. La mía falleció cuando yo era muy joven y, desde entonces, me sentí sola y desvalida. Las tres únicas personas que me hicieron sentir querida y dieron algo de sentido a mi triste vida fueron tu padre, al que no llegaste a conocer, Marisol y tú. Ser madre es lo mejor que me ha sucedido en la vida, ya solo por eso ha merecido la pena tanto sufrimiento y dolor.

No quiero quejarme, sé lo dura que es la vida de muchas personas, que además del sufrimiento natural que nos da el existir, tienen la pobreza y no han conocido el amor. Yo, en ese sentido, he sido afortunada.

Quería animarte a que sigas adelante, creo que la única cosa que hice bien contigo fue hacerte fuerte.

Escribe, tienes un gran talento; yo lo intenté, pero el mundo en el que vivía pensaba que las mujeres debían pedir permiso para pensar e incluso para imaginar una existencia mejor.

La hacienda y la bodega marchan bien. Don Ramón, el administrador, te lo explicará todo.

Espero que me perdones y que seas mejor madre de lo que yo he sido.

*Tu madre que te quiere,
Jocelyn*

La carta me produjo una mezcla de sentimientos. Me invadía una profunda tristeza: otra vez sentí la orfandad, pero esta vez de forma diferente, aunque era adulta, me di cuenta de que la muerte me producía un gran espanto. Tu hogar es el sitio al que puedes volver pase lo que pase. La casa, las tierras y la bodega seguían en pie, pero mi hogar había desaparecido por completo.

Me vestí de luto, arreglé los papeles con los abogados y el administrador, y me dediqué a no pensar, como si aquello fuera a

lograr anestesiarme de algún modo.

Las dos únicas personas con las que hablaba eran Marisol y Encarna; me obligaban a comer e intentaban distraerme un poco.

—Creo que es mejor que intentes escribir. A veces podemos derramar sobre una página en blanco mucho más que simples letras o palabras. Las páginas son como olas que, una y otra vez, golpean contra los acantilados hasta convertirlos en polvo —me dijo Marisol cuando me acercó la vieja Olivetti, que había vuelto a la casa por deseo de Carmen, a quien le recordaba cada vez más a su madre.

Miré la máquina con una mezcla de deseo y temor; hacía mucho que no escribía y pensaba que había perdido aquel don de contar historias que me hacía tan feliz.

Al día siguiente logré escribir la primera página; una semana después, había escrito muchas de las cosas que había vivido en los últimos años. Aquel escrito era una forma de arrojar, sobre los folios en blanco, la desesperación que embriagaba mi alma.

Una tarde, cuando estaba escribiendo, Encarna me dijo que un hombre había venido a visitarme. Intenté recogerme el pelo, me ajusté el vestido negro y me dirigí al salón. Al ver a aquel hombre, logré reconocer en él a mi viejo amigo de la adolescencia.

—¡Emilio! —grité mientras le daba un abrazo. Por un instante noté que la chispa de la vida volvía encenderse en mi interior. No sabía nada de él desde antes de la guerra.

—¡Carmen, lamento mucho lo de tu madre! No pude llegar a tiempo al entierro, he estado trabajando de ingeniero en Sevilla, muchas infraestructuras han quedado dañadas con la guerra.

—Estás hecho un hombre —le dije mientras me apartaba un poco para observarlo mejor.

—Y tú la mujer más guapa de España.

Los dos nos sentamos en el sillón mientras tomábamos un vino dulce, después le pedí que se quedase a comer.

Emilio logró apartar de mí el fantasma de la soledad que me estaba devorando por dentro. No se había casado, pero había logrado tener cierto éxito en Sevilla hasta el estallido de la guerra. Había intentado no significarse políticamente y se había librado del alistamiento al tener una profesión vital para el nuevo régimen.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé, dicen que la guerra terminará pronto. Ojalá —le contesté.

—Venía con una doble intención: tenía muchas ganas de verte, pero también quería comentarte algo.

—Soy toda oídos.

—Tengo buenos contactos en el gobierno civil de Sevilla y me han dicho que iban a hacer una purga en toda Andalucía a los elementos que no han mostrado su adhesión al Régimen. Uno de los nombres que salió fue el tuyo, por tu vinculación con la Escuela Libre de Enseñanza y María de Maeztu, pero también por ser redactora de *El Sol* en Madrid cuando estaba ya en manos de los comunistas.

—¡Eso es absurdo! —exclamé indignada—. Escapamos de Madrid, nos hubieran llevado a una checa y asesinado . . .

—Lo entiendo, pero esta gente no mira esas cosas, para ellos estás a su lado o eres su enemigo. Han matado a mucha gente, ya te enteraste de lo que le sucedió a Carmen Hombre Ponzoa y su marido. Esperaron a que tuviera su bebé, se lo robaron y después la fusilaron.

No sabía lo que había sucedido al final con mi profesora, pero el comentario de Emilio me dejó sin palabras.

—¿Qué puedo hacer?

—Será mejor que solicites entrar en la Falange, que dones algo de dinero y te muestres cercana al Movimiento.

—No soy fascista —le contesté.

—Yo tampoco —dijo encogiéndose de hombros—, pero eso a ellos no les importa.

Mi alegría se tornó en tristeza, la locura de la guerra volvía a golpearme de nuevo.

—Pues, prefiero irme de nuevo.

—Aquí no estás segura. Vente a mi casa, mis padres se encuentran en Sevilla, allí estarás a salvo hasta que encuentre la forma de sacarte de España.

—Podría ir a Inglaterra, allí hay algunos viejos socios de mi madre, podría continuar dirigiendo la bodega —le comenté—. Cuando las cosas se calmen regresaré.

Aquella misma tarde me trasladé a la casa de Emilio. Se encontraba a unos cinco kilómetros de la ciudad, era un cortijo amplio, donde él había pasado casi toda su infancia. No había criados, pero lo prefería. Estar ocupada me hacía mucho bien. Por las mañanas escribía un poco, comíamos juntos, y por la tarde dábamos paseos o leíamos al lado de la chimenea. Dos semanas más tarde, mis sentimientos hacia mi viejo amigo habían regresado, como una semilla plantada en otoño, que en cuanto llega la primavera germina y da su fruto.

Unos días más tarde, Emilio llegó con Marcelo, su mejor amigo de la escuela. Yo no había hablado demasiado con él; los niños y las niñas solían jugar solos, sin mezclarse.

Marcelo era abogado y tenía una pequeña bodega familiar, decía que se había afiliado a la Falange al principio, encandilado con la figura de José Antonio Primo de Rivera, pero que Franco y sus secuaces habían destruido los ideales del partido. A mí no me interesaba la política, lo único que quería era tomar un barco a Londres, antes de que las cosas se pusieran peor.

Pasaron otras dos semanas, seguíamos las mismas rutinas con la única excepción de Marcelo, que planeaba irse con nosotros.

Yo notaba que el amigo de Emilio me miraba cada vez con más intención, pero nunca había sido una mujer muy coqueta y, ahora que había descubierto de nuevo el amor, no le di mucha importancia.

Una mañana, llegó Emilio con papeles falsos y tres billetes de barco para Londres.

Habíamos planeado salir temprano; un funcionario que no era muy cercano al Régimen nos dejaría pasar al barco, pero si algo fallaba, al menos teníamos papeles falsos como una segunda opción. Al día siguiente esperamos a Marcelo, pero no apareció. Tomamos el tren hasta Cádiz y los papeles falsos sirvieron, llegamos al puerto y nos dirigimos al control. La fila era larga, pero no tardó mucho en disminuir.

—¡Papeles! ¿Cuál es la causa de su viaje? —nos preguntó el funcionario de una forma tan agresiva que sin darme cuenta comencé a temblar. Emilio parecía más tranquilo y le entregó nuestros documentos y los papeles. El hombre los miró

detenidamente, después se fue a una habitación en la parte trasera y regresó con su superior.

—Creo que no podrán viajar hoy —nos dijo mientras dos policías nos cogían de los brazos.

—Pero ¿qué sucede? Los papeles están en regla y tenemos todos los permisos —reclamó Emilio con tal convencimiento que el hombre dudó un instante, pero al final nos encerró en un calabozo.

Pasamos todo el día y la noche en la celda estrecha con olor a meados y vómitos. Yo sobre un jergón apestoso y Emilio en el suelo. Nunca le había confesado lo que sentía, y ahora que estábamos detenidos, me parecía injusto. Una de esas canalladas a que el destino me tenía tan acostumbrada.

—Emilio, quería agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—Bueno, era lo menos que podía hacer. Yo también quería irme de España, no te he contado todo para no preocuparte, tampoco quería que te vieras involucrada o te obligaran a confesar.

Me quedé observándolo atónita.

—Además de sacarte de España, yo también tenía que irme. He estado espiando para la República, mandándoles informes de infraestructuras.

Me quedé petrificada. Emilio era un espía. Nunca lo hubiera imaginado; me sentí una ingenua al creer que todo lo hacía por mí.

—Lo siento, te he puesto en peligro, aunque también lo estabas si te quedabas. Al menos, Marcelo se ha librado.

Al día siguiente nos llevaron a Sevilla. A mí me soltaron con una amonestación. Emilio comentó que él había falsificado los documentos y que yo no sabía nada.

No sé me ocurrió otra idea que acudir a Marcelo, él pertenecía a la Falange y tenía contactos en el gobierno de la provincia.

Marcelo quedó conmigo en un café del centro. Me dio un abrazo y cuando le conté lo sucedido mostró lo preocupado que estaba.

—Lo siento mucho, no llegué a tiempo, se me estropeó la moto y no tenía forma de llegar a casa de Emilio ni de ponerme en comunicación con vosotros.

—Al menos te libraste de una detención. Yo tengo que esperar un juicio y no creo que las cosas me vayan a ir bien, ya me acusaban

de espionaje por trabajar para un periódico republicano en Madrid.

—Intentaré librar a Emilio de la cárcel, y te aseguro que a ti no te van a tocar ni un pelo.

Marcelo pidió al gobernador civil un indulto para Emilio, nos enteramos al día siguiente que un tribunal de guerra lo había condenado a morir fusilado. Esperamos el indulto hasta el último momento. Estábamos a la puerta de la prisión cuando escuchamos los disparos. Comencé a gritar y unos segundos después había perdido el conocimiento. Cuando me desperté en mi casa no pude dejar de pensar que todo lo que había a mi alrededor no tardaba en desaparecer, como si una maldición se cerniera sobre mí. Pasé encerrada las siguientes semanas, pero la máquina Olivetti volvió a salvarme; la literatura era el único consuelo que me dejó aquella guerra terrible y cruel, sin ella mi alma hubiera muerto para siempre.

Capítulo 31

Marcelo

Jerez de la Frontera, 1 de abril de 1939

Marisol murió aquel invierno, como si no hubiera podido superar la muerte de mi madre. Encarna me preparaba cada día la comida, pero apenas la tocaba. Iba de la cama a la máquina de escribir y de regreso a la cama. Ya no me interesaba el mundo que había fuera. El país había quedado destrozado, pero algo peor había cambiado a la sociedad española. Se habían roto lazos familiares, amistades y la alegría de vivir.

Apenas se escuchaban canciones en aquellas primeras noches de primavera, hasta las flores parecían resistirse a salir, como si la tierra estuviera tan anegada de sangre que ya nunca volvería a dar su fruto.

Mientras derramaba mi alma en las teclas de la Olivetti, no tenía que vivir el presente. Aunque en el fondo no tenemos otra cosa, el pasado ya no está y el futuro no ha llegado, pero a veces el presente es tan terrible que nos llenamos de nostalgia o de sueños y quimeras del futuro. Recordaba Madrid, aquellos años de estudiante, a mi grupo de amigos, cuando entregué el primer artículo a doña María y todo lo que había perdido. No me atrevía a regresar a la ciudad, porque, en cierto sentido, ese Madrid ya no existía. En aquellos días amargos me di cuenta de que dejamos en el mundo una huella tan insignificante.

Marcelo venía todos los días, la mayoría de las veces con flores, pero no me gustaba ni su aroma ni los vivos colores que me recordaban que el mundo era insensible a mi sufrimiento y, peor aún, indiferente a todas las personas que habían desaparecido. Luis, Emilio, Marisol, mi madre y cientos de miles más, sombras que apenas habían dejado un pequeño rastro de recuerdo en el mundo. Dicen que lo mejor del olvido es el recuerdo, pero hasta eso termina desapareciendo cuando la última persona que nos había conocido muere.

—Tienes que salir, arreglarte, hoy es un gran día. ¡Ha terminado la guerra!

—No me importa, Marcelo, ya no están las personas que me importan.

El hombre agachó la cabeza.

—No lo digo por ti —agregué—, es por todos aquellos que ya no están.

—Bueno, pero la vida sigue. Ellos querrían que disfrutases, que lucharas por tus sueños.

Intenté cambiar de tema, teníamos la misma conversación cada día.

—¿Por qué quieres que despida al administrador?

—Te ha estado robando.

—Eso lo hacen todos, es una condición natural del ser humano.

—Estás perdiendo muchos miles de pesetas y las ventas en España están hundidas, además en el extranjero se prevén malos tiempos. Europa está al borde de una guerra.

—¿Otra guerra? ¡Dios mío! Creo que la humanidad no merece vivir —le dije, pero al minuto ya me había arrepentido de aquella afirmación. Millones de personas se levantaban cada mañana con la esperanza de que el día sería un poco mejor, algunos solo con la expectativa de sobrevivir o dar de comer a los suyos. Yo no era nadie para desear su inexistencia.

Unas semanas después del desfile de la victoria y todas las parafernalias que lleva consigo la paz, me animé a salir con Marcelo. Seguía de luto, pero pasé desapercibida, casi todo el país lo estaba. Caminamos por el Paseo de las Delicias, que algunos lo llamaban la

Alameda Vieja, llegamos hasta la catedral y el viento fresco de la tarde me hizo sentir viva. Nunca hubiera pensado que el renacimiento de una persona pudiera comenzar por la piel, como si lo que nos conectara al mundo fuera la epidermis.

Miramos la muralla y pensé que, aunque se había construido para proteger la ciudad, en muchos sentidos era como los muros de una especie de cárcel emocional.

—Ves, mujer. El mundo sigue girando, los árboles desprenden sus aromas y los pájaros cantan todos los atardeceres y todos los amaneceres. No me gusta esta España, tanta muerte para que todo siga igual, pero la ideología no debe opacar la existencia. ¿No crees?

—No lo sé, Marcelo. Jamás he tenido una. Doña María decía que las ideologías eran lo que estaba destruyendo al mundo.

—Puede que tenga razón, no lo sé, pero había que parar al comunismo. Si no lo hubiéramos hecho ahora estaríamos todos muertos.

Lo miré triste, no me gustaba cuando hablaba de política, le cambiaba el semblante, no parecía el mismo hombre.

—He echado al administrador gracias a los poderes que me diste —me dijo—. Las bodegas, la casa, las fincas, todo está hipotecado. Tendré que sanear las cuentas. Esta guerra ha hecho mucho daño, pero también la desidia y la indiferencia. Esta es la herencia de tus descendientes.

—No creo que tenga hijos, el mundo me parece un lugar terrible para vivir.

—Eso lo piensas ahora, pero los niños dan mucha felicidad, son los que iluminan el mundo.

Pasaron las semanas, después los meses y, a finales del verano, como había dicho Marcelo, estalló la guerra en Polonia. Los nazis invadieron Europa, los aliados le declararon la guerra y la gente parecía emocionada porque unos hombres sin alma fueran a enviar a miles de jóvenes a morir por un ideal. Otra vez parecía que el sufrimiento de la mayoría era una especie de regalo a los dioses, para que las élites midieran sus fuerzas.

Marcelo tomó las riendas totales del negocio, me sentía muy segura a su lado, a veces dejaba la máquina de escribir para poder pasear con él, tomar el té o ir a algún espectáculo en Sevilla. Pensé que la frivolidad sería algo bueno para aquietar el alma, pero el dolor era tan profundo que por las mañanas me despertaba con ganas de vomitar.

Regresó la risa, después me animé a bailar y, a mediados de 1941, cuando los nazis estaban invadiendo Rusia, Marcelo me pidió la mano.

Fue después de una cena en el Gallo Azul, el sitio en el que solían cenar los bodegueros, allí se cerraban muchos negocios y unos pocos amoríos.

La moral era muy estricta. Además de la iglesia, la Falange velaba por la pureza de los novios y las parejas, pero como Marcelo era del partido nos solían dejar en paz. Nos sentamos en una de las mesas del fondo, los manteles relucían bajo la luz de las velas. Ya estábamos con el segundo plato cuando se puso de rodillas y sacó un anillo.

—Querida Carmen, ¿quieres casarte conmigo?

Lo miré sin saber qué contestar. No sentía un vívido amor por Marcelo, pero tenía la sensación de que era el estrecho hilo que me unía al mundo.

—Bueno, sí, mejor juntos que solos —le contesté. Sabía que no era una respuesta muy satisfactoria, pero a él la pareció suficiente. Me colocó el anillo, y tres meses después, la vida comenzó a discurrir con una hermosa monotonía, sin los sobresaltos de la pasión ni la incertidumbre del dolor.

Me sentía como una inútil, todo el día metida en casa, sin apenas salir a la calle por miedo a que alguien me acusara de haber apoyado a la República.

Las náuseas matutinas se hicieron más constantes y, entonces, lo comprendí: estaba embarazada. La noticia hizo que se mezclasen en mi mente y mi corazón todo tipo de emociones. Mientras mi hijo crecía en mi vientre, yo experimentaba una euforia que me hacía sentir que mi vida de nuevo merecía la pena. Al mismo tiempo,

pensar que mi madre no conocería a su único nieto me dejaba una sensación de miedo y angustia que Marcelo intentaba llenar.

Mi marido pasaba todas las mañanas en la bodega o en reuniones, venía a comer y por la tarde solía trabajar en el antiguo despacho de mi padre. Yo apenas entraba en esa habitación; desde que mi padre se murió, prefería evitar aquel lugar. Aún podía olfatear su perfume, la ceniza de sus puros habanos y la sensación de seguridad que me transmitía. Ahora que sabía que no era mi padre, sentía rabia por haber dado todo ese amor a alguien que había sido tan cruel con mi madre, pero era consciente de que, en el fondo de mi alma, continuaba amándolo.

Una mañana, mientras colocaba los papeles que Marcelo dejaba por cualquier lado, abrí uno de los cajones para guardar facturas, dentro había una cajita azul metálica con unas llaves. Me sentí como Pandora y no pude evitar abrirla: eran casi cincuenta sentencias de muerte. Al principio no entendí nada, comencé a leerlas, y en todas aparecía Marcelo como denunciante. El hombre con el que me había casado no era el que creía conocer. Hasta que llegué a una sentencia en Sevilla a nombre de Emilio. La tuve que leer dos veces para que mi mente lograra comprender. Marcelo era la persona que nos había denunciado, había pasado meses investigándonos a los dos.

En los informes había unas iniciales: DNSII, Delegación Nacional de Servicios de Información e Investigación. Guardé todos los papeles y me quedé sentada mirando el techo, debí permanecer así horas. Antes de que Marcelo regresara intenté recomponerme. El hombre con el que me había casado había tendido una trampa a mi amigo del alma. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que había estado casada con el diablo.

Aquella noche, mientras cenábamos y él no paraba de hablar, me dieron ganas de gritarle, de lanzarme sobre él, pero tenía miedo. Con una sola llamada podía acabar con mi vida o algo peor. Ahora llevaba en mi vientre a su hijo. Una vez más la maldición se había vuelto a cumplir: estaba unida al hombre más despreciable de la tierra y no tenía escapatoria.

Intenté no pensar en todo lo que había descubierto, pero me era imposible no sentir un gran desprecio por él, me daba asco y

repugnancia. Comencé a escribir de nuevo, me aferré a la tabla de salvación que era aquella máquina de escribir con las teclas doradas desgastadas por el sufrimiento y el dolor de un alma rota.

Tercera Parte

Hojas de champán

Capítulo 32

Padre

Jerez de la Frontera, 25 de julio de 1974

Me quedé sin respiración, detuve la lectura e intenté reflexionar. Mi madre nunca me había contado las razones por las que había dejado España justo antes de que terminase la guerra en Europa. Nunca había visto a mi padre. Bueno, sí, mi hermano pequeño, Pedro, me había enseñado una fotografía que había encontrado en una maleta vieja.

No era fácil asimilar que mi padre era un asesino y un espía de la Falange. Le había seguido un poco, y gracias a mis contactos de periodista había logrado averiguar que era un procurador en Cortés como Alto Cargo del Movimiento Nacional, además de jefe provincial del Movimiento por Cádiz. A pesar de que el Régimen parecía dar sus últimas bocanadas, las libertades estaban muy limitadas y el poder de Franco y sus hombres lo llenaba todo.

No leí el libro de mi madre durante unos días y me decidí a llamarla. Mi tía me pidió que no le contase nada de lo que había descubierto, pero necesitaba saber más. Apenas era consciente de quién era. Los Gordon me parecían una familia sacada de una novela de Dickens y mi padre me recordaba a Gérard de Villefort, el fiscal que perseguía al Conde de Montecristo. Hubiera preferido que nuestra historia no fuera una novela folletinesca del siglo XIX, pero España había sufrido uno de los siglos más turbulentos de su historia y, al parecer, mi familia se había llevado la peor parte.

Mi perrito Sartre se acercó a mí en cuanto me vio con el teléfono en la mano, como si intuyera que estaba nerviosa y lo necesitaba a mi lado. Marqué el 100 y pedí una conferencia para Francia. Esperaba que mi madre la cogiera, a esas horas podía estar dando clases o escribiendo en la revista. Afortunadamente, la cogió.

—¿Ana? ¿Estás bien?

—Sí, madre. ¿Cómo estás tú?

—Bien, como siempre, un poco más vieja cada día y con la sensación de que no hay músculo que no me duela. ¿Te ha gustado tu viaje a España?

—Sí, las cosas están muy cambiadas.

—¿Muy cambiadas? —preguntó mi madre sin entender a qué me refería.

—Bueno, ya no hay tanta vigilancia, la gente parece vivir su vida de forma tranquila . . .

Se hizo un corto silencio, después se escuchó un pitido.

—¿Por eso están escuchando nuestra conversación? No te equivoques, España no es Francia y nunca lo será. Ese país está podrido por dentro, hay demasiados muertos enterrados en las cunetas y lo más aterrador es que pertenecen a ambos bandos.

—Creo que exageras un poco . . . Ahora . . .

—Ten cuidado —me respondió en ese tono de voz que solo puede poner una madre.

—Lo tendré, pero necesito saber algo.

—Dime —contestó incómoda, no le gustaba recordar el pasado.

—¿Por qué te fuiste de España? Ya había acabado la guerra y no había peligro; siempre comentaste que era porque te perseguía el Régimen. ¿Cuál fue la verdadera razón?

—Nunca hay una sola.

—No evadas la pregunta, por favor.

—A veces es mejor no remover el pasado, es como un pozo negro, allí va toda la basura, pero si te pones a removerlo, te aseguro que te arrepentirás.

Después de sus últimas palabras colgó. Me quedé con el teléfono en la mano un rato, estaba claro que la historia que estaba leyendo

no era una novela, era la vida de mi madre, aunque me costase asimilarlo.

Unos días más tarde retomé la lectura, después intenté escribir un poco en la vieja Olivetti, era más ligera y rápida de lo que pensaba.

La vida corría monótona mientras intentaba responder a todas mis preguntas. Sobre todo, ¿por qué mi madre se mostraba tan fría e indiferente? Siempre tenía la sensación de que me culpaba de algo, como si quisiera arrojar parte de la gran carga que llevaba a cuestas sobre mí, pero sin contarme, al menos, qué había hecho para que me odiase tanto.

Mientras avanzaba en la lectura y mi tía me contaba algunos detalles de los años en los que mi madre estuvo casada con Marcelo, una tarde escuchamos el teléfono y dimos las dos un respingo.

—¡Por Dios! Nunca me voy a acostumbrar a ese aparato.

Descolgué el teléfono y escuché una voz de hombre al otro lado. Muchas veces me había imaginado cómo sería, pero me sorprendió lo dulce y melodiosa que sonaba.

—Hija, soy tu padre.

Me quedé muda, qué podía contestar.

—Sé que estás en España, en la casa de Jerez. Me alegro de que te hayas decidido a buscar la verdad. No sé qué te ha contado tu madre, pero seguro es una sarta de mentiras.

Aquel comentario me puso furiosa.

—Debe ser, porque me dijo que se marchó de España por problemas políticos, pero no mencionó que se había casado con un monstruo —le contesté y después colgué con todas mis fuerzas.

—¡Hija! —exclamó mi tía al escuchar el golpe.

—Lo siento.

—Era Marcelo. ¿Verdad?

Me eché a llorar y ella me rodeó con sus brazos mientras me decía:

—¿Sabes qué es lo peor de todo? Que hasta las personas malas como tu padre aún conservan un ligero brillo de bondad y eso lo hace todo más perturbador.

—Ese hombre es un monstruo.

—No, hija, lamentablemente no lo es.

Aquel día decidí escribir la historia de mi familia. Necesitaba que el mundo conociera la historia de mi abuela, para que no cayera de nuevo en el olvido.

Capítulo 33

Cenizas

Jerez de la Frontera, marzo de 1942

A veces hay que anestesiar el alma para al menos no experimentar tanto dolor. Estaba completamente sola en el mundo, apenas me quedaba nada, como si las cenizas de la guerra hubieran terminado por arrasar todo lo que me hacía feliz en el mundo. La única que venía a verme de vez en cuando era una tía lejana, aunque en el fondo no era mi tía, era una especie de prima tercera, que por la edad que tenía podía ser mi madre.

No había tenido mucha relación con Jocelyn. Había pasado muchos años de su vida en Cuba y, tras la vuelta, se había instalado en Málaga. Se había quedado viuda muy joven y, por eso, justo al finalizar la guerra se había venido de nuevo a Jerez. La ciudad era tan hostil y extraña para ella como lo era para mí, por lo que la adversidad, que suele ser una extraña aliada, nos unió.

Mi alma guardaba un oscuro secreto que estaba pudriéndome por dentro, pero no me atrevía a compartirlo con nadie. Ya no me quedaba nada del afecto que había sentido por Marcelo, mi cariño y agradecimiento se habían convertido en desprecio, pero me sentía atrapada en mi vida. La historia se repetía de nuevo y, por más que lo intentaba, no encontraba una solución.

Milagros se pasaba por la casa en las mañanas, solíamos tomar el té y, como ella era una enamorada de los libros, hablar de nuestras lecturas. Era el momento más emocionante del día y el

único en el que la soledad no me arrastraba hasta lo más profundo de mi desesperación.

—¿Estás bien, niña? Noto tanta amargura en tu mirada. Sé que es muy difícil perder a una madre y un padre a tu edad, pero piensa en el bebé. Yo no le pude dar un hijo a mi querido esposo, y no sabes cuánto lo lamento.

Suspiré hondo y la miré a los ojos, sus pupilas azules me atravesaron, como si de alguna forma estuvieran animándome a abrir mi corazón.

—No he podido contártelo antes, pero . . . —le dije antes de echarme a llorar, ella se cambió de sitio y me abrazó, parecía un gesto más, pero nadie me había abrazado desde la muerte de mi madre. No había podido despedirme de ella y el hombre con el que iba a tener a mi hijo era un monstruo.

—Niña, la vida no te da nunca más de lo que puedas soportar y tú debes ser muy fuerte. El mundo está en guerra, España destrozada y las mujeres hemos perdido el poco poder que nos había dado la República. Intenta aguantar, piensa en el bebé, cuando nazca, la guerra termine y estés más fuerte podrás hacer algo.

—Él gobierna ahora la bodega, yo no tengo derecho ni a sacar dinero de las cuentas de mi familia —le comenté entre lágrimas.

La mujer me sonrió y después me quitó las lágrimas de las mejillas con sus manos suaves.

—Las mujeres hemos sufrido mucho a lo largo de la historia, por eso Dios nos concedió la habilidad de la astucia. Los hombres son más básicos, lo único que quieren es nuestra admiración, nuestro cuerpo y que los cuidemos. Mientras hagas esas tres cosas, él no podrá sospechar, pero al mismo tiempo, busca una forma de sacar dinero y, cuando la guerra termine y tengas suficiente, yo misma te ayudaré a escapar a Argentina, donde está tu amiga, o a Inglaterra.

Aquellas palabras me tranquilizaron en parte. A veces, uno puede vivir en el infierno si al menos sabe que será solo durante un tiempo.

Por la tarde, cuando regresó Marcelo, actuando por primera vez con normalidad, me acerqué a él y lo besé en la mejilla.

—¿Y esto? Por fin te comportas con normalidad.

Me chocó su comentario, creía que no se había dado cuenta, pero llevaba meses muy fría y distante, casi hablando con monosílabos.

—Mañana es un día muy importante, tenemos una reunión del Movimiento en Jerez y yo la he organizado. Además de los miembros del partido estará el gobernador civil de Sevilla, el jefe provincial y todos los consejeros.

En cuanto me hizo el comentario, comencé a temblar.

—¿Estás seguro? Esa gente me quiso fusilar y . . .

—No te preocupes, ahora eres mi mujer y la única descendiente viva de los Gordon. Les he regalado a todos una caja de Jerez y otras bebidas, esa gente únicamente ama el cargo, pero muchos se metieron a la Falange cuando la guerra ya estaba ganada. Muy pocos han sacrificado tanto como yo: amigos, familia y casi la vida.

Yo sabía cómo había ascendido en el partido y se había convertido en consejero provincial, y que era capaz de cualquier cosa para medrar. La fortuna de mi familia, y en especial las bodegas, lo habían convertido en un hombre muy rico, pero él solo quería el poder.

—Me pondré un vestido bonito, pero ya tengo mucha barriguita —dije mientras me acariciaba un poco. Él me atrajo para sí, llevábamos dos meses sin hacer el amor. Después me empujó hacia el sillón del despacho y sin previo aviso me tomó. Fue doloroso y amargo, un duro precio a pagar, pero lo hice por mi bebé y por escapar de la prisión en la que se había convertido mi casa, como años antes le había sucedido a mi madre.

Al día siguiente me puse mi vestido rosa, parecía un ángel envuelto en gasas; el rostro me brillaba a causa del embarazo. Me pinté sobriamente, los falangistas no querían que las mujeres se mostraran demasiado coquetas. Eran una especie de nuevos puritanos, pero al único dios que adoraban era a Franco.

—¡Estás guapísima! —exclamó mi marido al verme descender por las escaleras. Aún me impresionaba su cinismo, me parecía mentira que me hubiera engañado y delatado a mi amigo para que lo fusilaran.

—Muchas gracias —dije sonriendo, con la máscara que las mujeres hemos usado durante siglos para sobrevivir a los hombres como Marcelo.

El coche nos esperaba justo en la puerta, aunque la distancia no era muy grande, el Salón Anita estaba casi a un tiro de piedra, pero Marcelo sabía que en un mundo de apariencias como el del Régimen de Franco, lo más importante era parecer poderoso. Al fin y al cabo, en eso consistía el fascismo, en la supremacía del fuerte frente al débil. El chofer abrió la puerta y salí con mi resplandeciente traje. Habían extendido una alfombra roja, y los criados iban con librea, como en los antiguos actos de la comunidad inglesa. Para muchos falangistas, los descendientes de los británicos éramos poco menos que espías, pero en Jerez y Málaga capital todavía formábamos parte de la élite caciquil que había gobernado España desde el siglo XIX y, contra eso, los falangistas sabían que no podían hacer nada. Muchos soñaban con su revolución, pero la realidad era que, al final, frente a la República se había impuesto el conservadurismo más trasnochado.

Entramos en el edificio y subimos por la escalinata hasta el salón, había tenido épocas más gloriosas. La guerra había perjudicado a la mayoría de las bodegas, que apenas habían podido exportar el vino hacia Inglaterra, pero eso estaba a punto de cambiar. Al menos eso es lo que había prometido el nuevo gobierno germanófilo de Serrano Suñer, al que todos llamaban en secreto el cuñadísimo.

Al entrar al salón, observé cómo las viejas familias estaban situadas alrededor de la pista de baile. Tras varios años de guerra y penurias, todo el mundo quería divertirse de nuevo; sin embargo, no era tan sencillo sanar las heridas y seguir adelante. Casi todo el mundo había perdido a un ser querido; otros, los más afortunados, habían perdido la mayor parte de su fortuna, ya que el dinero republicano no valía nada y cuando lo intentabas cambiar por la nueva peseta franquista, apenas te daban nada.

Se nos unió John, uno de los herederos de las bodegas, lo acompañaba un hombre apuesto, que parecía recién salido de la city de Londres.

—Querido Marcelo, deja que te presente a Desmond Bristow, cualquiera que desee negocios con el gobierno británico tiene que conocerlo.

Ahora que los nazis estaban perdiendo la guerra, la mayoría de los líderes del régimen se habían acercado a los aliados.

—Encantado, Mr. Bristow, esta es mi esposa, la señora Carmen Gordon.

El hombre me besó la mano y, con su mirada seductora, me dijo:

—No había visto mujeres tan bellas en mi vida. Espero que pronto pueda dar a luz a su bebé. Parece que vienen tiempos turbulentos, pero Dios siempre agradece la venida de un nuevo niño al mundo.

Mi marido fue por algo de ponche y una limonada para mí, John saludó a otro invitado y me quedé a solas con Mr. Bristow.

—Le pedí a John que nos presentase, no podía presentarme en su casa sin avisar.

Le miré sorprendida, no sabía dónde quería llegar.

—Trabajo para su Majestad Británica y necesitamos personas que detesten a este régimen tanto como nosotros a Hitler. El mundo libre se encuentra en peligro.

—¿Por qué me cuenta todo eso?

—Es vital que recibamos información sobre lo que está ocurriendo en los puertos españoles. Sabemos que Franco, en pago a la ayuda alemana, está dejando que los submarinos y barcos alemanes amarren en sus puertos, también permite la venta del wolframio.

Mi esposo comenzó a acercarse.

—No puedo, soy una mujer embarazada . . .

—Es una mujer libre y, en su estado, nadie sospechará de usted. Tiene acceso a las casas de los miembros más importantes del partido en Málaga, además de poder escuchar lo que diga su esposo en casa o cuando vaya gente a comer a su casa. Toda información nos sería muy valiosa.

Negué con la cabeza.

—No soy una espía, además soy española.

—No importa eso ahora, solo hay dos lealtades, los que están a favor de la libertad y los que se sitúan en contra.

Marcelo nos acercó las copas y mi limonada. Frunció el ceño, no le gustaba que hablase con un hombre a solas.

—Pues lo dicho, encantado, señora Gordon, espero que muy pronto sea una madre feliz. Felicidades también para usted —dijo mientras inclinaba la cabeza y se retiraba.

—¿De qué habéis hablado?

Me quedé mirando cómo se alejaba el inglés, y después me giré distraída hacia mi marido.

—¿Qué?

—¿De qué habéis estado charlando?

—Bueno, de los vinos de Jerez, ese hombre tiene muy buenos contactos en Inglaterra y nosotros necesitamos recuperar clientela.

—No quiero hacer más negocios con esos ingleses. El futuro está con Alemania, dentro de poco esa maldita isla no será más que una colonia del Tercer Reich.

Capítulo 34

Espía

Jerez de la Frontera, 20 de mayo de 1942

Llevaba dos meses pasando información a Mr. Bristow, aunque no creía que mi ayuda les sirviera para mucho. Lo cierto es que me fascinaba poder hacer algo para que los fascistas y los nazis perdieran la guerra, tenía la esperanza de que Franco entrase en el conflicto y que, al perderlo, los aliados nos ayudaran a librarnos de su yugo.

Los alemanes habían invadido Rusia, y España les apoyaba. Marcelo estaba eufórico, el gobierno no dejaba de hablar del tema y, sobre todo, de la posibilidad de recuperar Gibraltar.

—Pues los alemanes solo tienen que bombardear las playas y destruir a todo el ejército —comentó Sebastián, uno de los consejeros provinciales del partido en Málaga.

—No es tan sencillo, creo que Hitler quiere que Churchill capitule, para poder dirigirse después contra los rusos —contestó Marcelo. Yo dejé una bandeja con algunos aperitivos y después entorné la puerta, pero me quedé escuchando.

—Nos han pedido barcos para impedir la fuga de los ingleses. Franco se lo está pensando —comentó Marcelo a su camarada.

—España no está preparada todavía, apenas llevamos tres años de paz y tenemos las infraestructuras desechas, las industrias paradas y las arcas vacías. Esos rojos se llevaron todo el oro a Moscú —comentó Sebastián.

—Bueno, si mandamos algunos de nuestros mejores barcos y los nazis ganan la guerra, nos lo compensarán con creces.

Marcelo se quedó callado después de su perorata, pero Sebastián, algo nervioso le contestó.

—Terminaríamos siendo una colonia de Alemania.

—No, Franco tiene los días contados, a Hitler no le gusta un pelo y está buscando un sustituto. Ya sabes que yo soy miembro del partido desde José Antonio, lo que pasó en el 37 fue una traición, en todos los sentidos. Debemos convencer a Franco para que se meta de lleno en la guerra, a su debido tiempo será sustituido por Yagüe, Muñoz Grande o Galazar. El caudillo es un mea pilas de capilla y un conservador.

Sebastián se rio, pero no le siguió la corriente a mi esposo.

Pensé en lo imprudente que era Marcelo, por mucho menos algunos habrían terminado en el paredón.

—Entonces, ¿crees que Franco le dejará los barcos a Hitler?

—No lo sé, sería como declarar la guerra a los aliados, pero lo está tratando todo Serrano Suñer, que mañana está en Jerez. Me han comentado que está supervisando los puertos de Cádiz, Málaga y Huelva, después se va a Canarias, para lo mismo, creo —comentó Marcelo.

Me quedaban pocas semanas para dar a luz, de vez en cuando el bebé me daba unas patadas que me cortaban la respiración. Respiré hondo y escuché pasos, me dirigí a la cocina y preparé mi plan para poder escuchar o hacerme con los papeles de Serrano Suñer, que podían ser vitales para frenar un intento de invasión de las Islas Británicas.

Al día siguiente, andaba nerviosa de un lado para el otro. A veces pensaba que daría a luz en cualquier momento.

Mi marido había invitado a Serrano Suñer a comer con otros cargos importantes del partido. La comitiva llegó puntual, se detuvieron cuatro coches delante de nuestra casa y salieron el ministro y el resto de los falangistas. Marcelo y yo los esperábamos en la puerta.

—¡Arriba España, arriba Franco! —exclamó mi esposo cuando el cuñadísimo se acercó. Después se dieron la mano.

Era un hombre muy atractivo, aunque no demasiado alto. Me besó la mano y me clavó sus profundos ojos azules.

—Un placer comer en su casa, señora —me dijo, pero me ignoró el resto de la comida.

Nos dirigimos al salón de gala, llevaba tantos años sin usarse que al principio sentí cierta angustia cuando vi la gran mesa dispuesta.

Desde la llegada de Marcelo habíamos aumentado de nuevo el servicio, se notaba que no le preocupaba en absoluto gastar el dinero de la familia.

La comida al principio fue calmada, hablaron de la guerra, de la camaradería, de sus supuestas heroicidades, aunque a mí me daban ganas de vomitar todas aquellas masacres y muertes de las que se sentían tan orgullosos.

—Lo mejor fue al entrar en Barcelona, cómo huían esas ratas asquerosas, todavía recuerdo sus caras de terror, muchos se quedaron atrapados y no pudieron huir a Francia. Yo mismo fusilé a muchos en Montjuïc —comentó uno de las camisas viejas, que era como se llamaba a los falangistas antiguos.

Serrano Suñer, que parecía siempre el más calmado y educado comenzó a reírse a carcajadas.

—A los cordobeses también les dimos lo suyo, pero nosotros en el treinta y seis —anunció Serrano, y después me miró con cierta complicidad, debía saber que yo no era falangista y que había simpatizado con la República.

—¿Le incomoda la conversación? Una mujer en su estado es como una pieza de delicada porcelana.

—Me encuentro bien, a estas alturas ya he visto demasiadas cosas. Estuve los primeros años de la guerra en Madrid y, como sabrá, sufrí ataques por parte de los milicianos por apoyar a los Maeztu.

—Yo lo sé todo —contestó sonriente—. Esos rojos mataron a Fernando Gamazo y Calvo Sotelo, mi cuñado. Yo escapé de Madrid de milagro, me detuvieron en julio y me metieron en la Cárcel Modelo de Madrid. Entraron un día unos milicianos y mataron al que se les antojó sin que las autoridades se lo impidiesen. A gente tan buena como Melquiades Álvarez y Manuel Rico Avello. Melquiades

era un liberal, un moderado que nunca hizo daño a nadie. El pobre de Manuel había sido ministro en la República y ni eso respetaron. Yo me salvé por los pelos —comentó mientras se alisaba su cabello peinado hacia atrás—, me intercambiaron por prisioneros rojos en octubre de mil novecientos treinta y seis.

Uno de los falangistas, el más viejo de todos, soltó una carcajada y dijo:

—Dile la verdad a la señora Gordon. Tras la liberación te escondiste en casa de un amigo, y como tienes esa cara de niña, te sacaron de Madrid con un pañuelo en la cabeza.

El ministro se puso muy serio y el hombre dejó de reír.

—Será mejor que tratemos el asunto que nos ocupa —dijo cortante, y mi marido me miró para que me marchase.

—Será mejor que busquemos un lugar más privado —dijo el ministro. Marcelo se puso en pie y se los llevó al despacho; se encendieron unos cigarrillos y cerraron la puerta.

En ese momento recordé el respiradero de la habitación. De niña jugaba con mis amigos a hablar de una habitación a otra, me metí en la paralela y escuché en silencio.

—Los barcos están preparados. Hitler me ha prometido en persona que no tendrán que entrar en combate. Tenemos que impedir que las tropas aliadas regresen a la isla, para que los ingleses se rindan.

Escuché claramente la voz del ministro de asuntos exteriores.

—Pero eso es como declarar la guerra —contestó otro de los falangistas.

—Es apoyar a un aliado de forma logística. Según la convención de Ginebra, no es un acto de hostilidad —contestó el ministro.

—Pero permitir que se avituallen y armen en nuestros puertos sí lo es —comentó otro de los falangistas.

—Bueno, bueno. Será mejor que vayamos por partes, si logramos que los aliados depongan las armas, no hará falta prestar los puertos —añadió el ministro—. Marcelo tiene toda la documentación de la Operación Ofensiva del Oeste. Todos los barcos que utilizaremos para apoyar a nuestros aliados . . .

—¿Franco está de acuerdo con la operación? —preguntó Marcelo.

—Y sabéis como es mi cuñado, siempre lleno de dudas, la gente piensa que es astuto, pero en realidad es desconfiado. Nuestros amigos, los generales falangistas, lo convencerán, no os preocupéis.

La reunión terminó a los pocos minutos. Si había escuchado bien, mi esposo tenía los documentos sobre la operación. Mr. Bristow me había dado una cámara diminuta para fotografiar documentos. En cuanto se fuera a la cama intentaría hacer una copia y hacérsela llegar al espía inglés. Él me había prometido que, cuando me recuperara de mi parto y el bebé pudiera viajar, me ayudaría a llegar a Gibraltar, desde allí podría viajar a Londres o a una de sus colonias en África.

La tardé la pasé con la tía Milagros. Me debía notar inquieta, porque me preguntó varias veces si me encontraba bien. Prefería que no supiera nada de mis planes.

—¿Estás escribiendo?

Negué con la cabeza. Desde el embarazo no había podido hacer casi nada.

—No dejes de cultivar ese talento . . .

—¿Quién va a sacar un libro mío en esta España? A los intelectuales que no han matado los unos lo han hecho los otros, y los pocos que están vivos no se atreven a abrir la boca.

Milagros se encogió los hombros.

—No hay mal que mil años dure.

Las criadas prepararon la cena. Cuando Marcelo regresó comimos en la mesa del salón pequeño. Parecía ofuscado.

—Ese chulo se cree muy listo, pero en el fondo se pasa el día lamiendo las botas de su cuñado. No creo que mueva ni un dedo sin su consentimiento. Franco puede ser muchas cosas, pero indeciso, ni hablar. Lo que pasa es que no da puntada sin hilo, el muy zorro. Serrano Suñer me quiere liar, por si las cosas salen mal, así tiene a quién echarle la culpa.

Levanté la cara de la sopa, no solía hablar de política con mi marido.

—Pues, no te dejes usar —le contesté.

—Mujer, se ve que no sabes de estas cosas. Si no acepto intermediar, estoy fuera del partido y me convertiré en proscrito.

—Pues haz lo que te piden —le contesté.

—No es tan sencillo. Las mujeres tenéis una vida fácil, solamente os corresponde tener hijos y organizar un hogar, pero a los hombres Dios nos pide altas responsabilidades. Nosotros hemos transformado el mundo, hemos creado y destruido imperios, somos hijos de la guerra.

Marcelo nunca se ponía tan filosófico, pero intenté seguirle la corriente.

—La guerra no durará mucho, los aliados están huyendo como ratas, es el momento de ponerse al lado de los vencedores.

En ese momento sentí una contracción que me hizo retorcerme de dolor. Marcelo se acercó.

—¿Estás bien?

—Sí, es normal a estas alturas, pero según mis cuentas, aún me queda al menos una semana.

Después de la cena, cada uno se fue a su cuarto. Desde hacía meses dormíamos en habitaciones separadas con la excusa de mi embarazo, él parecía resignado por ahora, pero no quería ni pensar lo que sucedería después de la cuarentena, tras dar a luz.

Esperé un par de horas para asegurarme de que estaba completamente dormido; a pesar de sus maldades, Marcelo solía dormir a pierna suelta.

Me levanté sigilosa y pasé delante de su habitación, noté que roncaba, así que bajé hasta el despacho e intenté abrir, pero lo había cerrado con llave.

Subí de nuevo y entré en su cuarto, me acerqué a la ropa colgada en el galán y tomé con cuidado las llaves, pero estas tintinearon un instante y me quedé sin respiración. Él se movió agitado, yo lo miré asustada, al final se giró y siguió durmiendo.

Bajé al despacho e hice las fotos a los documentos, entré de nuevo a su habitación y guardé la llave en el bolsillo.

Me acosté en mi cama y me quedé dormida, pero un par de horas más tarde, las contracciones volvieron, fuertes y muy seguidas. Llamé a la criada, y media hora más tarde estábamos de camino a la clínica. Desde la guerra, los niños, por orden ministerial, ya no nacían en las casas.

Ocultada en el bolso que me había preparado para el parto, se encontraba la cámara. No quería dejarla en la casa, pero no tenía ni idea de cómo le pasaría la información al espía inglés.

El parto no fue muy largo, a las diez de la mañana ya había nacido el bebé. Era un niño hermoso, de casi cinco kilos, con poco pelo, los labios muy rojos y los ojos claros. Marcelo parecía eufórico, me llenó la habitación de flores y se mostró más cariñoso que nunca.

Milagros me llevó bombones, «para recuperar fuerzas», dijo. Nadie más vino a verme, para la comunidad jerezana seguía siendo una apestada, y las mujeres de los dirigentes falangistas nos hicieron llegar su mensaje.

Marcelo parecía enfadado, por eso cuando una mañana llegó Mr. Bristow y su amigo John, no le molestó la visita.

—No queremos importunar —dijo John, que de niño había sido un compañero de clase con el que apenas había mantenido relación.

Los dos hombres se quitaron el sombrero y el inglés me entregó un ramo inmenso de rosas rojas.

—Muchas gracias, no tenían que haberse molestado.

—No es molestia —dijo el inglés con su acento de Londres.

—Marcelo, ¿podría hablar con usted unos minutos? Uno de los clientes de la city está buscando que le envíe un cargamento de Jerez y había pensado en su bodega.

Marcelo me miró y se encogió de hombros.

—No te preocupes, yo hablaré con Mr. Bristow.

En cuanto estuvimos solos le señalé la mochila, el hombre rebuscó y en unos segundos se guardó la cámara.

—Muchas gracias.

—Espero que se vean bien las fotos.

El inglés me sonrió, tenía los dientes perfectos, pero lo cierto es que su cara no era atractiva, parecía en algún sentido caricaturesca.

—Franco quiere ayudar a los alemanes para que los aliados no puedan sacar a sus tropas de Dunquerque.

—Nos será de mucha ayuda —me contestó mientras se escuchaban pasos.

—En dos o tres meses me gustaría salir para Gibraltar.

—Lo tendré todo listo, no se preocupe.

Mi marido entró en la habitación algo ofuscado.

—¡A ese precio no podemos llegar a un acuerdo! Entiendo que estén en guerra, pero no voy a regalar mis vinos al gobierno británico.

—Lo entiendo, Marcelo, pero podías enviar la parte que te sobra, algunas de las tiendas ya no están pidiendo jerez y . . .

—Prefiero derramarlo que regalarlo —contestó tajante.

Mr. Bristow se giró hacia mi marido y le dijo algo a John en el oído.

—Está bien, Mr. Bristow, puede doblar el precio.

Mi marido me miró con una gran sonrisa y contestó.

—Es cierto que los niños vienen con un pan debajo del brazo.

Al día siguiente nos fuimos con Enrique a casa. Aquel pedacito de carne me había proporcionado la mayor felicidad que había sentido jamás. A partir de ese momento, toda mi vida comenzó a girar alrededor de él. El pequeño Enrique era la única cosa buena que había sacado de mi matrimonio, por él tendría que esperar unos meses, pero muy pronto los dos seríamos libres por fin.

Capítulo 35

Peligro

Jerez de la Frontera, 22 de junio de 1944

Alemania había estado a punto de ganar la guerra y España de entrar en ella, pero al final no había sucedido ninguna de las dos cosas. Franco había firmado un acuerdo en Hendaya, pero, a pesar de todo, el país se había situado en el lado de los países no beligerantes y los nazis parecían sufrir revés tras revés en el frente oriental a medida que el año avanzaba.

Los aliados habían logrado hacerse fuertes en Normandía, y todo el mundo pensaba que al final los nazis terminarían perdiendo la guerra. La falange estaba intentando digerir su fracaso, sobre todo cuando el cuñadísimo había sido destituido de su cargo en septiembre de 1942.

Después del nacimiento de Enrique, las cosas mejoraron algo con Marcelo. Mr. Bristow desapareció de Málaga sin cumplir su promesa.

Tiempo después nació Ana, mi segunda hija, una preciosidad que se parecía mucho a la abuela Jocelyn. Mientras por las mañanas una institutriz se ocupaba de los niños, yo me escondía para escribir. Era feliz mientras tecleaba la vieja Olivetti; no hacía historias largas, pero sí muchos relatos que me ayudaban a evadirme en parte. Por las tardes, jugaba con los niños hasta que llegaba Marcelo, a él le gustaba pasar un rato con ellos.

Aquella mañana, después de leer el periódico y empaparme de la guerra —deseaba que Hitler perdiera y que los aliados después

liberasen España—, Anselma, la institutriz se, acercó con un sobre, me lo entregó, y cuando le pregunté de quién era, me comentó que lo había dejado un niño hacía unos minutos.

Miré el sobre, pero no tenía ningún remitente. Lo abrí con cierto temor, a veces es mejor no saber ciertas cosas, ya había sufrido por mi curiosidad en otras ocasiones. La letra era indudablemente de mujer, parecía elegante y culta, en un papel caro y con un ligero olor a perfume.

Estimada Señora:

Quiero que sepa, al menos eso es a lo que mi conciencia me obliga, que su esposo mantiene una relación conmigo desde hace cuatro años. Hemos tenido dos hijos, como usted, también un niño y una niña. Nadie sabe de mi existencia, aunque vivo en Cádiz, a muy poca distancia de su casa. Marcelo siempre me dice que si las leyes se lo permitieran se divorciaría de usted, pero eso no me preocupa. Simplemente me parecía justo que, ya que yo sé de su existencia, usted supiera de la mía.

Marcelo me ama a mí, porque yo soy capaz de darle lo que usted nunca le dará. Conozco su historia, la de una pobre niña rica encerrada en una jaula de oro, pero le aseguro que la mía ha sido mucho más trágica.

Espero que sepa perdonarme. No me gusta robarle el marido a nadie, aun así, merezco un futuro mejor que el que tuvieron mis padres, fusilados por rojos en julio de 1936 en Montilla.

Un saludo

La carta me dejó sin respiración, comenzó a dolerme el pecho y corrí al baño para vomitar. Aquel hombre infame me había vuelto a traicionar de la forma más ruin. Primero, matando a su mejor amigo y después, traicionándome, cuando le había dado dos hijos. Me sentí como un simple objeto, un capricho de un hombre despiadado. Marcelo me había robado mi dignidad, arrebatado mi futuro y, si se lo permitía, me arrebataría mi alma.

Lo había intentado todo, pensaba que el perdón me ayudaría a soportar tanta soledad, pero lo único que me acompañaba cada día era mi querida máquina de escribir. A medida que mi hija crecía,

sentía que una vez más el milagro de la vida sucedía ante mis ojos. Enrique era la luz de mis ojos, lo quería más que a mi alma, pero al mismo tiempo, ese nuevo ser iba cada vez más ganando un pedazo de mi corazón.

Mi tía me venía a visitar cada día, me ayudaba con el pequeño y no dejaba de animarme.

—Ana ya está creciendo, creo que en unas semanas deberías intentar tu fuga. La guerra está a punto de terminar en Europa. Tengo una amiga en Sevilla que te puede esconder, después podrás intentar huir por Portugal o Francia.

—¿Con dos niños pequeños? Me parece una locura.

—A veces la locura es la única forma cuerda de hacer las cosas —me contestó Milagros, que siempre tenía una respuesta adecuada para todo.

Me la quedé mirando y después me eché a llorar.

—¿Puedes creer que a pesar de los niños me siento profundamente sola?

Sabía que ella también se sentía igual, las dos nos hacíamos algo de compañía, pero si me marchaba, ya no tendría a nadie en el mundo.

—A veces la única forma de encontrar de nuevo el camino es salir a buscarlo. De joven fuiste periodista, soñaste con escribir, ahora eres una prisionera en tu propia casa y has perdido la ilusión por la vida. En España no puedes intentar ser feliz.

—Si los aliados ganan la guerra, tal vez liberen a España.

—Los ingleses y los franceses no moverán un dedo por nuestro país, no hicieron nada durante la Guerra Civil y no lo van a hacer ahora.

—Tenían miedo a Hitler y a que estallase la guerra —le contesté.

—Te aseguro que ese maldito militar morirá en su cama. Este es un país de indolentes, todos los que podían haber hecho algo contra Franco han sido eliminados y ni el rey es capaz de sacarlo del poder. ¿Viste lo que le hizo a su cuñado? Y eso que eran familia, y fue el que le ayudó a controlar a la falange.

Me quedé pensativa. Sí, tenía razón, estaba condenada a una vida sometida a Marcelo y sus caprichos. Tenía que actuar antes de

que mi espíritu se apagase por completo.

Una semana más tarde ya teníamos todo preparado: Milagros me recogería en la casa después de que Marcelo se marchara. Como me tenían medio vigilada los criados, había ido sacando cosas poco a poco, había reunido algo de dinero y, aquella mañana, me llevé un par de bultos pequeños.

Milagros había cargado en el maletero lo poco que me iba a llevar. Miré la casa antes de montar al coche; olía a jazmín y rosas, todos los recuerdos de mi infancia me invadieron de nuevo y me vi escapando como mi madre cuando estaba embarazada de mí. La historia se volvía repetir.

El coche arrancó dejando una estela de humo y polvo, pensé que eso era lo único que quedaba de nuestro paso por este mundo. Llevaba en brazos a Ana, y a Enrique, sentado en mis piernas. Los niños parecían felices, como si fuéramos de excursión. Tardamos más de tres horas en llegar. En cuanto cruzamos el Guadalquivir, tuve la misma sensación de cuando Julio César cruzó el Rubicón: la suerte estaba echada.

Milagros me llevó a la casa de la Marquesa de Domecq, que conocía a mi familia desde hacía generaciones. El coche se estacionó en la entrada del palacio de la marquesa y los criados nos ayudaron con el equipaje. Caminamos por un pasillo de techos altos y frescos hasta el salón donde nos esperaba la marquesa.

—¡María de la Asunción, muchas gracias por recibirnos! — exclamó mi tía al ver a la dama. Era una mujer cercana a los sesenta, pero se conservaba muy bien: delgada, de cara morena y ojos oscuros, parecía que el peso de la edad apenas la había rozado.

—¡Cuánto tiempo! ¡Dios mío, a veces la vida se me pasa tan rápido!

Las dos mujeres se abrazaron y después mi tía nos presentó.

—Ya me hago cargo de la situación. Yo no era la típica noble republicana, pero no soporto esta España mojigata y de sacristía en que la han convertido los curas y los militares.

La mujer se acercó a los niños y les acarició las mejillas.

—Me hubiera gustado tener un par de estos, pero mi marido me duró muy poco, el pobre. Conozco a tu familia de siempre. A pesar de que mis ascendientes eran franceses, las dos familias han tenido siempre una excelente relación.

—Yo me acuerdo de su señor padre —le contesté.

—¡Qué Dios lo tenga en su gloria! Era un viejo cascarrabias, no soportaba que yo fuera su única hija, decía que conmigo se perdería la saga familiar, y no le faltaba razón, pero esa obsesión con inmortalizar a las familias termina por destruirlas. Tú serás la última Gordon; tenemos más cosas en común de lo que parece.

Nos sentamos a tomar el té, mientras unas criadas cuidaban de los niños. El salón era tan suntuoso que el de mi casa en Jerez parecía una cuadra a su lado. En las paredes colgaban Goyas, Velázquez y Rubens.

—Desde que Milagros me contó la situación he estado preparando el terreno. Al parecer, la frontera con Portugal está demasiado controlada. Salazar es muy amigo de Franco, y tu marido podría reclamar tu deportación y la de los niños. En este país, las madres no tienen ningún derecho sobre sus hijos si el padre está con vida.

Mis ojos se ensombrecieron, el camino hacia Francia era mucho más peligroso y los aliados aún no controlaban todo el país.

—Pero he preparado unos papeles falsos con la ayuda del cónsul francés, te permitirán entrar en el país y establecerte con tranquilidad cuando la guerra termine. Franco no podrá tocarte en París ni tampoco tu marido.

La miré con los ojos llorosos y la mujer me tomó de la mano, borrando su expresión fría del rostro.

—Querida, la vida es una eterna lucha, pero has tomado la mejor decisión. En un par de días tendremos preparado todo, un coche te llevará hasta Irún, pero te meteremos por una aduana secundaria. Ahora hay nazis con los aduaneros, pero no se opondrán a que una madre con dos niños entre, más ahora que todo el mundo quiere salir.

Sus palabras me tranquilizaron. Por la noche, mientras dormía pegada a mis dos pequeños, imaginé una nueva vida lejos de

España: comenzar de cero e intentar dar a mis hijos un futuro mejor.

A los dos días salimos para Francia, el viaje era largo y peligroso. Mi marido debía estar buscándome y la Guardia Civil ya tendría la denuncia de mi desaparición.

Me asignaron al chofer de la marquesa, un mulato de origen cubano, que llevaba sirviéndola desde hacía treinta años. Se llamaba Nathaniel, era un hombre mayor, educado y hablador, lo que me venía bien para soportar un viaje tan largo.

Intentamos ir por carreteras secundarias, que estaban menos vigiladas, y evitar las ciudades grandes. De Sevilla fuimos a Badajoz, desde allí subimos por Cáceres y enseguida Ávila, después hasta Valladolid, y al segundo día paramos cerca de Burgos, en un pueblo llamado Soto Palacios.

La marquesa había preparado alojamientos por el camino. Este era una pensión regentada por una mujer viuda llamada Asunción. Se trataba de una casa de piedra en el centro del pueblo, a donde llegamos por la noche. Nathaniel nos dejó en la entrada y metió después el coche en un pajar para que no llamase la atención de las autoridades. El día anterior habíamos dormido en Trujillo, en un cortijo a las afueras del pueblo.

—Tendrán mucha hambre. Qué ricos los niños —dijo la mujer mientras me enseñaba la habitación—. Puede asearse allí, está todo listo para que coman algo y descansen.

—Muchas gracias por todo.

—No se preocupe, la marquesa me ha pagado muy bien.

Logré dormir a los niños y una de las hijas de la posadera se quedó con ellos para vigilarlos. Nathaniel y yo nos sentamos a la mesa; la cena era la única comida del día que hacíamos caliente. Después de la sopa, que nos encantó, comimos bacalao y patatas, un lujo para los momentos que atravesaba España, y de postre, unas naranjas.

—Estaba todo riquísimo.

La mujer nos sonrió, aunque su rostro reflejaba una gran tristeza.

—Me alegro mucho de que les guste. Era la comida preferida de mi esposo, antes de . . . la guerra.

La mujer comenzó a llorar.

—Perdonen, cuando lo recuerdo, me pongo a llorar —dijo secándose los ojos con un pañuelo.

El sufrimiento me había enseñado en todos estos años que cuando es compartido aligera su peso sobre nosotros.

—La guerra fue dura para todos —comentó Nathaniel y yo fruncí el ceño. Me cansaban todas esas palabras huecas que lo único que hacían era ahondar más en el dolor ajeno.

—Todos hemos perdido a seres queridos o nuestra vida anterior a la guerra, pero eso no nos exime de sufrir —le contesté.

—Mi Joaquín era el hombre más bueno del mundo. Teníamos una fábrica de morcillas que era la envidia de la comarca, los padres de mi esposo criaban los mejores cochinos de Burgos, pero cuando estalló la guerra, las envidias se desataron contra los que tenían un pensamiento un poco más liberal. Mi marido no militaba en ningún partido, pero éramos protestantes, asistíamos a una pequeña capilla en Burgos. Éramos una veintena de personas. Al estallar la guerra, la ciudad cayó enseguida en manos de los militares: cerraron la iglesia y nos ficharon a todos. Fermín, el alcalde, aprovechó para que la Guardia Civil detuviera a mi marido y lo acusará de antirreligioso. Una noche, junto a otras seis personas, los sacaron del cuartelillo y los fusilaron a todos en la tapia del cementerio, después los enterraron. Nunca reconocieron su muerte, lo dieron por fugado y se quedaron con nuestra fábrica, los cochinos y la granja. Mis suegros murieron de pena, no pudieron soportar la pérdida de su hijo. Lo único que me dejaron fue esta casa. Hago morcillas para intentar sobrevivir y alquilo las habitaciones.

En ese momento sonó la puerta y los tres nos miramos angustiados.

—Arriba, deprisa, hay una puerta disimulada detrás del armario de su habitación, métase allí con los niños y el equipaje.

Corrimos escaleras arriba, movimos el armario, nos introdujimos y la hija colocó de nuevo el mueble delante.

Los niños se despertaron, pero intenté calmarlos como pude.

Contuvimos la respiración cuando escuchamos las botas de la Guardia Civil repiqueteando sobre las escaleras de madera. Se

detuvieron frente a la puerta de la habitación y entonces pudimos escuchar también sus voces.

—No hay nadie en casa.

—¿Por qué había tres platos en el fregadero? —preguntó una voz masculina de forma áspera.

—Mis hijas han cenado conmigo.

—¿Tan tarde?

—Estuvimos haciendo morcillas para un pedido de los monjes franciscanos.

—¿Han visto entrar un coche en el pueblo, un Mercedes elegante? Una mujer ha escapado con sus hijos, mejor dicho, los ha secuestrado y cualquiera que los refugie es cómplice de secuestro.

—No hemos visto a nadie.

Entraron a la habitación y la registraron a fondo, pero no encontraron nada. Unos minutos más tarde todo volvió a la calma.

La mujer nos sacó del escondite, estaba pálida, pero intentó sonreír.

—Ya se han ido, pero los están buscando.

—Será mejor que nos larguemos de aquí —comentó el chofer cubano.

—Todavía no, esperen a que los policías se duerman. A las dos o las tres de la madrugada nadie los verá. Les quedan unas nueve horas de camino, por lo que llegarían a la frontera a eso de las once o doce del mediodía.

Nos tumbamos un rato, pero no logramos dormir nada. Yo lo sentía por Nathaniel, que debía conducir muchas horas. A las tres la mujer nos avisó, nos llevamos todo al coche con el mayor sigilo posible y el chofer empujó el vehículo hasta que nos encontramos a las afueras. Intentó ir lo más rápido posible.

Los ojos comenzaron a cerrárame cuando nos acercábamos a la frontera, me intenté espabilar y me di cuenta de que Nathaniel se había dormido.

Le zarandeeé y se despertó sobresaltado.

—¿Qué?

El coche estuvo a punto de estrellarse con uno de los árboles del arcén, pero el hombre recuperó el control.

—¡Lo siento!

—No importa. ¿Queda mucho?

—Creo que no, una media hora, pero intentaremos ir por una carretera secundaria para evitar a la aduana española. No sé si el coche resistirá.

Media hora más tarde tomamos un camino de tierra, y quince minutos después el coche quedó varado. Sacamos el equipaje, apenas podíamos llevar un par de bolsas. Le pedí a Nathaniel que llevase la más pesada.

—¿Se puede saber qué diablos lleva aquí dentro?

No se lo quise contar, pero era la máquina de escribir. No podía dejarla en mi casa en Jerez.

Caminamos por el bosque. Yo cargada con los dos niños y el chofer con los dos bolsos. Después de una hora llegamos a un claro y vimos unas casas a lo lejos. Nos acercamos con sigilo, el hombre miró por fuera y vio una ventana con la luz encendida, la niebla era muy espesa y hacía mucho frío. Escuchamos abrirse una puerta y salió un campesino empuñando un arma. El hombre nos habló en francés. Nathaniel levantó las manos, y yo no pude evitar sonreír. Estábamos a salvo, habíamos cruzado la frontera sin darnos cuenta. Ahora la vida me daba una nueva oportunidad e iba a hacer todo lo posible para aprovecharla.

Capítulo 36

Secuestro

París, 14 de julio de 1944

París no era una fiesta el día de la República. Los nazis estaban logrando resistir y los aliados parecían detenidos en Normandía. La gente se veía inquieta y preocupada, demasiado para fijarse en una madre española y sus dos hijos pequeños. La marquesa me había ayudado a llegar hasta la capital con sus recursos y me había buscado una buhardilla en Belleville. El edificio estaba lleno de personas que habían huido de los frentes de batalla, así que no llamamos la atención.

El pequeño apartamento estaba pagado hasta finales de 1944, lo que me permitiría sobrevivir hasta que encontrase un trabajo. Gracias a que dominaba varios idiomas y sabía escribir a máquina, no tardé en encontrar un puesto en la oficina de racionamiento. El trabajo era duro, unas diez horas, lo que no me importaba; lo único que me preocupaba era con quién dejar a los niños.

A la semana de estar en el edificio conocí a un hombre español, Carmona se llamaba y ya rozaba los setenta años. Había escapado de España tras la guerra. Tenía sobre su cabeza una sentencia de muerte, aunque su único delito había sido hacer artículos y alguna caricatura.

—Señor Carmona, me parece increíble que escribiera en *Cruz y Raya*, era mi revista preferida cuando estudiaba en Madrid —le dije el primer día que me contó su historia. A pesar de su edad, se

ofreció a ayudarme con la compra al verme cargada con Ana y Enrique agarrándome las piernas.

El hombre descansó jadeante enfrente de mi puerta.

—Eso es parte del pasado, hace más de cuatro años que escapé de España, ahora sobrevivo con unos ahorrillos y colaboro en la revista *Les Temps Modernes*. Se distribuye de forma clandestina. El director es un buen amigo de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, también colabora Albert Camus.

No conocía a la pareja, pero admiraba mucho la obra de Camus.

Entramos en mi departamento y el hombre dejó la compra sobre la mesa.

—No puedo permitirme nada mejor.

—Cuando los nazis se marchen todo cambiará. Seguro que una mujer culta como usted encuentra una oportunidad.

Me encogí de hombros, dejé a la pequeña sobre la cama y Enrique se soltó de mi pierna.

—Me ha salido un trabajo en la oficina de racionamiento, pero no tengo con quién dejar a los niños tantas horas. Si pago a alguien, se llevará todo mi sueldo.

El hombre sonrió y miró a los pequeños.

—Yo puedo cuidar de ellos.

—¿Está seguro? No quiero ponerlo en un compromiso.

—Yo no salgo de casa hasta la hora en la que usted terminará del trabajo. Lo único que le pido es que limpie la casa de vez en cuando y me haga alguna comida caliente. Estoy cansado de las latas de conserva.

—Trato hecho —le dije mientras le daba la mano.

Al día siguiente comencé en la oficina. Era el mejor lugar del mundo para trabajar, ya que podía quedarme algunas tarjetas de racionamiento gratis. Incluso de algunos productos especiales.

Mi jefa era la Madame Dubois, una solterona delgada, con las mejillas hundidas, unas gafas de concha colgadas al cuello, y que no soportaba a los españoles. A pesar de todo, enseguida entablé amistad con el resto de mis compañeras. Lo primero que me sorprendió fue lo libres que parecían, me recordaron a mi época de estudiante en Madrid. Después del trabajo salían a tomar algo,

aunque la guerra se acercaba de nuevo a la ciudad y todo estaba racionado. Les encantaban los helados de hielo sabor limón y naranja, un café terrible y vino, que eran todas las bebidas que se podían conseguir.

Por la tarde llegaba a casa agotada, pero ilusionada por ver a los niños. Unas semanas después, Carmona me comentó que su revista iba a hacer una pequeña fiesta clandestina en una casa a las afueras de París. Si encontraba a alguien con quién dejar a los niños, podría conocer a la flor y nata de la intelectualidad francesa y abrirme camino en el país cuando la guerra terminase.

Una de mis compañeras, Natalie, se ofreció ayudarme y, aquella noche me puse mis mejores galas para ir a la fiesta.

Llegamos a las inmediaciones de la casa en el tranvía, después caminamos un par de manzanas y nos paramos ante la verja. Era una construcción del siglo XIX preciosa, rodeada de un jardín suntuoso que nos refrescó en cuanto nos sumergimos en él. No había nadie en la puerta del jardín, pero en cuanto subimos las escaleras escuchamos la música, era jazz. No escuchaba nada igual desde 1936. Entramos en la casa y mis pies comenzaron a bailar, me sentí joven de nuevo. El recibidor, los salones, las escaleras, la cocina y la biblioteca estaba llena de gente, la mayoría joven y bien vestida, con un aire bohemio.

Carmona saludaba a todo el mundo en su correcto francés y yo me limitaba a sonreír e inclinar la cabeza. Cuando llegamos al salón principal, vimos cómo casi todo el mundo rodeaba a una pareja singular. Él era bajito con gafas, con el pelo castaño peinado hacía un lado, llevaba chaqueta y corbata a pesar del calor. Ella era alta y esbelta, guapa, con el rostro fino y un peinado que recordaba a las matronas germanas. Hablaban con elocuencia y muchas dosis de sarcasmo, algo que parecía encantar al resto.

—¡Ah, nuestro españolito! —exclamó Sartre en un mal español y abrazó a Carmona.

—¿Quién es la dama que te acompaña? —preguntó el hombre desnudándose con la mirada hasta hacerme sentir incómoda.

—Es una inteligente mujer española, una vecina, Carmen Gordon.

—Encantado —dijo mientras me besaba la mano. La retiré lo antes que pude.

La mujer me escrutó con la mirada, me analizó y después con una sonrisa fría comentó.

—¿Cómo va España? ¿El primer país de África o el último de Europa?

Me puse roja y no supe que contestar. En ese momento apareció un hombre elegante y le dijo:

—¿Hablas del mayor imperio que ha conocido el mundo? España creó la novela, la sátira, la novela social y hasta, si me apuras, la crónica histórica. Además, de ahí han salido los mejores pintores del mundo, después de los italianos.

El hombre me sonrió y me dio la mano.

—Albert Camus, *madeimoselle*.

—Encantada.

—Aquí está el defensor de damiselas —comentó Sartre, y todo el mundo se echó a reír.

—Al menos yo no lamo las botas de los alemanes —contestó Camus.

Se hizo un silencio en la sala. Sartre congeló su sonrisa hasta que su pareja espetó al intelectual.

—Somos supervivientes, no aceptamos la moral burguesa, como lo haces tú.

El intelectual sonrió y les dijo:

—Espero que os haya gustado el último número de *Combat*, los nazis están a punto de salir de París, las cosas van a cambiar pronto.

—No hemos hecho gran cosa por la Resistencia —comentó Simone—, pero sobrevivir ya es resistir.

Todos se rieron y el ambiente se relajó de nuevo.

Camus comenzó a charlar conmigo, me sentía emocionada.

—Lamento que haya tenido que exiliarse, el mundo hace tiempo que se ha vuelto loco.

—Sin duda —le contesté.

—¿Trabaja en la oficina de racionamiento? No es un mal trabajo, pero debe echar muchas horas.

—Sí, demasiadas. Menos mal que me ayuda Carmona.

Mi amigo regresó con algo de ponche, que me supo a gloria en cuanto lo probé.

—Podemos ayudarla para que trabaje en la Sorbona, mis amigos son profesores en un liceo, pero yo conozco al decano y seguro que encontramos un puesto para usted.

—Muy amable, pero no se preocupe. Entiendo que habrá gente que lo necesite más que yo.

—No, la vida es la oportunidad que nos da el mundo de ser nosotros mismos.

En ese momento, Camus me tomó del brazo y nos dirigimos a la biblioteca. Allí había un hombre algo mayor que yo, alto, rubio, de pequeños ojos azules.

—Pierre, te presento a Carmen, la próxima oficinista de tu departamento.

El hombre sonrió y después me dio la mano.

—Bienvenida a Francia. Mañana venga a verme a la universidad.

Camus nos dejó a solas y comenzamos a hablar. Nos amaneció todavía charlando. Se ofreció a llevarme a casa, y cuando me dejó en la entrada del portal se despidió con un beso en la mejilla; sentí como si me corriera una corriente por todo el cuerpo. Hacía años que no me sentía tan viva, presentía que mi vida iba a cambiar por completo; tenía razón, pero no en el sentido que imaginaba.

La noche fue casi perfecta. Mientras subía las escaleras hacia mi deprimente apartamento, noté que estaba tarareando una canción, aunque el ponche no se me había subido a la cabeza. Natalie abrió la puerta antes de que llamase, pues había escuchado mis pasos.

—Espero que hayas disfrutado de la velada —comentó con una sonrisa y me dejó entrar.

Le conté todo y le pedí que se quedase, no quería que saliera con el toque de queda y los nazis revueltos por el avance de los aliados.

A la mañana siguiente me presenté en la universidad después de pedir permiso en mi nuevo trabajo. Tenía la sensación de que las cosas estaban sucediendo demasiado rápido.

Al ver a Pierre noté que me ruborizaba.

—Está aún más hermosa de día que de noche —fue lo primero que me dijo. Después tomaron mis datos y al salir de la oficina continuaba esperándome.

—¿Un café? Aunque ya sabe que es achicoria.

—Encantada —le contesté como una colegiala.

Estuvimos dos horas hablando de España; él había visitado el país en 1934 y era un enamorado de la literatura y el arte españoles.

—Estuve a punto de alistarme en las Brigadas Internacionales, pero he de reconocer que no valgo para disparar tiros, pensé que sería más útil si escribía artículos.

—La palabra vence a la espada, decía San Anselmo —le contesté. Habían pasado años desde mis charlas con mis amigos de universidad, sentía que mi cerebro se había quedado anquilosado. Pierre me superaba física e intelectualmente.

—Espero que le guste el trabajo; es de oficina, pero cuando la guerra termine podría intentar escribir o dedicarse a la docencia.

En ese momento me eché a llorar como una tonta. Llevaba tanto tiempo sin soñar, que el simple hecho de imaginar otra vida me dejaba sin aliento. Al final, comimos juntos.

Al día siguiente comenzaría en el nuevo trabajo. Ese día mandé una nota a la anterior oficina y regresé pronto a casa.

Al llamar a la puerta de la casa de Carmona, este tardó en abrir. Empujé la puerta y me di cuenta de que estaba abierta. Busqué por toda la casa y no estaban los niños ni mi amigo. Subí corriendo a mi apartamento, tampoco había nadie, y comencé a preocuparme.

Bajé hacia la calle, no sabía qué hacer, dónde buscar, entonces vi a Carmona sentado en la acera, con la cabeza hundida entre sus manos.

—¿Qué ha sucedido?

El hombre lloraba y apenas podía articular palabra.

—Se los han llevado y no he podido impedirlo.

—Pero ¿quién? —le pregunté desesperada.

Unos hombres, dijeron que eran de Falange Exterior, que tu marido había denunciado su desaparición y que ellos los devolverían a casa.

En ese momento pensé en el consulado, era el único lugar al que podía acudir. Tomé un taxi y le pedí a Carmona que le avisara a Pierre, era la única persona de la que me fiaba en París. Tenía que encontrar a mis hijos cuanto antes.

Capítulo 37

Consulado

París, 24 de julio de 1944

El corazón me latía a toda velocidad, me dolían lo oídos y, cuando llegué a la puerta del consulado, me faltaba la respiración. No sabía qué esperar. Para las autoridades españolas era una secuestradora, adúltera y prófuga de la justicia. Pero una madre no se rinde jamás.

Llamé desesperada a la puerta. En esos momentos, con los alemanes replegándose y la guerra a las puertas de la ciudad, los españoles no sabían cómo actuar. Habían sido demasiado tiempo aliados de los nazis y podían esperar cualquier cosa de la llegada de los aliados.

Al final me abrió un hombre repeinado para atrás y que olía mucho a perfume.

—Señora, ¿qué le sucede? El consulado está cerrado.

—Es urgente, unos hombres de la Falange Exterior se han llevado a mis hijos, creo que quieren deportarlos a España.

El hombre se atusó el bigote indiferente y me miró de arriba abajo.

—¿Por qué está en Francia? ¿No sabe que los hijos de cada española son de Franco y pertenecen a nuestro país? La Falange Exterior está para garantizar que no nos roben más hijos, como en el treinta y nueve, que decenas de miles fueron traídos por la fuerza a Francia o se enviaron a Rusia, ese país ateo y comunista.

—Mi marido es un asesino, además de un adúltero. Ya sabe que en España es prácticamente imposible separarse . . .

—No me ande con milongas, el deber de una madre y una esposa es aguantar. Mire lo que pasó la Virgen María, nuestra Señora.

En ese momento alguien se asomó por la puerta, era dos cabezas más alto que el funcionario.

—Perdone, señora. No he podido evitar escuchar la conversación . . .

El funcionario miró hacia arriba con el ceño fruncido y después se apartó a disgusto.

—Fabián, ya me encargo yo. Pase, señora . . .

—Gordon.

Entré en el edificio con cierto recelo, esperaba que no se tratara de una trampa, los fascistas eran muy ladinos. Me llevó hasta su despacho en la primera planta y me pidió que me sentase.

—Mire, señora Gordon, soy el vicecónsul; el cónsul y el embajador están a punto de abandonar la ciudad por precaución. Esos dos tienen miedo de las consecuencias de su colaboracionismo con Vichy y las autoridades alemanas. A cada cerdo le llega su San Martín. La Falange Exterior ha actuado con impunidad en el país, difundiendo su mensaje, intentando seducir a algunos intelectuales para que regresaran a España y mejorar su imagen exterior. Se han llevado niños tanto de París como de los campos de Gurs, Rivesaltes y Argelès-sur-Mer. Entiendo su angustia.

—Necesito saber dónde están, no creo que ya se hayan marchado de la ciudad.

—Usted es la esposa de Marcelo Buendía, uno de los consejeros provinciales de la Falange en Cádiz. Nos llegó una orden de busca y captura contra usted y sus hijos. Si han actuado tan rápido, esto solo puede significar que el ministro de Asuntos Exteriores ha mandado un equipo especial. La Falange tiene varios aviones a su servicio, uno en Francia, esa gente se habrá dirigido al aeropuerto para regresar a Madrid.

—¿Tienen un avión?

—Me temo que sí.

Me puse en pie, no había más tiempo que perder.

—Espero que logre recuperar a sus hijos. Cuando los nazis se marchen de Francia, ya no podrán hacer nada contra su familia. Lamento no poder ayudarla en nada más. ¡Suerte!

Salí corriendo del despacho, bajé las escaleras y salí a la calle hasta que me di de bruces con Pierre.

—Carmen, ya me ha contado Carmona lo sucedido.

—¿Tienes coche? Tenemos que ir al aeropuerto de inmediato.

El hombre me miró sorprendido: nadie tenía coche, y los que aún lo conservaban, no podían acceder a la gasolina, que estaba controlada por los alemanes.

—Espera.

El hombre paró un coche que repartía leche. El chofer lo miró sorprendido. Pierre le explicó algo y nos subimos.

—Lo lamento mucho, madame —dijo el lechero mientras aceleraba la furgoneta Citroën, aunque no daba mucho de sí.

El aeródromo Le Bourget estaba al noroeste de la ciudad, a unos once kilómetros de París. Estaba ocupado por la Luftwaffe, por lo que no sería fácil entrar.

Media hora más tarde paramos en la terminal, dos soldados custodiaban la entrada.

—Soy española, necesito ver a unos diplomáticos que van a volar a Madrid.

El cabo me miró muy serio, y después entró para que saliera el oficial al mando.

—¿Qué es lo que necesita? Estamos en alerta máxima, no hay vuelos comerciales.

—Mis hijos están con dos funcionarios españoles que quieren llevárselos a España sin mi consentimiento.

El hombre se encogió de hombros.

—No puedo permitirles pasar, no se permite la entrada de civiles.

Comencé a llorar, ya no podía más. En cualquier momento el avión podía despegar, si es que no lo había hecho ya.

—Por favor, si tiene hijos me comprenderá.

El oficial se quedó pensativo, después miró a mi acompañante y dijo:

—Solo usted, señora.

Entramos en la terminal. Impresionaba verla vacía, únicamente con algunos soldados caminando con papeles de un lado a otro.

—Estamos preparando la evacuación. No me siento muy orgulloso de lo que hemos hecho aquí ni en ningún otro lugar; suena a vana excusa, pero es cierto. Al verla, he pensado que ya era suficiente.

Al hombre se le humedecieron los ojos.

Llegamos a las pistas, cruzamos hasta un hangar y nos detuvimos en la puerta.

—Este es el que usan los españoles —comentó el oficial mientras sacaba su Luger.

Escuché el sonido metálico de la puerta corredera. El hangar estaba a oscuras y nos costó unos segundos atisbar algo en su interior. Vimos un avión plateado, y en la cabina, a dos pilotos. La escalerilla aún estaba puesta.

—Espere —dijo el hombre, y entró en el aparato. Escuché algunos gritos y, minutos después, salió con Ana y Enrique en brazos.

Los dos niños se lanzaron hacia a mí y comencé a llorar.

—¡Vamos! —ordenó el oficial alemán—. Esa gente es una fanática.

Llegamos de nuevo a la terminal y el oficial paró un coche.

—Lleven a esta gente a dónde les pidan.

—Muchas gracias, oficial . . .

—Gabor Müller.

—Muchas gracias, oficial Müller.

Subimos al coche y salimos del aeropuerto. Sabía que se había producido un milagro, algo realmente inexplicable: la generosidad de un hombre cansado de tanta muerte y destrucción.

Unas semanas más tarde, los alemanes salieron de París sin lucha. A finales de octubre, prácticamente todo el país estaba liberado.

Pierre se portó como un caballero, me ayudó en todo lo que pudo. Cuando terminó la guerra, me propuso dar clases en la

universidad. También comencé a colaborar en varias revistas culturales, especialmente con artículos sobre temas literarios.

Los niños comenzaron a crecer lejos de su país, aprendieron francés de una forma increíble. Pierre y yo planeábamos casarnos, pero enfermó de tuberculosis y murió a finales de 1947.

Seguí vinculada al círculo de amigos de Carmona, en especial a Sartre y su esposa; me acostumbré a su estilo ácido y sarcástico. Me sentía tan perdida que la contracultura me parecía la mejor forma de venganza contra la generación que nos había llevado a la guerra.

En los años cincuenta comencé una relación con Martin Leroy, un compañero de trabajo, profesor de filosofía en la Sorbona de París. Compramos una casa en las afueras de la ciudad y nos trasladamos allí con los niños. Todos los fines de semana teníamos veladas intelectuales en el jardín o en el salón principal.

España me parecía una pesadilla de la que había logrado despertarme. Mi único sueño no cumplido era ver publicados mis libros. Mientras tanto, Enrique se convertía en un apuesto jovencito y Ana, en una conflictiva adolescente.

El mundo seguía girando. La vieja Olivetti parecía gritarme que regresara al sonido magnético de sus teclas algo oxidadas, pero cuando la vida te sonríe, las palabras suelen quedarse prisioneras de nuestra felicidad, como si vivir fuera lo único importante, y soñar, un atrevimiento que no quería provocar, quizá por temor a que mi pasado me capturase de nuevo, a que Marcelo regresara a nuestras vidas y el infierno que había vivido todos aquellos años renaciera de nuevo.

A finales de los años sesenta estalló la revolución que tanto estábamos esperando. Lo que no podía imaginar era cómo podía afectar a mis hijos, que estaban estudiando en la universidad. A pesar del desprecio de muchas intelectuales a la maternidad, mis hijos seguían siendo lo más importante que me había sucedido en la vida. A pesar de que ya eran adultos, seguía preocupada por ellos, por su mala relación con mi pareja, temerosa de que la maldición de nuestra familia cayera sobre ellos, como ya lo había hecho sobre mi madre y sobre mí años antes. El miedo es la expresión natural de

cada uno de nosotros hacia la incertidumbre y, en el fondo, la vida no es otra cosa que una larga y tediosa incertidumbre.

Capítulo 38

Fracaso

Jerez de la Frontera, 2 de agosto de 1974

Todo lo que había amado al conocer Jerez ahora lo abominaba. Mi familia nunca había sido feliz en esa ciudad. La sociedad mojigata inglesa, un grupo endogámico capaz de cualquier cosa por mantener sus privilegios, me parecía detestable. Jocelyn y, más tarde, mi madre habían intentado ser libres, escapar primero a través de las teclas de una máquina de escribir y después escapando de un país que las asfixiaba. Mi tía Milagros era lo único que me ataba a Jerez y a aquella casa vieja.

Me pasé tres semanas escribiendo sin parar, poniendo en orden los escritos de mi abuela y los de mi madre, intentando darles algo de coherencia y continuidad, capturar sus dolorosos recuerdos, y, en el fondo, hacer un homenaje a las mujeres de mi familia. El esfuerzo fue abrumador, pero la parte más dura fue donde me tocaba aportar todo lo que había vivido en los últimos años. No recordaba nada de mi llegada a Francia, apenas tenía unos meses cuando mi madre se exilió; tampoco tenía demasiados recuerdos de los primeros cinco o seis años. La vida era monótona y feliz. Carmona siguió ayudando a mi madre mientras pudo, para mí fue como el abuelo que jamás conocí. Por las tardes, nos leía a Antonio Machado, Federico García Lorca, Miguel de Cervantes, Quevedo, Unamuno y Galdós, sin importarle si los entendíamos o no. Gracias a sus lecturas empecé a enamorarme de los libros.

Mi madre era profesora y articulista, no tenía demasiado tiempo para nosotros, como si quisiera recuperar los años perdidos en España tras la guerra. Nos criaron las canguros que pagaba para salir de fiesta, las *au pair* que nos enseñaban inglés y alemán. Teníamos decenas de actividades en el colegio: desde hípica, manualidades, deporte y pintura.

Enrique y yo nos apoyamos mutuamente, en el fondo éramos lo único que teníamos en el mundo. La escuela nos enseñó a ser franceses, pero en nuestro fuero interno no pertenecíamos a ninguna parte.

Al llegar a la adolescencia, en el liceo comencé a echarme amigas que se pasaban el tiempo bebiendo y fumando, niñas tan solitarias y perdidas como yo. Me había pasado hasta los catorce siendo un ratón de biblioteca, y ahora quería salir a la vida y aprenderlo todo, en especial lo prohibido.

Mi hermano terminó la universidad mientras yo comenzaba a estudiar política. Todos queríamos cambiar el mundo, pero en el fondo lo único que a mí me interesaba era la literatura, por eso me escapaba de mis clases y entraba en la de historia de la literatura francesa o lingüística.

En el segundo año de la carrera conocí a Marcel, un estudiante que se parecía al Che, el revolucionario latinoamericano. Marcel militaba en un partido maoísta, era radical, atractivo y muy guapo. Todas estábamos detrás suyo, pero él me eligió a mí. Me llamaba la españolita. Asistíamos a todas las manifestaciones, era nuestro momento. Marcel me introdujo en el mundo de los estupefacientes, el LSD, la marihuana y otras drogas. Me pasaba la mayor parte del tiempo colgada, no era yo misma, pero eso era precisamente lo que me gustaba.

Mi hermano se había ido a trabajar de ingeniero a Londres; mi madre había dejado a su pareja, el filósofo odioso que la maltrataba psicológicamente, por un bróker de la bolsa de París, y yo estaba sola en el mundo. Los libros eran los únicos que me hacían compañía, aunque a veces iba tan colgada que las letras se me borraban o movían, no sé cómo hice los exámenes y logré graduarme.

En mayo de 1969, el mundo se volvió loco, los estudiantes tomamos las calles de París y estuvimos a punto de hundir el viejo sistema burgués. Al mismo tiempo, me hundía yo.

—Tienes demasiados prejuicios, no eres lo suficientemente radical —me dijo Marcel, con el que llevaba dos años de relación.

—Lo que propones es una locura —le comenté, mientras el resto de los camaradas nos observaban con curiosidad.

—Tenemos que pasar a la acción, el estado no se va a rendir porque tiremos adoquines a la policía. En 1917, lo que hizo que la revolución triunfara fue el asalto al Palacio de Invierno. Lo mismo pasó en 1792: la revolución tiene que ser violenta o no será.

—Yo defiendo que es mejor hacer el amor que la guerra —le contesté muy seria, aunque la marihuana me tenía aturdida.

—Eres una burguesita, una conservadora españolita —dijo para molestarme.

—Marcel, tu familia es de las más ricas de Burdeos . . .

—Por eso he renegado de ellos y de la universidad, tú estás con el doctorado y en casa de tu mamá.

Aquello me ofendió más que los otros comentarios. Estar con mi madre era como vivir en una pensión; ella y yo apenas hablábamos.

—Mi madre es una conformista, no cree en la revolución ni en el verdadero feminismo, no me parezco nada a ella.

Me puse en pie, pero me tambaleaba tanto que casi me caigo.

—Eres una cobarde, Ana, nunca harás nada para cambiar el mundo.

—¿Con una bomba pretendéis cambiar el mundo? Y si hay niños cerca no puedo aceptar esa medida, lo siento.

—Pues no vuelvas. Los que no están dispuestos a dar todo por el partido, son traidores de clase —dijo Marcel mientras me hincaba su mirada de desprecio.

Me dirigí a la puerta, y mientras bajaba me encontré con el senegalés que nos pasaba las drogas. La casa ocupada estaba en un barrio obrero de París.

—¿Quieres algo nuevo, mucho más potente?

Lo miré y su figura se me nublaba, afirmé con la cabeza y entré en su casa.

—Es heroína, viene de Turquía, seguro que te gusta. La han traído de Alemania, su nombre significa «heroico». Vas a tener un viaje alucinante, mejor que el LSD.

En cuanto me la inyectó, sentí una paz inmensa, después euforia . . . y dejó de importarme Marcel y su mundo. En el fondo, todo lo que me rodeaba era como un escenario sin sentido, lo único que quería, pasado un rato, era dormir. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero una semana más tarde, no podía pasar ni un solo día sin inyectarme.

Mi madre se preocupó cuando llevaba una semana sin ir a casa. Llamó a Enrique, y él regresó de Londres para buscarme.

Mi hermano era un hombre alto y guapo, inteligente y brillante, pero inseguro. Mi madre no había sabido transmitirnos esa seguridad, nunca estaba presente en nuestra vida.

Enrique, por medio de un amigo de la universidad, contactó a Marcel. Él le dijo que tal vez podía estar con el senegalés.

No recuerdo cuando me sacó de la casa, pero sí que me desperté en la cama de mi cuarto. Estaba ansiosa, con el mono por la falta de droga, quería tomar más a toda costa. El cuerpo me temblaba, sudaba y tenía frío, mi cerebro quería relajarse de nuevo.

—Se te pasará, ya he visto otros casos en Londres. Un amigo también cayó.

—Yo no quiero que se me pase. Deja que me vaya, mi vida no vale una mierda —le contesté furiosa, pero él me retuvo.

—No puedes dejar que esto te destruya, sueñas con convertirte en escritora y periodista.

—Este mundo es una basura . . .

—No lo es y lo sabes. Puede que no hayamos tenido la mejor infancia, pero somos unos privilegiados y nos queda toda la vida por delante.

—Hablas como mamá.

En ese momento mi madre se asomó por la puerta.

—¿Estás despierta? —preguntó sin poder disimular su cara de preocupación.

—¡Déjame en paz y sal de mi cuarto! —le grité, pero ella se quedó en el umbral.

—¿Quieres que te llevemos a algún sitio?

—¡Quiero que me dejéis vivir!

—Esto no es vida, Ana. Salimos de España para intentar tener una vida mejor, pero parece que no lo entiendes. He sufrido mucho para daros todo lo que tenéis; estudios, educación, dinero . . .

—Yo no quiero nada tuyo, madre —le dije fuera de mí.

—Mañana tu hermano te va a llevar a Bretaña a un centro, allí te pondrán bien —concluyó mi madre y cerró la puerta.

Yo no quería ir a ningún lado. Intenté escapar, pero mi hermano me lo impidió. A la mañana siguiente, en el Mercedes de mi madre, nos marchamos para Bretaña. Llevábamos unas tres horas en el coche cuando mi hermano se durmió al volante y nos salimos de la carretera. Sobrevivió durante veinticuatro horas, pero sus lesiones en el cerebro eran irreversibles, yo no me hice ni un rasguño.

Mi madre me dejó de hablar, me echaba la culpa de lo sucedido, y no le faltaba razón —por mi culpa el ser más noble y bueno del mundo estaba muerto—.

Logré salir de la heroína, pero dejó una huella profunda en mi corazón. Mi deuda con Enrique era convertirme en la mujer de la que él se sintiera orgullosa.

Ahora estaba en Jerez, por primera vez entendía a mi madre, aunque aún no sabía por qué había escrito todo aquello. ¿A quién quería contarle su vida?

Cuando narré aquellos años de locura y drogas, la muerte de Enrique y lo que me había separado de mi madre, no lo pude soportar más. Salí de la casa y me fui a un bar para tomar algo, me senté en una terraza y observé los mismos edificios que habían contemplado tantas veces mis antepasados. Un chico se acercó torpemente, llevaba una mochila colgada en un brazo y tres libros que le bailaban en las manos. Se sentó al lado y pidió algo, después abrió los libros y comenzó a leer.

Siempre me ha fascinado la gente que lee, son como una debilidad para mí. Comencé a mirarlo, pero el chico parecía despistado. Al final me acerqué y le hablé en español con mi acento parisino. Necesitaba escapar del bucle de soledad en el que me encontraba desde mi llegada a España y, sobre todo, olvidarme de

mi padre y sus intenciones de conocerme. Dejé que mi perro Sartre se escapase y se fuera a las piernas del chico.

—Hola, perdona a Sartre. Me llamo Ana.

El chico levantó la mirada aturdido, pero al verme pareció confundirse más. Se notaba que no estaba acostumbrado a tratar con mujeres, al menos no con unas tan atrevidas como yo.

—Hola, yo me llamo Felipe. Acabo de llegar de Barcelona, mis abuelos viven en Jerez y yo necesitaba salir unas semanas de la ciudad y dedicarme a leer.

—Creo que no hay nada mejor en el mundo que leer un buen libro.

El chico sonrió por primera vez.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Me senté a su lado. Me invitó a tomar algo y pasamos el resto del día hablando. No me pasaba nada igual desde que conocí a Marcel, pero la diferencia es que Felipe parecía una persona amable, sencilla y a quien lo único que le interesaba eran los libros.

—He leído casi toda la literatura importante del siglo XIX francés, pero mi preferido, lo siento, es Balzac.

En aquel momento Balzac no estaba bien visto en el mundo intelectual, lo consideraban comercial y zafio en muchos sentidos, pero a mí siempre me habían encantados sus libros.

—¿Has leído la biografía de Stefan Zweig? Creo que es de las mejores que se han escrito sobre Balzac.

—No —contestó ilusionado, le brillaba la mirada al hablar de libros.

—Lo único que adolece es de una mayor profundidad en su obra.

—La obra no se puede entender sin conocer la vida —dijo con más seguridad.

—La vida de un escritor casi nunca es interesante y, menos mal, por eso se dedican a soñar con las de otros.

—¿Tú crees? Pienso que el escritor no desea otra vida. Ya es suficientemente increíble esa capacidad de crear mundos de la nada. La vida nunca es tan interesante como la literatura. De hecho, cuando escribimos una biografía lo que estamos consiguiendo es

poner dramatismo y emoción a la vida, mientras le quitamos los momentos tediosos —comentó mientras acariciaba a mi perro.

—Sabes, me parece muy interesante tu reflexión. Estoy escribiendo algo y es precisamente eso lo que siento. Que escribir es como quitar a la vida lo sobrante y quedarme con lo esencial.

Se me quedó mirando fijamente, después tomó un sorbo de la copa y me dijo:

—¿Eres escritora?

—¡No! Bueno, sí. En realidad, no lo sé. ¿Qué es ser escritor?

—Ser escritor . . . Woolf decía que era una especie de enfermedad incurable.

—No sabía que eras tan pedante —bromeé y él chico se puso rojo como un tomate.

—Bueno, me gusta citar a otros autores, aunque parezca un acto de pedantería.

—Era broma, lo que pasa es que a mí se me olvidan todas las citas de autores, tengo una memoria malísima.

Los dos nos echamos a reír.

Fuimos a cenar y continuamos hablando de libros. Nos contamos todas nuestras respectivas vidas a través de las lecturas que habíamos hecho.

—¿Me ayudarías a terminar mi manuscrito?

—Yo estoy estudiando para abogado, pero no se me ocurre nada mejor para pasar mis vacaciones en Jerez.

Al día siguiente vino a casa, se quedó sorprendido al ver que era de una de las sagas más conocidas de la ciudad. Le encantaba mi tía Milagros y nos pasábamos el día repasando y escribiendo mi manuscrito. Si la felicidad pudiera definirse con una palabra, creo que escogería compañerismo, fue la primera vez en la que no me sentí sola en mucho tiempo. Se han buscado muchas definiciones sobre el amor, pero creo que la más acertada es amistad. El amor es mucho más que una emoción o un sentimiento, es un acto de valentía en el que uno descubre su alma frente a un extraño hasta que este se convierte en su mismo ser.

Repasamos el libro durante todo el mes de agosto. Cuando estuvo terminado, él me propuso que fuéramos a Barcelona, allí se

encontraban las mejores editoriales del país. Todo aquello era como un sueño. Pensé que, después de tanto tiempo sobreviviendo, lo que ahora deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo era soñar, y con Felipe podía hacerlo, por eso creo que me enamoré de él. La persona que amamos es aquella que nos ayuda a imaginar la mejor versión de nosotros mismos.

Capítulo 39

Gauche Divine

Barcelona, 14 de septiembre de 1974

En España, Barcelona era lo más parecido a una ciudad europea. Se respiraba otro ambiente, en especial entre la gente joven. Los libros eran el centro de los cambios que se estaban produciendo en el país. Carlos Barral, Esther Tusquets y Jorge Herralde, junto a otros editores muy influidos por la literatura francesa, habían logrado producir el *boom* latinoamericano.

Felipe conocía a algunas personas en Barcelona que se movían en el ambiente literario, así que nos dispusimos a investigar si alguien estuviese interesado en mi historia, mejor dicho, la de mi familia. En muchos sentidos, mi libro resumía la historia de casi todo el siglo XX en España.

Felipe era amigo de uno de los hijos de Josep María de Sagarra, Joan de Sagarra, un periodista cultural muy famoso. Quedamos con Joan en plaza Cataluña. Fuimos por Paseo de Gracia hasta Boccaccio. En cuanto llegaron, Joan saludó a Oriol Regàs y pasamos al local.

Joan fue saludando a todo el mundo y nos iba explicando quiénes eran.

—Este es Carlos Barral, lo tenéis que conocer, es editor de Seix Barral. Aquel es Jaime Gil de Biedma, un burguesito que se cree el mejor poeta desde Lorca.

Llegamos hasta una mesa en la que estaban sentados tres mujeres y dos hombres.

—Os presento: esta es Ana Gordon y mi amigo Felipe, el abogado, ya lo conocéis. Ella es Maruja Torres, Núria Espert, Elsa Peretti, Josep Maria Castellet y el gran Juan Marsé.

—Hola —dije, algo intimidada. Aunque a todos les gustaba que fuera francesa y escritora, yo me sentía fuera de lugar. De repente, comenzaron a hablar en catalán y no entendía nada.

Mientras sonaba suavemente la música de Gainsbourg, un hombre que llevaba una barba parecida a la de Abraham Lincoln se acercó con una copa en la mano, a su lado venía un hombre algo extravagante, pero de amplia sonrisa:

—Yo creo que es mejor el cubano, por dar por el culo a Franco —dijo el más extravagante.

El que tenía la barba parecida a Abraham Lincoln —luego me enteré de que era Carlos Barral— le contestó:

—Ya, pero yo vendo libros, no polémicas.

Al fondo, Colita estaba haciendo una foto a Núria Espert.

Joan se acercó a Carlos Barral y me lo presentó.

—¿Una autora francesa? ¡Qué interesante! Estoy enamorado de Marguerite Duras y, sobre todo, de Annie Ernaux, de su *Les armoires vides*.

Sonreí sintiéndome como una tonta; tenía que reaccionar y dejarme llevar. Toda la vida había soñado con un momento así: estar delante de un editor para venderle mi obra.

—Me encantó la protagonista Denise Lesur, describe muy bien la vida de una estudiante universitaria humilde en París.

—A mí me gustan sobre todo los largos diálogos interiores —contestó Carlos Barral.

—Ana ha escrito una novela: la historia de su familia —le dijo Joan, y el hombre me sonrió, a mí me sonó a tópico. Todo el mundo había pensado en algún momento escribir la historia de su familia.

—Bueno, es la historia de tres mujeres, de tres generaciones de escritoras frustradas unidas por una máquina de escribir Olivetti.

—¡Joder, qué bueno, ostias! —exclamó Barral, y después le dio una palmadita en el hombro a Joan.

—¿Qué gente conoces en Barcelona?

—Me la acaba de presentar mi amigo Felipe. La familia de Ana es de Jerez de la Frontera, de los magnates del vino.

—¡Qué burgués! ¡Me encanta! Esas sagas familiares al estilo Balzac. ¿Cómo es que eres francesa?

—Mi madre tuvo que irse al exilio perseguida por mi padre, un falangista que la engañaba y maltrataba.

Los ojos del editor comenzaron a brillar, parecía que hubiera descubierto una mina.

—¿Cuándo puedo leer ese novelón? ¿Ya lo has terminado?

—Lo tengo, casi; estoy dándole el último repaso.

—¿Cómo lo quieres titular?

—Aún no lo sé —contesté dubitativa.

Carlos Barral miró hacia el techo como si estuviera pensando.

—Lo mejor del olvido es el recuerdo.

—Me gusta —le contesté con el corazón exaltado al escuchar una frase que había leído en el manuscrito de mi abuela, como si ella la hubiera puesta en boca del célebre editor.

Entonces, Moix, que había seguido la conversación, negó con la cabeza.

—No, bonita, no hagas caso nunca a un editor borracho. Las frases hay que dejarlas sin terminar en los títulos, para que sean los lectores los que las terminen en su cabeza. Es mucho mejor: Lo mejor del olvido.

Me parecía estar viviendo un sueño. La gente más culta de España, uno de los editores más importantes, estaba pensando en un título para mi novela.

—Sí, me gusta: Lo mejor del olvido —repetí en voz alta, como si necesitara creermelo que mi sueño iba a hacerse por fin realidad.

En la ciudad me quedé en el pequeño apartamento de Felipe. Mientras él terminaba su doctorado, yo me quedaba en la casa repasando por última vez la novela.

Cuando mandé el manuscrito al editor, estaba llena de ilusiones. Dos semanas después, me contestó que el texto era demasiado

amateur y que no lo publicaría. Al principio me desanimé, pero si algo había aprendido de las mujeres de mi familia es que eran inmunes al desaliento.

Unos días más tarde, en el mismo local, conocimos a un editor más joven y aventurado. Se llamaba Sergi Porta, tenía aspecto de trabajador de banco, con la tez pálida, una barba infantil, delgado y con la voz aflautada.

—Lo publicaremos para Navidad —me dijo mientras firmábamos el contrato. Miré la última página del documento y di un largo suspiro, me había convertido oficialmente en escritora.

Unas dos semanas más tarde, mientras estaba en casa con Felipe me llegaron las galeradas y las repasamos con avidez, parecía ya un libro de verdad.

Una de las mañanas en que estaba a solas con Sartre escuché el timbre de la puerta, no era nada normal. Nuestros amigos trabajaban por la mañana. Me puse una camiseta y unos pantalones cortos y abrí. Me sorprendió ver a un hombre mayor, de un metro ochenta, con el pelo cano peinado para atrás, bigote, unos ojos que parecían fríos y vivaces al mismo tiempo, y una voz ronca, casi agresiva, como la de un militar.

—¿Ana?

—Sí. ¿Qué desea? —le pregunté confusa, imaginé que sería un vendedor de enciclopedias.

—Soy tu padre, Marcelo.

Me quedé muda, con la boca abierta y sin saber cómo reaccionar. Aquel encuentro me producía una mezcla de temor y emoción. Llevaba toda la vida esperando este momento, aunque lo temía más que lo deseaba.

—¿Puedo entrar?

Lo dejé pasar al apartamento y me puse a recogerlo todo, como si me fuera a regañar. Su mirada severa parecía escudriñar el lugar entero.

Se sentó en una silla y yo en el brazo del sillón.

—La última vez que te vi eras una bebé. Siempre os quise a los dos, pero tú eras la niña de mis ojos.

—Yo . . .

—No recuerdas nada, ya lo sé. Imagino que todo lo que te haya dicho tu madre de mí será negativo.

Negué con la cabeza.

—Mi madre apenas me ha contado nada, aunque he podido leer todo lo que pasó en aquella época en un libro.

El hombre frunció el ceño.

—¿Un libro? Algo me había dicho uno de los criados de la casa. Tu madre, cuando logró recuperar su herencia y quitarme lo que tanto me había costado conservar, envió una máquina de escribir y otras cosas suyas. Ella me engañó, me dijo que me quería y cuando quise darme cuenta se había largado. No aguantaba ser ama de casa y madre, siempre quiso convertirse en escritora y dar clases en la universidad y, por lo que sé, consiguió ambas cosas en Francia.

—Tú la engañaste con otra —le acusé. No soportaba que se presentase como una víctima.

—Eso no es cierto, una loca le escribió una carta y ella se lo creyó. Nunca la engañé, pero ella no era feliz, eso era palpable. ¿A que no se esforzó en ser una buena madre? Lo único que quería era teneros, hacerme daño y demostrarse a sí misma que su vida era importante.

Respiré hondo, siempre hay que escuchar las dos versiones de una historia, pero a pesar de las diferencias con mi madre, sabía que no era una mentirosa y que todo lo que escribía, licencias literarias aparte, era verdad.

—¿También es mentira que delataste al hombre que ella amaba?

—Eran otros tiempos, cuando uno vive en medio de una guerra tiene el deber de sobrevivir —dijo mientras comenzaba a sudar.

—La engañaste, te hiciste imprescindible aprovechándote de su debilidad y después le robaste su alma. Eso era suficiente para que huyera de ti.

El hombre se cruzó de brazos.

—Sabes una cosa. Ahora estáis con esas mierdas de la realización, el poder de las mujeres y la guerra de sexos. Antes las cosas eran más simples. Puedo entender que tu madre no encajase, pero no fue por mi culpa. Hay dos formas de vivir en este mundo:

adaptándose o dándose de ostias con él, ya sabes a los que les va bien.

—A mi madre le va muy bien —le dije.

—¿Dónde está ese libro?

—¿Qué más te da? Creía que habías venido a conocerme.

El hombre hizo una mueca.

—Ya te conocía, te he tenido vigilada desde que llegaste a España, sé hasta el nombre de tu perro Sartre. En este país eres una extranjera, y será mejor que no des problemas. En España hay orden y yo soy un procurador de cortes, además de miembro destacado del partido.

—No te has enterado de que tu mundo está desapareciendo —le contesté furiosa.

—Eso dijeron en el cuarenta y cinco, cuando los nazis perdieron la guerra. Estamos infiltrados en todo el tejido social, la economía y hasta en la oposición. Cuando muera el Caudillo, y no creas que alguna vez me ha gustado ese generalito gordinflón, seguiremos en el poder, aunque de otra forma.

Mi padre me señaló con el índice y me dijo amenazante.

—Veo que tienes agallas como yo, pero se necesita más que agallas para enfrentarse a mí, te lo aseguro, soy un superviviente.

Sartre le comenzó a gruñir y tuve miedo de que le diese una patada.

Y sin más, se levantó y, con un portazo, se fue. Yo tenía el corazón a mil, pero no teníamos teléfono ni forma de contactar con el mundo, me abracé a mi perro y me eché a llorar.

Felipe llegó un par de horas más tarde, le extrañó verme en la cama, echa un ovillo. Sentía una mezcla de miedo y angustia, como si tuviera que haberme enfrentado a mi pasado sin estar preparada para ello.

—No va a permitir que salga el libro —le conté entre lágrimas. Él me abrazó, y nos quedamos así mucho tiempo, hasta que nuestros dos corazones latieron al unísono y me sentí la mujer más dichosa del mundo por tener a un hombre así a mi lado.

Al día siguiente me enteré de que la policía había clausurado la editorial de Sergi, lo había detenido y habían secuestrado el libro.

—¿Crees que nos hará algo a nosotros? —le pregunté inquieta a Felipe. Llevaba unas semanas de ayudante en un bufete laboralista muy prestigioso de Barcelona.

—Franco aún tiene capacidad para matar. Hace unos meses mandó matar a Salvador Puig Antich y Georg Michael Welzel, un alemán. No le importó para nada la presión internacional.

—¿Por qué no te vienes conmigo a Francia?

Felipe me abrazó, sabía que era pedirle demasiado.

—He estudiado derecho para proteger a la gente, no para irme y que las cosas sigan igual, pero entendería que tu quisieras hacerlo.

Lo volví a abrazar entre lágrimas. Prefería enfrentar mi destino a su lado que dejarlo en España y perderlo para siempre.

Capítulo 40

Cárcel

Barcelona, 16 de noviembre de 1974

Estábamos durmiendo cuando derribaron la puerta. Dos de los policías de la secreta se llevaron a Felipe, y otros dos, a mí. Nos dejaron vestirnos y nos llevaron a un furgón aparcado en la puerta del edificio. El edificio de Vía Laietana era uno de los más temidos por los disidentes políticos. La Brigada de lo Político Social era el cuerpo encargado de la represión política.

Nos llevaron hasta el despacho de un hombre pequeño, pero sus ojos destilaban maldad.

—Dos niños de papá, a ostias os mataba yo. Vais a saber cómo se las gasta Antonio Juan Creix. ¡Eduardo, ven aquí, coño, que hay faena!

Un hombre alto y fuerte, con cara de orangután se acercó a la mesa.

—¿Qué han hecho estos dos?

—Un libro para criticar a Franco y exaltar a los rojos. Están muy crecidos estos rojos. Sabemos que habéis estado con esos burguesitos catalanes que se creen muy valientes, pero no van a mover un dedo por vosotros. Cómo lloraban los muy jodidos cuando la falange entraba por la Diagonal, preguntárselo a la Tusquets, sus propios padres nos recibieron con los brazos abiertos, pero ahora todo eso se ha olvidado y nosotros somos los malos de la película, pues lo vamos a ser de verdad. ¡Ostias!

Eduardo le dio un puñetazo a Felipe haciendo que se doblara hacia delante.

—A la niña no la vamos a tocar, si no, nos mata su padre —dijo Antonio, pero aun así me oriné encima de miedo.

Después del interrogatorio nos metieron en una celda, no llamaron a ningún abogado a pesar de las protestas de Felipe, y nos tuvieron incomunicados cuarenta y ocho horas.

Cuando me dejaron hacer una llamada, en la única en que pensé fue en mi madre.

—¡Mamá! —exclamé y me eché a llorar. Le conté lo sucedido, y ella me escuchó sin intervenir.

—Voy para España.

—¡No! Eso es lo que él quiere.

—¿Lo has visto?

—Vino y me advirtió que no sacase el libro.

Se hizo un silencio.

—¿Qué libro?

—Estaba escribiendo un libro sobre la historia de la familia, la historia de la abuela y la tuya.

—Eso son cosas que es mejor olvidar.

—No podemos olvidar. Olvidar es dejar morir la realidad dos veces, mamá.

—Me tomo el primer avión, estaré con el cónsul en la comisaria dentro de doce horas máximo. ¡Aguanta!

—Tengo que pedirte un favor.

—Lo que quieras, hija.

—El manuscrito está en casa de un amigo de Felipe, mi novio, se llama Joan. Trabaja en una revista, Joan de Sagra Destino se llama.

Cuando colgué el teléfono me sentí de nuevo desamparada.

Al día siguiente escuché voces, mi madre había llegado con un abogado, el cónsul y un miembro del Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Mi hija no es una terrorista.

La puerta de la celda se abrió chirriante y el rostro de mi madre iluminó aquel cuartucho sucio e infecto.

Nos abrazamos y salimos de la celda, y unos minutos más tarde, del edificio.

—¿Dónde está Felipe? —pregunté mirando de un lado a otro.

—No hemos podido hacer nada —me explicó el abogado—, pero no podrán retenerlo por mucho más tiempo.

Cuando llegamos al apartamento, mi madre me ayudó a recoger mis cosas. El abogado y el vicedónsul estaban esperando en el coche.

Alguien empujó la hoja de la puerta abierta y entró.

—Carmen, cuanto tiempo, me avisaron de la policía e imaginé que vendrías aquí. Os puedo volver a detener otra vez.

Mi madre se giró y fue hasta él.

—Ya no soy la misma mujer que conociste. ¡No te tengo miedo!

—Eso es lo que se repiten los cobardes para convencerse.

—Soy ciudadana francesa, como Ana, y no podéis encarcelarnos.

—Aquí se hace lo que me salga a mí de mis santos cojones —dijo con un rictus de rabia en su boca retorcida.

—No, eso se acabó, Marcelo. Nos vamos a ir por esa puerta.

El hombre frunció el ceño.

—Darme el manuscrito y os dejaré ir.

—¡No! ¡No tienes derecho!

—Es mi vida, Carmen.

—No, no lo es. Es la mía y ella puede escribirla si es lo que quiere.

—El manuscrito, Ana, y te prometo que Felipe saldrá en un par de días, si no le meteré como terrorista y a lo mejor acaba en el paredón o en el garrote vil.

Le pedí el manuscrito a mi madre y se lo entregué.

—Buena chica. De todas formas, nunca hubiera permitido que saliera publicado en España.

Mi padre se hizo a un lado y salimos por la puerta. A nuestro paso, pudimos oler su colonia y ver su rostro enrojecido a unos pocos centímetros.

Cuando llegamos al coche me eché a llorar mientras temblaba. Mi madre me abrazó y nos dirigimos al aeropuerto. Solo pensaba en

Felipe, en todo lo que había arriesgado por mí, y en el pobre de Sergi.

Mientras el avión volaba sobre Barcelona, pensaba en todos los meses que había estado en España. Dentro de la bolsa, Sartre gruñía asustado, temeroso de aquel aeroplano que se bamboleaba. Cuando cruzamos la frontera invisible que separaba a los dos países, pensé que precisamente eso, lo intangible, era en el fondo lo más real del mundo, mientras que lo que podían percibir los sentidos era un simple telón de fondo, el escenario donde se desarrollaba la comedia humana. Únicamente dependía de nosotros ser felices o infelices en la gran tragedia de la vida, por eso me dije a mí misma que algún día regresaría a mi país, aunque este volviera a despreciarme y arrojarme de su seno. No pertenecer a ningún sitio era mucho peor que pertenecer a un país que había perdido su alma, pero que en el fondo deseaba la libertad, aunque nunca la hubiera experimentado plenamente.

Mi madre me tomó de la mano, apoyé mi cabeza en su hombro y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que no estaba sola en el mundo, que aquella mujer, muchas veces extraña y lejana, era carne de mi carne y huesos de mis huesos.

Capítulo 41

Éxito

París, 24 de septiembre de 1975

Reescribí el libro por completo. Nos habíamos llevado mis apuntes, los dos manuscritos, el de mi abuela y el de mi madre, y la máquina Olivetti.

Marcelo cumplió su promesa y dejaron salir a Felipe un par de días más tarde. Logró hacerse el pasaporte y una semana más tarde estábamos juntos de nuevo. Los dos nos dedicamos al manuscrito: él corregía todo lo que yo escribía, ahora en francés, que él entendía perfectamente.

Después de tantos meses de trabajo logramos reescribir todo el libro. Lo llevamos a Claude Gallimard, el dueño de Éditions Gallimard. La editorial llevaba publicando a los mejores autores del país desde 1911 y tenía entre sus autores a André Gide, Marguerite Duras, Albert Camus y Jean-Paul Sartre.

—¡Magnífico! —exclamó el editor y se puso en pie para saludarnos. Habíamos llevado el manuscrito dos semanas antes—. Emocionante, único, rompedor, existencial, que es lo más importante. Espero que ese país salga algún día de las cavernas.

El editor nos ofreció un buen adelanto y nos prometió que el libro saldría en Francia para principios de 1976.

Salimos de la editorial tan felices que nos dirigimos a un hermoso restaurante con vista al Sena.

—¿Crees que alguien lo comprará? —pregunté a Felipe. Él me sonrió, después miró hacia el río y comentó que sí, que estaba completamente seguro.

—A veces me pregunto porque algunas personas sentimos esta necesidad de contar historias.

—Sois la voz del mundo —me contestó—, a veces está mudo ante la injusticia y la maldad, pero Dios dio el don a los poetas de expresar con palabras los sentimientos y convertirlos en la música que da sentido al mundo.

—Pareces un poeta —le contesté mientras le daba la mano.

—Hoy toca soñar —me contestó.

—Pero ¿dónde han quedado tus sueños?

—Estoy contigo porque he decidido que soñemos juntos.

El primer día que vi el libro en el escaparate de una librería en la rue des Écoles, me dio un vuelco el corazón. Un mes después, todo el mundo hablaba de la novela y me invitaban a los mejores programas literarios.

Tres meses más tarde, *Le meilleur de l'oubli* era la novela más leída en el país.

Al año siguiente, el editor me comentó que habían vendido los derechos a una editorial en España. Saldría para finales de 1977. Hacía dos años que el país había estrenado una democracia y todo el mundo pedía libertad.

La novela comenzó tímidamente en Seix Barral. Unos meses más tarde, ya estaba en boca de todos. Decidimos regresar a España. Felipe y yo queríamos casarnos en Jerez. Mi madre no iba a su ciudad desde hacía más de treinta años. Preparó la boda más espectacular desde la época de la colonia inglesa.

Era mayo y pudimos hacerla en los jardines de nuestra casa. En el altar estaba la Olivetti: ella había logrado que tres generaciones de mujeres compartieran un sueño que se había materializado en un hermoso libro.

Felipe me esperaba en el altar con su sonrisa de hombre bueno, parecía el hombre más enamorado del mundo. Cuando caminé con mi madre hacia el altar, Sartre comenzó a ladrar y se puso a mi lado

mientras temblaba junto a Felipe. Aquel fue el día más feliz de mi vida.

Mientras sonaba la marcha nupcial, miré la máquina de escribir y pensé que así era como deberían terminar las buenas historias, aunque sentía que mi vida apenas acababa de comenzar. Ahora, a las mujeres Gordon nos tocaba ser felices para siempre.

Epílogo

París, 12 de mayo de 1981

Mi madre me escribió desde París. No me había querido decir nada, pero llevaba varios meses en un tratamiento contra el cáncer de ovarios, y estaba perdiendo la batalla. Tomé el primer avión para Francia con un nudo en la garganta y el temor de no volver a verla.

Llegué a la clínica por la noche. Cuando me paré frente a la cama estaba jadeante. Mi padre se había suicidado al poco de publicarse el libro en España y, aunque no quería pensar que ambas cosas tenían relación, en el fondo creía que esa era la razón. Ahora se iba mi madre y no me veía preparada.

—¡Cariño! —exclamó incorporándose un poco en la cama, el dolor le hizo retroceder.

—No hagas esfuerzo, mamá.

—Gracias por venir, quería despedirme. Sé que no he sido la mejor madre del mundo, estoy segura de que tú lo harás mucho mejor.

—No digas eso, vas a salir de esta.

—No, cariño. Me tengo que ir, espero ver a tu abuela y a tanta gente que se marchó antes que yo.

Sentí las lágrimas recorrerme el rostro. Me tocó la barriga y me miró a los ojos.

—¿Será escritora como nosotras?

—Puede que no sea una niña —le contesté.

—Eso no importa.

—No importa, pero si es niña, será escritora como nosotras, mamá. Lo será, porque sabrá, como nosotras, que lo mejor del olvido es el recuerdo y que escribir es siempre recordar.

Mientras las palabras y el amor inundaban aquel cuarto en el que los sonidos mecánicos sustituían los latidos y el oxígeno, los suspiros, comprendí que la vida era eso: amor, placer, dolor, miedo y recuerdos, todo entrelazado para dar sentido a tantas cosas que parecían no tenerlo, pero que en el fondo simplemente reflejaban la vida.

Algunas aclaraciones históricas

La novela está ambientada fundamentalmente en Jerez pero también transcurre en otras ciudades como París, Madrid, Barcelona o Cádiz. Las tres generaciones de escritoras son ficticias, pero todo el contexto es real.

Todos los acontecimientos históricos narrados son veraces, al igual que la historia de la familia Gordon, que fue una de las familias inglesas dedicadas a la exportación de vino.

La familia Maeztu y su proyecto con la Escuela Libre de Enseñanza fue uno de esos proyectos fallidos por el odio que a veces se desata entre españoles, y que esperamos que no se vuelva a producir jamás. Todos los datos sobre la Guerra Civil son reales, así como la historias sobre la represión en Madrid por los milicianos y en Andalucía por los falangistas.

La recreación del Madrid de la República ha intentado ajustarse lo más posible a la realidad, al igual que el Madrid asediado por el fascismo y también controlado por las checas que aterrorizaron a gran parte de los ciudadanos.

La Falange Española y el ejército destruyeron la vida de decenas de miles de personas, además de obligar al exilio a cientos de miles y destruir el tejido cultural y educativo del país durante décadas.

Sirva esta novela de homenaje a las mujeres que lucharon por convertirse en escritoras y ser libres. En la actualidad, el mundo se parece demasiado al del siglo xx: que la locura y la barbarie no se apodere de todos nosotros. Siempre nos quedarán las buenas historias, la esperanza, la fe y el amor.

Cronología de la Guerra Civil Española

DE LA GUERRA DE 1898 A LA GUERRA CIVIL (1898–1936)

1895–1898: Guerra de Cuba y el Desastre del 98.

1895: Estalla una nueva insurrección en Cuba contra el dominio español.

1896–1897: Se envían más de 200 000 soldados españoles a la isla. La guerra se recrudece.

15 de febrero de 1898: Explosión del acorazado estadounidense USS Maine en el puerto de La Habana; EE.UU. responsabiliza a España.

25 de abril de 1898: EE.UU. declara la guerra a España.

1 de mayo de 1898: Derrota naval española en Cavite (Filipinas).

3 de julio de 1898: Derrota en Santiago de Cuba. Fin de la guerra.

10 de diciembre de 1898: Tratado de París: España pierde Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam.

1898–1902: Crisis nacional y regeneracionismo. Crisis moral, política y militar. Nace la Generación del 98: Unamuno, Azorín, Baroja, Machado, Maeztu. Preocupación por el «problema de España», el atraso rural, el caciquismo y la educación.

1902–1923: Reinado de Alfonso XIII. Alternancia de gobiernos conservadores y liberales.

1909: Semana Trágica de Barcelona.

1914–1918: España permanece neutral en la Primera Guerra Mundial.

1921: Desastre de Annual (Marruecos).

1923–1930: Dictadura de Primo de Rivera.

13 de septiembre de 1923: Golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera.

1925: Desembarco de Alhucemas.

1930: Dimite Primo de Rivera.

1930–1931: Fin de la monarquía.

12 de abril de 1931: Elecciones municipales.

14 de abril de 1931: Se proclama la Segunda República.

1931–1933: Bienio Reformista. Presidencia de Manuel Azaña. Reforma agraria, educativa y militar. Constitución de 1931 y voto femenino.

1933–1935: Bienio Conservador.

Elecciones de 1933: victoria de la CEDA.

Octubre de 1934: Revolución de Asturias.

1936: Frente Popular y Guerra Civil.

Febrero: Victoria del Frente Popular.

17–18 de julio: Golpe militar y comienzo de la Guerra Civil.

1936

Febrero: El Frente Popular ganó las elecciones nacionales y Azaña fue nombrado presidente de España.

Marzo: El partido de derecha Falange fue prohibido.

Marzo a mayo: Disturbios callejeros; huelgas y anarquía generalizada en algunas zonas de España.

Julio: Levantamientos militares en el Marruecos español y algunas zonas de la España continental. El gobierno disuelve el ejército regular. El 19 de julio llega Franco para tomar el mando del ejército en Marruecos. Hitler aceptó ayudar a los nacionalistas. Stalin aceptó ayudar a los republicanos. Aviones alemanes e italianos transportan por aire al ejército de Franco a la península española.

Agosto: Llegaron a España los primeros voluntarios de la Brigada Internacional.

Septiembre: Una junta militar nombró a Franco jefe de Estado y comandante en jefe de las fuerzas armadas de España.

Octubre: Llegan las primeras ayudas de Rusia para los republicanos.

Noviembre: Alemania e Italia reconocen a Franco como jefe del gobierno español.

1937

Febrero: Los nacionalistas iniciaron una gran ofensiva contra Madrid. La Brigada Internacional jugó un papel importante en la resistencia a esta ofensiva.

Marzo: Batalla de Guadalajara. Los «voluntarios» italianos derrotados. Esto llevó a que Franco abandonara cualquier intento de tomar Madrid.

Abril: Guernica destruida por bombardeos aéreos. Los grupos republicanos de Barcelona se enfrentaron provocando graves debilidades en la ciudad.

Junio: La estratégica ciudad de Bilbao cayó en manos de los nacionalistas.

Agosto: El Vaticano reconoció el régimen de Franco.

1938

Abril: La España republicana fue dividida en dos por los nacionalistas. Puede Franco declaró que los republicanos debían rendirse incondicionalmente.

Julio: Inicio del colapso del ejército republicano tras la Batalla del Ebro.

Octubre: La Brigada Internacional abandonó España.

1939

Enero: Barcelona cayó ante Franco.

Febrero: Gran Bretaña y Francia reconocieron la legitimidad del gobierno de Franco.

Marzo: Madrid se rindió a Franco.

Abril: Los republicanos se rindieron incondicionalmente a Franco.

CRONOLOGÍA DEL FRANQUISMO (1939–1975)

1939–1945: Guerra y autarquía.

1 de abril de 1939: Fin de la Guerra Civil. Inicio de la dictadura. Represión política, exilio y fusilamientos.

1940: Encuentro entre Franco y Hitler en Hendaya. España no entra en la guerra.

1941: División Azul combate junto a Alemania en la URSS. Aislamiento internacional.

GOBIERNOS Y EVENTOS CLAVE DURANTE EL FRANQUISMO (1939–1975)

Durante la dictadura de Franco, el sistema político fue personalista, sin elecciones libres ni división de poderes. Franco concentró el poder como jefe del Estado, presidente del Gobierno y generalísimo del Ejército. A continuación, se destacan los principales eventos y figuras clave del régimen.

PRINCIPALES FASES DEL FRANQUISMO

1939–1945: Autarquía y represión. España aislada internacionalmente. Racionamiento y hambre.

1945–1953: Transición hacia el reconocimiento internacional. En 1953 firma acuerdos con EE.UU. y el Concordato con el Vaticano.

1957–1969: Etapa del «desarrollismo». Entran tecnócratas del Opus Dei. Se moderniza la economía.

1969–1975: Declive del régimen. Franco nombra sucesor a Juan Carlos de Borbón en 1969.

PRESIDENTES DEL GOBIERNO

Hasta 1973: El propio Franco ostenta el cargo de Presidente del Gobierno.

1973: Separa por primera vez el Jefe del Estado y del Gobierno. Nombra a Luis Carrero Blanco.

Diciembre de 1973: Carrero Blanco es asesinado por ETA en Madrid.

1974–1975: Carlos Arias Navarro es nombrado Presidente del Gobierno.

EVENTOS DESTACADOS

1953: Pactos de Madrid con EE.UU. Bases militares a cambio de ayuda económica.

1955: España entra en la ONU.

1959: Plan de Estabilización Económica, base del «milagro económico español» de los años 60.

1966: Ley Orgánica del Estado —refuerza la dictadura bajo apariencia institucional—.

1969: Franco designa a Juan Carlos de Borbón como sucesor.

1973: Atentado de ETA contra Carrero Blanco.

Octubre de 1975: Ejecuciones de cinco militantes de ETA y FRAP condenadas internacionalmente.

20 de noviembre: Muerte de Franco.

22 de noviembre: Juan Carlos I es proclamado Rey de España según la Ley de Sucesión.

Sobre el autor

MARIO ESCOBAR es novelista, historiador y colaborador habitual de *Historia National Geographic*. Ha dedicado su vida a la investigación de los grandes conflictos de la humanidad. Sus libros han sido traducidos a más de doce idiomas y son bestsellers en varios países, entre ellos Estados Unidos, Brasil, China, Rusia, Italia, México, Argentina y Japón.

Descubre grandes autores, ofertas exclusivas, y mucho más en hc.com.

Bookperk

[Sign up for Bookperk](#) and get e-book bargains, sneak peeks, special offers, and more—delivered straight to your inbox.

SIGN UP NOW

Derechos de autor

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia y buscan únicamente proporcionar un sentido de autenticidad. Cualquier parecido con sucesos, lugares, organizaciones o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

LO MEJOR DEL OLVIDO. Copyright © 2026 de Mario Escobar. Todos los derechos reservados según las convenciones internacionales y panamericanas de derechos de autor. Mediante el pago de las tarifas requeridas, se le ha otorgado el derecho no exclusivo e intransferible de acceder y leer el texto de este libro electrónico en pantalla. Ninguna parte de este texto puede ser reproducida, transmitida, descargada, descompilada, sometida a ingeniería inversa, ni almacenada o introducida en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, conocido ahora o inventado en el futuro, sin el permiso expreso por escrito de HarperCollins e-books.

Queda expresamente prohibido todo uso no autorizado de esta publicación para entrenar cualquier tecnología de inteligencia artificial (IA) generativa, sin limitación a los derechos exclusivos de cualquier autor, colaborador o editor de esta publicación. HarperCollins también ejerce sus derechos bajo el Artículo 4(3) de la Directiva 2019/790 del Mercado Único Digital y excluye esta publicación de la excepción de minería de textos y datos.

[hc.com](https://www.harpercollins.com)

PRIMERA EDICIÓN, 2026

Diseño de cubierta: Stephanie Shafer

Ilustración de cubierta: © Stephen Mulcahey/Trevillion Images (mujer);

© Universal History Archive/Getty Images (máquina de escribir); © Shutterstock

Este libro ha sido debidamente catalogado en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

Edición digital AGOSTO 2026 ISBN: 978-0-06-347602-8

Versión 07162026

ISBN impreso: 978-0-06-347601-1

Acerca del editor

Australia

HarperCollins Publishers Australia Pty. Ltd.
Level 13, 201 Elizabeth Street
Sydney, NSW 2000, Australia
www.harpercollins.com.au

Canada

HarperCollins Publishers Ltd.
Harlequin Enterprises ULC
www.harlequin.com
Bay Adelaide Centre, East Tower
22 Adelaide Street West, 41st Floor
Toronto, Ontario, M5H 4E3
www.harpercollins.ca

India

HarperCollins Publishers India
4th Floor, Tower A, Building No. 10, DLF Cyber City,
DLF Phase II, Gurugram, Haryana - 122002
www.harpercollins.co.in

Ireland

HarperCollins Publishers
Macken House,
39/40 Mayor Street Upper,
Dublin 1, D01 C9W8, Ireland

www.harpercollins.co.uk

New Zealand

HarperCollins Publishers New Zealand
Unit D1, 63 Apollo Drive
Rosedale 0632
Auckland, New Zealand
www.harpercollins.co.nz

United Kingdom

HarperCollins Publishers Ltd.
1 London Bridge Street
London SE1 9GF, UK
www.harpercollins.co.uk

United States

HarperCollins Publishers Inc.
195 Broadway
New York, NY 10007
www.harpercollins.com